

Vicente Belmonte Botella

Prisioneros de guerra



Centre d'Estudis Locals del Vinalopó

Prisioneros de guerra

Vicente Belmonte Botella

Prisioneros de guerra

Col·lecció l'Algoleja / 9

Centre d'Estudis Locals del Vinalopó

2007

© Vicente Belmonte Botella, 2007. Este libro ha sido publicado bajo una licencia Creative Commons. Reconocimiento - No comercial - Sin obra derivada 2.5. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente el texto por cualquier medio, siempre que sea de forma literal, citando la fuente y sin fines comerciales.
Col·lecció l'Algoleja

Edita: Centre d'Estudis Locals del Vinalopó
ISBN: 97884-611-70180
Dipòsit Legal:

En la portada: Acuarel·la de Gastón Castelló

Amb el suport de:



ÀREA DE PAU I SOLIDARITAT
EXCM. AJUNTAMENT DE PETRER

Disseny i maquetació: Queridamilagros, s.l
Constitució, 2 - 03610 Petrer (Alacant) - Tel 966 95 53 97 - www.queridamilagros.com

Impressió: Gráficas Azorín
Calle Andrés Amado, 5 - 03600 Elda (Alicante) - Tel 965 381 606

Índice

De la memoria que nos rescata	9
1.- Preliminares	11
2.- La huida.....	13
3.- Concentración en el puerto de Alicante.....	25
4.- El campo de los almendros.....	31
5.- La plaza de toros	35
6.- Prisioneros en la calle	39
7.- La cárcel de Monóvar.....	47
8.- Los consejos de guerra	57
9.- La expedición de la muerte	71
10.- El penal del Dueso	85
11.- El retorno.....	135
12.- Libertad vigilada	147

De la memoria que nos rescata

Por fin, de un tiempo a esta parte, se están dinamitando los miedos, el olvido a punta de cautela, el silencio impuesto por la mordaza y el código de la infamia, el recuerdo que se consume dolorosamente en la intimidad, la palabra secuestrada, los archivos de tanta barbarie saqueados por quienes la perpetraron. Pero, después de una dictadura feroz y de unos años de democracia vacilante, los vencidos de aquella guerra civil o sus hijos, los sometidos a un régimen intolerante y totalitario y a la jerarquía del nacional-catolicismo, en uso de sus derechos y libertades, han tomado firmemente la vez y la voz, y han echado al vuelo la memoria, para enmendar un amplio territorio histórico, manipulado por el poder de la reacción y el oscurantismo. Sólo así, poniendo las cosas en su sitio, se imparte justicia a cuantos padecieron la implacable acometida de los enemigos del pueblo y de una República legitimada por las urnas: los espadones, los oligarcas, el capital y una Iglesia que se puso al lado de los sublevados y de la riqueza. Hora es de cerrar viscosos capítulos de nuestra más reciente historia, pero para cerrarlos hay que conocer toda la verdad de unos acontecimientos atroces, y cuya sola relación suponía, en ocasiones y hasta hace muy poco, un grave riesgo. Pero esa verdad, esos recuerdos, esos papeles, esos hechos y lugares, escondidos y silenciados en lo más recóndito del baúl y de la conciencia, han surgido impetuosamente como instrumento de conocimiento y reparación de los asesinatos y represalias cometidos por el franquismo. Desde la declaración institucional del Congreso de los Diputados, de 20 de noviembre de 2002, que condena el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, hasta la declaración de nulidad de los juicios llevados a cabo por los sediciosos y sus consecuencias, que, sin duda, se ha de contemplar

en las futuras disposiciones legales, hay todo un trabajo riguroso de investigación y documentación, capaz de devolver a las víctimas toda su entereza en la defensa de los valores democráticos, la generosidad de su sacrificio y de su dignidad íntegra.

Con tal propósito, en toda España, en nuestro País Valenciano, y en sus comarcas, como ahora en la del Vinalopó, se han organizado numerosos foros, comisiones, asociaciones con objeto de recuperar la memoria histórica, de documentarla y validarla, rescatando viejos escritos, testimonios orales y restos humanos en enterramientos clandestinos y en fosas comunes; de honrar a cuantos combatieron en defensa de la II República Española; y de dejar constancia de tan noble y limpia ejecutoria, en monumentos, memoriales y centros donde se conserven y amplíen tales conocimientos. Paralelamente a las gestiones de investigadores y arqueólogos, historiadores y escritores aportan a la bibliografía de tan encrespada época, obras de gran interés; desde el texto académico a la narración literaria, como este libro “Prisioneros de guerra”, una novela autobiográfica, que narra las peripecias del final del conflicto bélico, en el puerto de Alicante, y la posterior y estremecedora geografía carcelaria que recorrerán, durante años, el protagonista y algunos de sus amigos, en condiciones ciertamente insoportables. Su autor, Vicente Belmonte Botella, compañero de la mejor ley y luchador insobornable por la igualdad y la libertad, nos dejó en estas páginas su ejemplo y la firmeza de sus convicciones.

Enrique Cerdán Tato

1. Preliminares

Se va consumiendo marzo de 1939 bajo el peso del cansancio y la incertidumbre. Los días resbalan penosos entre la gran confusión, mostrando horizontes oscuros, fríos y amenazadores para el pueblo español. En la agonía de sus últimas fechas, caen los frentes de batalla, en trágica derrota del Ejército Popular.

Para los vencedores, la guerra ha terminado y celebran su victoria con grandes orgías, alborotos y borracheras sin freno, acompañadas de constantes persecuciones de sus enemigos, ya desarmados e indefensos, a los que torturaban y asesinaban por doquier.

Los vencidos, despojados del derecho más elemental, no tenían otra alternativa que huir desesperadamente. Huir día tras día y noche tras noche, siempre que encontraban la más mínima posibilidad, sorteando los mayores peligros, intentando heroicamente abrirse paso bajo el hambre y toda clase de privaciones, luchando a brazo partido con la muerte. El fascismo, apoyado por la oligarquía española, fue el vencedor, protegido por abundante armamento y toda clase de elementos de guerra modernos y con unos 300.000 soldados mercenarios que operaron a su lado en España desde poco después de iniciarse la guerra hasta terminada ésta, procedentes de las dictaduras fascistas de Italia y de Alemania, dirigidas por Mussolini y Hitler, respectivamente.

Los productores de España, obreros, campesinos, intelectuales y los militares humildes y leales a su legítimo Gobierno republicano y a su pueblo, incapaces de la traición, fueron los vencidos. A estas fuerzas se sumaron solidariamente 37.000 obreros extranjeros, que lucharon a nuestro lado desde noviembre de 1936 hasta octubre de 1938. En este último mes, obedeciendo la determinación del Comité de no intervención, creado internacionalmente para su la-

bor de neutralidad, todos los extranjeros de las zonas republicanas fueron evacuados. Sin embargo, los de las zonas fascistas, no sólo quedaron todos, sino que siguieron entrando más con abundante material de guerra.

En los últimos días del mes de marzo y primeros de abril de 1939, la desbandada y el confusionismo entre los derrotados presentaba un espectáculo espantoso: los trenes abarrotados de personal, toda clase de vehículos por las carreteras de igual modo, peatones en grupos y desparramados por caminos, sendas y campos, se dirigían masivamente a las zonas aún no ocupadas por el enemigo, dejando atrás por doquier mochilas, armamento y municiones. ¡Qué doloroso fue este éxodo y el tiempo brutalmente interminable que siguió!

2. La huida

Helios era un obrero estudioso que, preparado en varias técnicas, estaba especializado en cuestiones económicas y administrativas aplicadas al colectivismo, a la autogestión obrera. Desde el año 1938 se encontraba en Valencia y en algunos pueblos limítrofes. Era vecino de Elda desde muchos años antes de la guerra civil. En esta última ciudad tenía su familia.

Por su misión y actividades, conocía a fondo la verdadera situación general, respecto al final de la contienda. Ya en los últimos días de febrero de 1939, sabía que en varios lugares de las zonas republicanas se preparaban pasaportes para salir del país aquellas personas de responsabilidad política en la revolución. Tales gestiones eran realizadas por las comisiones de evacuación, formadas especialmente para este fin. En Valencia y en los pueblos de alrededor no mostraban actividad en tales gestiones y, ante esto, Helios decidió volver a Elda mediante un permiso de 15 días que obtuvo. En las primeras horas de una mañana quieta, en la que todo alrededor era triste, entró en el pueblo. Apenas circulaba alguien por las calles. Parecía un pueblo dormido o encogido en su dolor.

-¡Hola! Buenos días, Helios. ¿De dónde vienes? –inquirió José Cantó, alias El Corrihuelo, al encontrarse en la calle.

- Vengo de Valencia –respondió después de saludar a su amigo.

- Está muy mal nuestra situación, lo sabes, ¿verdad?

- Sí, sí, lo sé –respondió preocupado Helios.

- ¿Tienes ya el pasaporte? –preguntó El Corrihuelo.

- No, no lo tengo todavía.

- Pero, ¿cómo no has hecho aún esas gestiones, si estamos ya en plena derrota? ¡Menudo drama se cierne sobre nosotros!

- Ya lo sé, amigo. Donde yo estaba, parece que nadie lo cree.

- Bueno, dame cuatro fotografías de tamaño carné y se te preparará el pasaporte rápidamente, para el primer barco de evacuación que saldrá del puerto de Alicante.

- No tengo ahora esas fotografías, tendría que cogerlas en mi casa.

- Pues ve y tráemelas enseguida. Te esperaré en la Plaza de Castelar, ¿eh?

- De acuerdo, pero tardaré alrededor de una hora. Desde bastante tiempo, no he ido a mi casa. He de ver a mi familia y comer algo.

- ¡Bien! Allí te esperaré, o me esperas si llegas ante que yo –dijo El Corrihuelo, al tiempo que se despedían.

Se encontraron poco más tarde en el lugar de la cita los dos amigos. Helios le entregó las fotografías y dijo El Corrihuelo:

- Dentro de unos días tendrás preparado el pasaporte para entrar en Méjico, pero como todos quedará en poder de la comisión de evacuación hasta el momento de salir. Es muy importante que ante esta situación estemos en contacto diariamente.

- ¿Y qué inconveniente hay en que cada cual tenga su pasaporte?

- Hombre, creo que es para controlar y ordenar mejor la salida del país. Este fue el acuerdo de la comisión al formarse.

- Si hubiera que salir corriendo, que es lo más probable, y alguien se atrasara algo por cualquier circunstancia, que también sucederá, ¿los de la comisión estarían en su sitio hasta la última hora, saliendo los últimos? –inquirió desconfiado Helios.

- Creo que sí, la componen amigos de nuestra confianza. De todas formas, si sales del pueblo, dondequiera que te encuentres, debes darnos el número de teléfono al cual te podamos avisar en caso de urgencia. No obstante, toma esta nota con la dirección y números telefónicos a los que te podrías dirigir y comunicar con algún miembro de la comisión o conmigo en cualquier momento.

El Corrihuelo escribió en una hoja de libreta de bolsillo y la entregó a Helios. Lamentándose de la grave situación en que se encontraban, los dos amigos se despidieron, separándose taciturnos en direcciones opuestas.

A la mañana siguiente, muy temprano, Helios fue a Monóvar, distante unos 8 kilómetros de Elda. Cuando llegó, apenas circulaban

algunos ancianos por las calles; encontró el pueblo casi solitario, como dormido. Se dirigió al local sindical, entró por los amplios departamentos, abiertos y solitarios también, y notó muchas cosas en desorden. Intrigado, penetró hasta las oficinas de la colectividad obrera, que él había organizado en el primer año de guerra, y en el departamento de la dirección halló paquetes de billetes, y también sueltos por las mesas y por el suelo, la caja de caudales abierta y todo revuelto en el mayor desorden. Perplejo y triste ante todo aquello, se dijo: “¡Qué diferencia entre como dejé esto y como lo encuentro ahora! ¡Cuánto que trabajé aquí día y noche! ¡Qué habrá ocurrido? ¡Habrán entrado a robar esta noche?” En tal confusión, salió por donde había entrado, con el fin de encontrar a alguien que le pudiera informar. En la puerta de entrada al local se encontró con Guerrero, el conserje, que acababa de llegar. Hombre de edad avanzada, refugiado procedente de la zona ocupada por el enemigo.

- ¡Qué ha pasado aquí, Guerrero?

- No sé, no sé, -dijo disgustado y confuso.

- Y estando tú aquí ¿no lo sabes? -inquirió Helios.

- Creo que se han ido esta madrugada.

- Pero, ¿quiénes se han ido y dónde?

- Pues los que dirigían todo esto. Tú ya sabes quienes son.

Creo que se pusieron de acuerdo con el capitán de un barco francés y salieron esta madrugada del puerto de Alicante con destino a Argel. También llevaron sus familias.

- ¡Vaya forma de largarse! ¡Qué prisa y qué comodidad! ¡Con sus familias y todo! Aunque otros de más responsabilidad queden en tierra.

Hubo una pausa y luego añadió Helios:

- Ven, ven y verás -dirigiéndose a las oficinas, donde había estado unos minutos antes.

Le señaló los billetes de banco y todo el desbarajuste que había. Entre los dos recogieron los billetes, los metieron en la caja de caudales, la cerraron luego sin llave, porque no la encontraron, y ordenaron todo aquello antes de que entraran al trabajo los administrativos. Los empleados en las oficinas de la colectividad eran mujeres y viejos de tendencia derechista, pues los jóvenes estaban

en los frentes. Poco más tarde fueron llegando a la oficina, después de las 9 de la mañana. Helios se encontraba en el interior de un departamento, desde el cual los veía entrar sin ser visto. Observó la alegría y animación de los comentarios entre aquellos administrativos. Cuando consideró que ya habían llegado todos, salió, fue hacia ellos y los saludó. Sus rostros cambiaron repentinamente ante la sorpresa de tener ante ellos a su antiguo jefe administrativo.

Por lo que había oído y observado allí en unos minutos, los consideró enterados de la huida de sus dirigentes aquella noche. Después de los saludos, les habló así:

- Ayer por la mañana llegué a Elda, con el fin de ver a mi familia. Anoche, después de acostarme, tuve la idea de visitar este pueblo, para saludar a mis amigos, y es lo primero que hice esta mañana muy temprano, encontrándome con el acontecimiento inesperado, de lo que les supongo más o menos enterados. Mis sucesores, los que dejé aquí comprometidos a continuar todo esto que tanto esfuerzo me costó, estableciendo un sistema completamente nuevo, se marcharon en esta noche pasada, cuando el pueblo dormía, sin contar siquiera con los que tenían la obligación de hacerlo, dejándolo todo abandonado y de mala manera. ¡Qué sorpresa más desagradable para mí! ¡Qué coincidencia al llegar yo aquí sólo unas horas después de que ellos se largaran! Fue algo así como si mi instinto dormido hubiera despertado y dirigido mis pasos en esta mañana, para venir a decirle adiós a la obra que aquí empecé, poco después que ellos la abandonaran de esa manera.

“No quiero decir que no se marcharan, pero sin tanta prisa, de otra forma más serena y responsable; pues también yo tendré que marcharme mas en el justo momento, ya cumplida mi misión.

“A pesar de la gravedad actual, no entró el desconcierto dentro de mí –Helios mostraba serenidad y aplomo-. Aunque esté terminando la guerra y yo me encuentre entre los que la pierden, sin ignorar la crueldad con que sería tratado por los que se apuntan la victoria, estoy aquí, seguro de mí mismo, dispuesto a dejar en el debido orden lo que mis compañeros no han hecho, precipitados en su huida”.

“A todos ustedes y a ellos di ejemplos constantes, lleno de convencimiento en cuanto hacía, siempre en beneficio colectivo, y res-

petando a los demás en sus opiniones y en su trabajo, aconsejando el buen camino cuando estaban equivocados, y ayudando a seguirlo, tratando siempre de convencer por el razonamiento y la demostración. Si todo es ahora destruido por la ley de la fuerza, no es culpa mía; siempre estuve en contra de esas formas, apoyándome en la razón”.

Llegado aquí, los que escuchaban silenciosos, manifestaron en forma confusa, al hablar varios casi al mismo tiempo, que Helios no debía marcharse, ya que todo lo que él había hecho allí era bueno y que los había tratado siempre muy bien. Pero lo que oyó completamente claro, fue lo siguiente, dicho por Mercedes, su antigua ayudante, cuando sus compañeros agotaron en un momento la conversación.

- Considerando toda su conducta aquí, el trato tan amable, comprensivo y tolerante que de usted hemos recibido, no debe marcharse al extranjero ni a otra parte. ¿Quién le podría molestar con justicia aquí?

- Gracias por su buena fe y bondad, antigua compañera de trabajo. Sé que ni usted ni sus compañeros me causarían daño alguno, pero no faltarían algunos otros que me lo harían hasta el máximo. El fascismo, que es lo que viene, no perdona mis ideas. Lo que se establecerá aquí y yo somos incompatibles totalmente, opuestos por completo. Sintiéndolo mucho, tendré que irme.

Otra vez manifestaron los presentes su deseo de favorecerle en caso necesario.

- De todas formas, les estoy muy agradecido –dijo Helios a todos-. Antes tuve la colaboración de ustedes y ahora la necesito de nuevo durante unos días, para dejar todo esto en orden.

- Puede usted contar con nosotros –dijo el contable y asintieron los otros.

- Así, pues, ahora vamos a empezar a reorganizar todo esto. ¿Quién de ustedes lleva el libro de caja?

- Yo –respondió un hombre de bastante edad.

- ¿Quiere venir conmigo para comprobar la existencia en efectivo?

- Sí, señor, pero me falta sentar algunos justificantes.

- Páselos y cuando haya terminado, avíseme. También a todos

los demás ruego ocupen sus puestos de trabajo, tal como antes lo hacían. Quizás mañana, cuando yo haya comunicado a la Comarcal de Elda lo que he encontrado aquí, nombraremos el nuevo Consejo de Administración entre ustedes y entonces habrá concluido mi misión aquí.

Dicho esto, todos los que estaban de pie en el salón de la oficina se disolvieron, dirigiéndose a sus respectivas mesas de trabajo. Helios se retiró solo al despacho de la dirección y esperó allí al empleado que llevaba el libro de caja. Poco después llegó éste con dicho libro bajo el brazo.

- Ya tengo sentado todo el movimiento hasta ayer.
- Ahora comprobaremos la existencia en caja –dijo Helios.
- Las llaves estaban en poder de los que se marcharon –manifestó quien iba a ser cajero.
- No creo que se las hayan llevado. Búsquelas, a ver si las dejaron en alguna parte.

El del libro de caja empezó a buscar por todo el despacho de la dirección y, después de un rato, las encontró dentro de una cajita en el cajón de una mesa.

- Por fin las he encontrado.
- Vamos a comprobar el efectivo.

Entre ambos hicieron el arqueo. Con arreglo a los apuntes del libro, faltaban sólo unos centenares de pesetas. Regularizaron la diferencia y quedó en posesión de su cargo el nuevo cajero.

- Entonces, ¿qué valores se llevaron los que se fueron? –dijo Helios.

- De la caja sólo faltaba eso que hemos comprobado.
- Bueno, ya tenemos una cosa clara –manifestó Helios.

El cajero fue a su trabajo en el salón donde se encontraban sus compañeros. Poco después, salió Helios del despacho de la dirección, se despidió de los administrativos hasta el día siguiente y fue a buscar al conserje. Con la información de éste y con otros datos que le dio el encargado del almacén, pudo comprobar Helios que los que se largaron se llevaron varias piezas de seda, paños y otras cosas más no controladas en la contabilidad de la colectividad.

Cuando caía la tarde, Helios visitó el Hospital Militar en Monóvar, su comisario era Silvestre Picó Leal, de Elda. Los dos amigos se saludaron con alegría y preocupación al mismo tiempo. Hacía varios meses que no se habían visto. Hablaron de la situación general y del caso que acabamos de comentar. Silvestre habitaba en el barrio llamado “La Fraternidad” de Elda, en el número 49 de la calle que en el franquismo se llamó del General Yagüe. Su edad era al terminar la guerra de unos 30 años. Tenía la tez morena, con un lunar negro en un pómulo, en forma de aceituna, de ojos y pelo negros, delgado, aproximadamente de 1,60 metros de estatura. Su temperamento era inquieto, bastante reflexivo y juicioso, recogido en sus lecturas de buenos libros, por cuyo medio había adquirido bastante cultura. Poseía una ideología muy libre, abiertamente opuesta a todo medio represivo, de cualquier color que fuese. Sufría un tipo de tuberculosis lenta. Ante su estado de salud, no podía estar en el frente y lo destinaron como Comisario a dicho hospital. Todas las noches iba a dormir a su casa en Elda y volvía a Monóvar al día siguiente por la mañana. Aquella tarde fueron juntos a Elda los dos amigos y del mismo modo volvieron a Monóvar a la mañana siguiente. Así fueron andando y desandando la carretera entre ambos pueblos durante varios días, con una bicicleta cada uno.

Al anochecer de este primer día del encuentro, se presentaron los dos en el Comité Comarcal de Elda. Helios informó de lo sucedido en Monóvar. Como era de esperar, el Comité confió el asunto de Monóvar a Helios hasta la fecha de embarque para el exilio. El día 26 de marzo de 1939 Helios había terminado su misión en Monóvar y, después de despedirse de sus amigos y del personal de las oficinas de la colectividad, regresó con Silvestre a Elda para no volver. A la mañana siguiente, día 27, Silvestre se presentó en el domicilio de Helios y le dijo:

- He dejado algo pendiente en el Hospital Militar de Monóvar y tengo que volver hoy. ¿Quieres venir conmigo?

- No debemos ausentarnos de aquí, Silvestre. De un momento a otro nos podrían avisar para salir hacia el puerto.

- Si fuese así, nos llamarían por teléfono y, en tal caso, en unos minutos estaríamos aquí de vuelta.

- Vete tú solo, Silvestre, y vuelve enseguida, yo me quedo y si se presenta salir de aquí de prisa antes de que hayas vuelto, te llamaría por teléfono.

- Tendremos tiempo para todo, no te preocupes. ¡Ale, vamos! Volveremos pronto –insistió.

- Bueno, iremos, pero presiento algún contratiempo.

Por fin, como habían hecho los días anteriores, fueron los dos amigos con sus bicicletas a Monóvar. A la una de la tarde de aquel día aún no habían regresado. Silvestre permanecía con sus asuntos y Helios estaba desesperado en su oficina de la colectividad. En esto, éste último salió un momento para recoger su bicicleta, la cual había dejado a un amigo de allí para unos instantes y en su ausencia llamaron de la comisión de evacuación de Elda. Tardó un rato largo porque no pudo localizar al de la bicicleta y volvió sin ella. Al llegar, el conserje le dio la nota de la llamada telefónica. Con el mayor apresuramiento, encargó al conserje que avisara a Silvestre y él salió corriendo a pie para Elda, desviándose de la carretera en la estación de Monóvar, a campo traviesa, cogiendo la orilla del río. No vio a nadie en su carrera de unos 8 kilómetros. Aunque tardó poco en el trayecto, no llegó a tiempo; el vehículo que los tenía que llevar al puerto de Alicante había partido hacía unos minutos.

Helios tenía en su casa la maleta preparada. Corriendo muy apresurado, sin tiempo para nada, besó muchas veces a su nene, de menos de 3 años, a su familia, y salió con mucha prisa hacia el lugar convenido en la Ciudad Vergel, a las afueras de Elda, en la carretera que conduce a Novelda y frente a un chalet sito al borde de la misma. Antes de llegar a este lugar, había ido a la comisión de evacuación para recoger los pasaportes, y no encontrando a nadie, tuvo que volver sin ellos.

Ya no había nadie en su sitio, se había producido la desbandada. Cada cual sólo pensaba en sí mismo. ¡Era un caos espantoso! Corrían muchísimos vehículos para Alicante, cada vez más, pero ninguno en dirección contraria. Los que esperaban, intentaban detenerlos para subir en ellos, pero no se detenían ante nada. Era un éxodo de locura, que parecía fantástico, producto de un ensueño trágico, pero desgraciadamente era una realidad muy amarga y dramática.



Calle de la Ciudad Vergel en Elda, de donde salían los autobuses que llevaban a los exiliados al Puerto de Alicante.

Helios, Silvestre y Conchita Cerdá habían convenido que cualquiera de los tres que fuera a recoger su pasaporte reclamara los otros restantes del grupo. Conchita tenía entonces 22 años. Era natural de Alcoy y se habían unido en matrimonio libre ella y Silvestre hacía pocas semanas. Tenía la tez morena, de baja estatura y bastante menuda, de pelo negro, bien parecida, romántica, amante de la literatura, especialmente de la poesía. Al hablar mostraba un candor suave, con voz melodiosa. Era parca en la conversación e infundía confianza y amistad. En su pueblo la conoció Silvestre cuando hacía allí el servicio militar.

Esperando en la carretera, por fin vio Helios venir a Silvestre y a Conchita, cargados con sus equipajes. Al juntarse, comentaron contrariados lo sucedido en aquellas últimas horas. Tampoco éstos habían podido recoger los pasaportes por no encontrarse en su sitio los depositarios. Se lamentaron, aunque sabían que con esto no solucionaban nada.

- A pesar de todo, los pasaportes no son lo más importante en este caso, porque sin ellos podríamos salir de nuestro país en estas circunstancias si consiguiéramos llegar a Alicante antes de la salida del barco –manifestó Helios.

En esta larga espera, venía la noche sin haber conseguido de tener ningún vehículo, pues pasaban sobrecargados y a mayor velocidad cada vez, formando largas caravanas veloces. Era una huida masiva y arrolladora desde los frentes derrumbados en la retaguardia. Una fuerte sugestión de pánico y de huida se había apoderado de la inmensa mayoría de la gente.

En todo el día no habían comido, constantemente pendientes de poder subir en algún vehículo. Por fin, faltos de alimento y muy cansados, los tres amigos volvieron con sus equipajes a la Comarcal de Sindicatos ya en plena noche. Aquel amplio local estaba abarrotado de gente que esperaba salir por algún medio, el que fuere, desorientados todos y muchos con desesperación angustiosa. Fue una larga noche de desasosiego y dolorosa preocupación. Helios paseaba cabizbajo por el extremo de una nave del local, como una fiera enjaulada, ajeno a los diversos comentarios que hacían a su alrededor varios grupos. De repente vino a su mente una posible pista por la cual podría encontrar algo relacionado con los pasaportes y salió de estampida hacia la calle. Candelaria le salió al paso y le dijo con amabilidad:

- ¿Dónde vas, amigo?

- Voy a buscar los pasaportes, Candelaria –respondió con enfado-. Son estos momentos demasiado graves para esperar así, sin conciencia clara de lo que esperamos. Es necesaria una decisión concreta y firme y yo la he tomado.

- Si me prometes evitar alborotos, yo me ocuparía de eso.

- No es mi propósito producir ningún alboroto. Lo único que ahora quiero son los pasaportes de mi grupo y conseguir el medio de llegar al puerto antes de que el barco salga.

- ¡Bueno, bueno, cálmate, hombre! No hagas comentarios y déjame que intente encontrarlos. Espérame aquí, ¿eh?

- Pero ¿dónde está esa comisión de evacuación, Candelaria? –preguntó Helios frenético-. ¡Quisiera encontrarla!

- ¡Ay, no lo sé, amigo mío! –exclamó Candelaria, al tiempo que se dirigía a la calle en plena noche.

Alrededor de una hora después, Candelaria volvió, llamó aparte a Helios y le dijo en voz baja:

- Hemos tenido suerte. Los he podido encontrar. Toma el tuyo, el de Silvestre y el de Conchita.

- Te lo agradezco mucho, mi buena amiga.

- ¡Ale! Ahora tranquilo y a conseguir el medio de salir de aquí.

Helios, con la prisa de partir lo antes posible, no se detuvo a preguntar a Candelaria dónde había encontrado los pasaportes ni nada acerca de los depositarios, que se habían evaporado misteriosamente. Entregó a sus amigos los suyos y salieron a la acera, preparados para salir a la primera ocasión.

Era la madrugada del día 28 de marzo de 1939. La puerta del edificio de la Comarcal, donde permanecían esperando algún medio de salida para Alicante, daba a la calle donde existía el tránsito de la carretera general, casi en el centro del pueblo, en la calle de Jardines. Por ella, desde el atardecer del día 27, desfilaban los vehículos en caravana, cada vez más apretada. Con los equipajes en la acera, próximos a la puerta de la Comarcal seguían esperando, intentando detener algún vehículo para que los llevara a Alicante. Al rayar el alba del día 28, el conductor de un camión muy grande y cargado, se detuvo a la señal de los que esperaban y subieron cuantos fue posible. Seguidamente partió hacia el puerto.

Ya en la entrada a Alicante, cuando el sol emergía sobre el mar entre un celaje rojizo, la guardia de control detuvo el camión e intentó desarmar a sus ocupantes. Algunos vacilaron al principio, pero entre ellos uno dijo arrogante: “¡Nada de entregar las armas! Dejadnos pasar y será mejor para todos.” Ante esta intervención, todos reaccionaron, cuya actitud obligó a aquella guardia, aún republicana, a dejarlos pasar. Poco más tarde, todos se apearon en el puerto.

3. Concentración en el Puerto de Alicante

El puerto de Alicante estaba repleto de emigrantes. Durante las primeras horas de la mañana del día 28 de marzo y en todo aquel día continuamente siguieron llegando fugitivos. Era una masa enorme, apretujada en el limitado espacio del puerto. Se calculaba unas 22.000 personas, compuesto el éxodo de militares y personal civil, ancianos, mujeres y niños (en estos últimos, algunos de pecho) y también bastantes embarazadas.

Allí fue encontrando Helios a varios de sus amigos, que estaban en el puerto desde la madrugada, antes de salir el primer barco. Les informaron que fueron subiendo al barco por orden de lista, ordenadamente, y que lo habían nombrado a él, a Silvestre y a Conchita varias veces al embarcar. “¡Qué lástima! Sólo por unas horas de retraso no hemos podido embarcar, quedando en este infierno.”

Un jefe de nuestras fuerzas republicanas de carabineros, de pelo semiblanco, de unos 50 años de edad, era también allí el jefe del puerto. Subió encima de un vehículo, para hacerse visible a la multitud, y pidió que le escucharan. Cuando logró calmar el griterío, dijo, entre otras palabras de esperanza, que saldríamos todos porque tenían que venir más barcos, con cabida para 25.000 personas, y que si veíamos acercarse al puerto fuerzas enemigas, no nos alarmásemos, porque el puerto sería considerado como zona internacional hasta la evacuación de todos, que nadie cometiera la imprudencia de disparar con arma alguna, porque en tal caso se estropearía todo.

Pasó todo el día 28 y los barcos no llegaron. En toda aquella noche que siguió, las miradas de todos los allí concentrados se dirigían sobre la superficie oscura del mar, pendientes de la única esperanza: los barcos. A medianoche, poco más o menos, allá en-

tre la oscuridad del mar se distinguieron unos puntos luminosos parpadeantes y desde el castillo de Santa Bárbara se cruzaron unas señales. “¡Los barcos!...” –exclamaron muchas voces casi al unísono-. Poco después, aquellas luces se ahogaron en las tinieblas de la noche. Vino el día siguiente, 29 de marzo, sin que los barcos vinieran. “¿Qué habrá ocurrido?” –se preguntaban todos, cayendo en la más dramática pesadilla.



El mercante inglés Stanbrook, último barco que salió del Puerto de Alicante con cientos de exiliados, donde no pudo embarcar el protagonista.

Cuando caía la tarde del 29 de marzo, fuerzas italianas al servicio del fascismo franquista cercaron el puerto, emplazando en todo lo ancho del acceso al mismo una barrera de ametralladoras. Allí quedó prisionera aquella multitud del bando republicano. El desaliento y la desesperación cundían entre los prisioneros, a pesar de que el jefe del cuerpo de carabineros discursara para calmarlos. Ya no creían en nada. Aquella dramática realidad lo absorbía todo.

Se había apagado totalmente la luz de la esperanza. Todo en torno a los vencidos era oscuridad y muerte.

Aquella noche, las fuerzas invasoras desfilaron por la ciudad de Alicante celebrando su victoria al son de la música, de tambores, de sus himnos y de sus vivas atronadores. Por las calles sólo circulaban los invasores y sus amigos fascistas. La inmensa mayoría del pueblo estaba de luto, lo más escondido posible, recogido en su silencio, hundido en su dolor. Alicante dormía en una angustiosa pesadilla.

A la mañana siguiente, 30 de marzo, apareció un crucero enemigo y se estacionó al final del puerto, en el rompeolas. Todo estaba ya preparado para barrernos de aquel pequeño trozo de tierra, si, estando armados, intentábamos alguna resistencia a entregarnos. A todo esto se unía el hambre, pues durante la estancia no existió suministro alguno. Había en el puerto varias piladas de sacos de lentejas, quizás de algún barco que descargaran recientemente, y la gente, recogiendo broza para combustible por donde podía, con botes de conserva hervía lentejas y las comía.

La desesperación iba en aumento entre aquella masa de prisioneros, llegando algunos a enloquecer y al suicidio. Por un poste de la línea eléctrica, frente al cerco de ametralladoras de los italianos, un hombre de unos 45 años fue trepando, apoyándose con brazos y piernas sobre el poste y cuando llegó próximo a los hilos de la línea se detuvo pegado contra el poste y, agitando una mano, con voces enloquecidas gritaba de cara a las ametralladoras: “¡Tiradme, cobardes!, ¡Venga ya, tiradme! ¿Por qué no me tiráis?” Sus gritos se ahogaron en el murmullo de los de abajo y las risas y griterío de los italianos al pie de sus ametralladoras. Había perdido la razón y así lo entendieron todos. No había podido resistir aquella dura prueba. Por fin, aquel demente bajó del poste y se perdió entre los prisioneros.

Un grupo de hombres jóvenes de los concentrados en el puerto se reunió en un extremo apartado del muro, camuflado entre las rocas que detenían las olas, estudiando un golpe con bombas de mano y armas ligeras. La acción se iniciaría entre las rocas de la parte norte, en la entrada al puerto, para destruir la barrera de ame-

tralladoras y abrirse paso por allí, buscando luego las montañas. Consideraban que existían bastantes posibilidades para poder salir del cerco, aunque ya fuera las dificultades serían muchas por las características del terreno poco adecuado. Respecto a este objetivo, la acción estaba estudiada y casi decidida, pero faltaba un punto por analizar mejor, más detenidamente: las consecuencias para aquella inmensa mayoría que quedara allí, completamente ajena a esta acción de combate. Se llegó por fin a la conclusión de que harían una matanza masiva con los que no pudieran escapar, que serían muchos miles y entre ellos buena parte de mujeres, niños y ancianos. Ante esto había contraste de opiniones en el numeroso grupo. Después de darle muchas vueltas al asunto, se procedió a una votación y por sólo tres votos decidieron no ejecutar el plan. Las mujeres y los niños que quedaran allí, la suerte de éstos y de los que estuvieran con ellos, fue lo que marcó el contrapeso en la balanza. Se abandonó el plan y se disolvió el grupo guerrillero.

En todo esto, el jefe de carabineros de la República disertó otro discurso, diciendo que, por bien de todos, no se moviera nadie haciendo uso de las armas, porque en tal caso seríamos totalmente destruidos por aquellas ametralladoras y por aquel crucero que nos cercaban.

Poco más tarde, penetraron entre los prisioneros un grupo de oficiales jóvenes italianos, diciendo amablemente que no les pasaría nada, que entregaran las armas y luego saldrían del puerto ordenadamente y podrían irse a sus casas. Difundieron esto entre aquella multitud de vencidos y, después de un rato, con buenos modales, pidieron a aquella masa de personas apretadas sobre el terreno que dejaran un espacio despejado. Cuando lo hubieron logrado, extendieron en el suelo unas lonas grandes para que la gente fuera dejando allí las armas y las municiones. Durante un largo rato estuvieron las lonas solas en el suelo, nadie se desprendía de su arma. Por fin, uno se quedó indeciso, de pie frente a las lonas. Después de unos minutos de vacilación, dejó caer sobre la lona una pistola grande y lentamente fue sacando de sus bolsillos unos paquetes de municiones y los dejó junto a ella. Luego, cabizbajo, con aspecto sombrío, se perdió entre la multitud.

La gente, moviéndose con pesadez alrededor de las lonas, no parecía decidirse a quedar desarmada. La única pistola permanecía allí sola. Corriendo el tiempo, pareció que nadie iba a dejar allí más armas, pero otro se decidió y dejó la suya junto a la primera. Aunque con lentitud, un tercero hizo igual. Luego, cada vez más, se precipitaban armas y municiones, formando ya un montón considerable. Cuatro soldados italianos sacaron la lona llena de municiones y de armas de varias clases fuera del puerto. Los prisioneros fueron dejando más armas en la otra lona, y así sacaron muchas, hasta que la multitud de vencidos quedó totalmente desarmada y se entregó a su trágica suerte.

Ya concluido el desarme, los italianos fueron ordenando una larga fila de prisioneros en el interior del puerto, la cual iba fluyendo fuera, en la población, hasta la evacuación total. La sorpresa, la gran sorpresa esperaba acechante fuera del puerto. La fila de prisioneros era luego detenida por los falangistas armados que esperaban a la salida del puerto y, en vez de dejarlos ir a sus casas como los italianos habían dicho, iban formando dos o tres filas paralelas y las obligaban a caminar con rumbo desconocido para los prisioneros. Aquí empezó una nueva situación de cobarde desquite de los vencedores, a costa de la máxima humillación de los vencidos. Los malos tratos, hasta el extremo de la más baja condición humana, era la norma habitual de los victoriosos: insultos verbales, golpes de vergajo, culatazos, puntapiés, puñetazos.

Aquellas apretadas filas avanzaban lentamente, cargando cada cual algún bulto o maleta, con pasos cansados, como los que conducen al paredón de la muerte. Entre aquellos prisioneros, en tan extrema situación, lo más preocupante y dramático eran los niños, ancianos y mujeres embarazadas. Ni siquiera para éstos tuvo el enemigo el más mínimo respeto humano. En este trágico cuadro, no había alimentos, agua ni ningún otro elemento vital para seguir existiendo, lo cual no importaba lo más mínimo a los vencedores.

Entre aquellos prisioneros no había ninguno que conservara ni la más débil sombra de sonrisa, ni el tenue destello de una mirada, que antes tuviera amplios reflejos vitales. Todos los ojos eran tristes y los rostros macilentos, marcados por la más dolorosa desesperanza.

Caía la tarde de aquel día aciago y hasta los escasos celajes celestes mostraban un tinte melancólico. Toda la carretera de la parte este del castillo de Santa Bárbara quedaba cubierta por las tantas pisadas lentas de los que, en largas y apretadas filas, seguían por ella, ignorando su destino. Era un caminar silencioso, como arrastrados por una extraña fuerza. Ya quedaba el castillo a las espaldas y seguían arrastrando sus pies en dirección a Villajoyosa, a campo abierto. Los opresores ordenaron un alto y romper filas, abandonando aquella carretera, hacia un extenso campo descubierto en la parte este. Por ahora, éste fue el fin del trayecto. ¿Qué vendrá tras esto? Era la incógnita de mal agüero en tal circunstancia.

4. El campo de los almendros

Junto al borde de la carretera, en la falda del cerro próximo al castillo, había un campo muy amplio en declive hacia la carretera. Estaba plantado de almendros, todos muy jóvenes aún, de troncos delgados y lisos. Al principio de la primavera reverdecían pujantes.

Había por aquí y por allá ribazos caídos, formando bordes de tierra y piedras, por cuyas orillas y entremedio verdeaban diversidad de hierbas. Todo aquel campo se estaba ya vistiendo de verde, con tonos de colorido intenso y alegre, en doloroso contraste con la tanta tristeza que a él llevaron los prisioneros.

Allí los dejaron los falangistas y desaparecieron, cosa que parece extraña. Pero perderlos de vista fue un gran alivio. Ahora quedó sin vigilancia brevemente aquella concentración. Al darse cuenta de ello los cercados, varios jóvenes escaparon al anochecer. Otros, temerosos de que a más distancia estuvieran cercados y pudieran ser tiroteados, no se movieron del campo. Por fin, cuando un pequeño grupo intentó también salir de allí les fue cortado el paso por los soldados italianos que en aquel momento estaban formando los puestos de guardia para hacer el cerco de vigilancia. No les pasó nada a los que iban a escapar, sólo los hicieron volver con buenas razones. De estos soldados no se recibió allí mal trato, como tampoco en el puerto. Se metieron algunos entre los prisioneros y conversaron amistosamente. Uno dijo que se hubiese alegrado de que toda aquella gente se hubiera evadido antes de establecer el cerco.

Helios preguntó a otro:

- ¿Son ustedes voluntarios o forzados?

- De voluntarios, nada –respondió el soldado.

Al oír esto, otros que estaban cerca, se aproximaron y explicaron los procedimientos forzados que empleaba el fascismo italiano



Localización del Puerto de Alicante (1), el Campo de los Almendros (2) y la Plaza de Toros (3), en una foto aérea realizada por los aviones de bombardeo franquistas.

para embarcarlos a la lucha en España, en alianza con los sediciosos de este país de la misma calaña.

Bajo del manto oscuro de aquella noche del 30 de marzo, que fue bastante fresca, sin otra cama ni mantas que la tierra labrada y las orillas de pasto y broza del amplio bancal, seguían sin comida ni agua aquellos prisioneros, abandonados en pleno infortunio. Movi6 fuerte viento del oeste y envueltos entre polvaredas que levantaban los movimientos de pies de tantos miles de personas, al venir la luz del día siguiente los rostros tenían un extraño aspecto, llenos de tierra, suciedad y depauperación por el hambre y todo aquel estado calamitoso. Al día siguiente de la llegada al campo, todo estaba pelado, sin ninguna hoja verde, pues el hambre había obligado a comérselo.

En la mañana del día 31 de marzo el jefe de carabineros pronunció su breve y último discurso para decir lo que todos ya sabían: que la contienda había terminado con la victoria del enemigo, que nos habían traicionado y que todos éramos prisioneros de guerra.

El día dos de abril, todavía permanecían todos en aquel campo de prisioneros, sin suministro de víveres. El espectro del hambre producía desvaríos en muchos prisioneros y en todos la situación era en extremo alarmante. En la tarde de este día algunos familiares de prisioneros que habitaban más cerca, al enterarse del caso del puerto, acudieron al campo e intentaron visitar a los suyos y prestarles ayuda, pero era muy difícil conseguirlo porque la guardia del cerco no dejaba pasar al campo a la gente de fuera, ni tampoco tenían aún listas, ficheros ni filiación alguna. Era una gran masa de prisioneros sin identificar, tratados como cosas sin valor, obligados a permanecer en aquel campo de muerte, cercados en condiciones infrahumanas, condenados a morir de inanición. No obstante, a pesar de las dificultades, algún paquete entró por fin, sin saber cómo.

Ya al final de aquella tarde se detuvieron en la carretera, frente a aquel campo, unos camiones y empezaron a evacuar a las mujeres y los niños, con destino a otros lugares de reclusión. En aquella noche del dos de abril, no habiendo ya niños ni mujeres dentro de aquella situación angustiosa, fue un alivio moral para los que allí quedaron.

El día 3 de abril continuaron las expediciones de prisioneros hasta dejar desalojado el campo. La primera fue muy numerosa, formando dos filas, cargados con sus equipajes, lo mismo que entraron, con destino a la plaza de toros de Alicante. Ahora no iban escoltados por los italianos, sino por soldados compatriotas del campo enemigo, apuntando con fusiles, prestos a disparar en cualquier momento, como si aquella masa de hombres desarmados y famélicos fuesen fieras peligrosas. El resto de prisioneros de aquel campo fue destinado a otro de Albaterra.

5. La plaza de toros

La plaza de toros de Alicante quedó repleta con aquella expedición del día 3 de abril, hasta tal punto que se hacía difícil moverse de un lugar a otro entre aquella multitud tan apretada.

En el trayecto del campo a la plaza iban formando filas, cargados con bultos, a pasos muy lentos, hambrientos, sin afeitar desde hacía siete o más días, muy sucios, extremadamente depauperados. Apenas se podían tener de pie. Era una estampa extraordinariamente patética. Al cruzar las calles de los arrabales, en dirección a la plaza de toros, la gente salía a las puertas de las plantas bajas y a los balcones de los pisos. Con aspecto de compasión ante aquel dramático espectáculo varias mujeres rompían en sollozos. Al aglomerarse en las aceras o esquinas, los soldados enemigos, furibundos, les apuntaban con los fusiles y se tenían que retirar corriendo al interior de las viviendas.

Ya concentrados en la plaza, en el crepúsculo de aquella tarde, se oyeron voces estentóreas: “¡Todos a formar! ¡Venga, deprisa, rápido!” Enarbolaban los vergajos y golpeaban. Los prisioneros, completamente hacinados, chocaban unos con otros al formar filas. Hecho ésto, les repartieron la primera ración consistente en una latita muy pequeña de sardinas en aceite y un chusquito insignificante de pan para cada grupo de tres hambrientos, única ración de cada día. De tal forma permanecieron algún tiempo.

En las partes cubiertas de la plaza habían tomado posesión tal cantidad de prisioneros, que resultaba imposible cobijarse ninguno más de los que quedaron a la intemperie. Una noche empezó a llover y los que no estaban bajo del cubierto tuvieron que soportar el temporal persistente, mojadas como una esponja sus ropas, sin ningún medio para secarse ni cambiarse la indumentaria, calados

hasta los huesos, tiritando de frío. Muchos estaban enfermos y los que aún conservaban algunas energías las iban perdiendo ante aquella situación tan oprimiente y grave, pues carecían del alimento indispensable para subsistir, de agua para beber y asearse, incluso las demás cosas imprescindibles. Los excrementos tan abundantes por las orillas de la gran aglomeración de prisioneros eran pisados y se iba tras los pies un fango maloliente, semejante al de las gorrineras, que se hizo insoportable. No había retretes para el servicio de tantos prisioneros y tenían que hacer sus necesidades junto a cualquier pared. Tanta cantidad de excrementos y orines se iban extendiendo como un lodo hediondo. En esta situación, ordenaron abrir unas zanjaz paralelas a las paredes que sirvieran de retretes pero no tardó mucho en ser insuficiente.

En todo aquel trajín, los de las “flechas” soltaban vergajazos a diestro y siniestro, con aspecto endemoniado y furibundo, con menos consideración que si de bestias se tratara.

Silvestre tosía en aquella noche de lluvia. En tan extrema situación se agravó su tuberculosis, tenía mucha fiebre y no se disponía de ningún medio para aliviarlo. Como todos, su cuerpo estaba empapado de aquella lluvia que constantemente caía sobre él. Tampoco se pudo conseguir que alguien que estuviera bajo cubierto le cediera su sitio, en atención a que se encontraba tan enfermo. En aquella tremenda brutalidad pareció totalmente perdida la comprensión humana.

Conchita Cerdá, compañera del enfermo, salió del campo de los almendros con las demás mujeres, sin conocer su destino, y quedaron separados sin noticia alguna. Desde el puerto, Helios, Silvestre, Conchita y Fontaura formaban un grupo de afinidad ideológica. No sólo desde entonces, sino que partía de varios años antes, entre otros compañeros que la contienda bélica se llevó.

Al rayar el alba del día siguiente dejó de llover. Empezó a despejarse el cielo y un día de pleno sol ofreció la oportunidad de secar las ropas mojadas.

Los “flechas”, en cualquiera hora que se les antojaba, hacían formar a los prisioneros, armando gran alboroto. Conseguido esto, los visitantes de su calaña, que venían de varios lugares, pasaban

frente a las filas sacando a todos aquellos que reconocían como sus enemigos, se los llevaban y ya no volvían.

Un día por la mañana, empezaron a formar una numerosa expedición para meterla a interrogatorios y filiación en el cuartel militar de Benalúa. Un anciano de unos 60 años se mareaba en la fila y se desplazó para sentarse en el suelo. Al verlo, uno de las “flechas” se lanzó sobre él como una fiera, dándole fuertes golpes con un vergajo por todas partes. Aún cuando yacía sin sentido, continuaba pegándole con la punta de las botas en las piernas, en la cabeza y en todo el cuerpo, haciéndolo sangrar abundantemente. Otro prisionero más joven que intentó explicarle que aquel hombre se encontraba enfermo, fue golpeado también de igual modo. En tal brutalidad, fueron transcurriendo fatalmente los días, las semanas, los meses y para muchísimos los años, segando vidas de los prisioneros.

Poco después de tomar declaración a cada uno, al quedar fichados y clasificados, para descongestionar el campo de concentración iban poniendo en la calle a los que, por la declaración tomada, no consideraban de momento muy comprometidos o los estimaban casos leves. Luego venían las denuncias, eran detenidos de nuevo y sometidos más tarde a los Consejos de Guerra.

El día 30 de abril de 1939 un oficial de vigilancia en la plaza de toros, con una lista en las manos, hizo guardar silencio y luego fue nombrando unos 60 prisioneros, los cuales hicieron formar aparte, frente a la puerta de salida, les dieron un volante amarillo y, finalmente, les dijeron: “Todos ustedes quedan en libertad condicional, con la obligación de presentarse en la comandancia militar de sus pueblos.” Les abrieron la puerta y quedaron en la calle. En la salida estaba incluido Helios. Silvestre y Fontaura, con menos suerte de momento, quedaron en la plaza de toros.

Los vencidos vivían en la calle un terror espantoso. Por todas partes se practicaban detenciones sistemáticas, registros domiciliarios y humillaciones de todo tipo. Aquello era una caza abierta de los vencidos, sin la menor garantía personal y sin derecho alguno.

6. Prisioneros en la calle

Helios volvió a Elda. Al llegar a casa de sus padres los encontró hambrientos, en espantosa miseria, sin medio alguno para adquirir alimentos, pues del dinero republicano no les valía ni una peseta. Convivían con los dos ancianos, dos hijos menores y tres nietos, todos indefensos ante aquella angustiosa situación. A pesar del gran riesgo que suponía para Helios, se tuvo que lanzar al estraperlo, para poder comer su familia y él, o por lo menos para no morir de hambre. Estos casos eran generales entre los vencidos, particularmente en la clase trabajadora.

También fue al domicilio de los padres de Silvestre, para darles noticias de su hijo. Con alegría encontró a Conchita, recién salida del campo de concentración. El mismo día visitó a Elia, compañera de Eliseo, caído en el frente en los últimos meses de guerra. Los tres eran viejos amigos. En casa de Elia concurrían a escondidas algunos compañeros de ambos sexos, aportando noticias de cuanto habían visto y oído cada uno durante el día. Helios era el visitante más asiduo de Elia. Entraba a la casa de su amiga al anochecer cada día, procurando no ser visto por sus enemigos para evitar sospechas de reunión clandestina.

Una noche, al despedirse, se detuvieron un rato en el zaguán de la puerta y se dieron por fin el primer beso. Los amigos se habían enamorado en aquellos momentos de persecución entre tan graves peligros. Surgió el amor y no se detuvo ante nada. Elia tenía 26 años al terminar la guerra, cuatro menos que él. Era delgada, de alrededor de 1'50m. de estatura, de pelo abundante, rizado y trigueño, y de igual tonalidad su tez. Tenía finos los labios y bien formados sus dientes, nariz pequeña y ojos azules y grandes, de frente amplia y despejada. Su mirada era vivaracha y

jovial. Tenía un carácter amable, muy comunicativo, hospitalario y generoso.

El día 2 de mayo de 1939, reunidos en casa de Elia al anoche-
cer, ésta, su hermana y el novio de ésta, Conchita y Helios, acorda-
ron hacer una gira los cinco en la madrugada del día siguiente a un
campo llamado Caprala. Con los escasos medios económicos a su
alcance reunidos entre todos, prepararon la vianda para todo el día
y salieron de Elda al rayar el alba. Los asfixiaba aquel ambiente de
guerra: persecuciones por doquier, detenciones, siempre a la caza
de “los rojos” vencidos. En la soledad magnificante de aquel campo
tendrían un hermoso día en libertad y a él se dirigieron como una
evasión del terror, con la alegría del prisionero al escapar del encie-
rro. Buscaron un campo de luz entre tanta desdicha y oscuridad.

Iban dos parejas, ayudándose con los envoltorios de la modes-
ta vianda. Elia y Helios y la hermana de la primera y su novio; Con-
chita iba sola y más triste, aunque intentaran animarla, la envolvía
un velo de melancolía.

Por las laderas de lomas y colinas, tachonadas de pinos, ser-
penteaba una senda estrecha y por ella franqueaban obstáculos
Helios y su compañera, cogiendo cada uno de un asa de la bolsa
repleta de las cosas que iban a usar aquel día. En aquella esplendorosa mañana, cuando los primeros rayos solares acariciaban las
cumbres, dibujando bello contraste de sol y sombra, se sintieron
más felices que nunca, como si el tremendo drama que les perseguía
hubiese quedado muy atrás. Los caracoles, antes de apuntar el sol,
caminaban lentamente bajo de su cáscara sobre la tierra mojada por
el rocío de la noche, buscando las hierbas, en cuyas hojas perleaban
las gotas. Las abejas se dejaban caer por aquí y por allá sobre las
flores perfumadas, libando sus esencias. La vida palpitaba alegre en
todo aquel lindo paisaje.

Al llegar, casi en la falda del monte, siguiendo rambla arriba,
a la izquierda, había un pequeño manantial de agua fresca y cris-
talina que nacía entre la hojarasca de un núcleo de chopos y pinos
frondosos. Entre el ramaje verde, el susurro de una brisa acarician-
te y el trino de los pájaros, armonizaban una sinfonía tan tierna
y suave, que llenaban de encanto los sentidos. Bajo el deleite de

aquel bello canto, en plena libertad, Helios se perdía con su mirada en lontananza. Durante largo rato se detuvo su pensamiento sobre la montaña próxima que, cubierta de pinos hasta su cresta, como un tupido manto verde, se recortaba en un horizonte claro, exclamando por fin: “¡Qué hermosa es la vida, pero qué triste la hace la brutalidad humana!”

Bajo de aquel bosquecillo de árboles almorzaron con aquella preciosa armonía de amigos de verdad. Elia muy desenvuelta y diligente, preparaba las cosas, y al terminar el almuerzo, lo recogió y ordenó todo. Ahora se fueron dispersando por el campo. La hermana de Elia y su compañero se internaron en el monte. Conchita se separó sola a bastante distancia y se le veía desnudarse detrás de un matorral para tomar un baño de sol, llevando por única compañía su tristeza, como una alondra que perdiera su nido. Helios y su compañera quedaron allí solos. Poco más tarde, se acomodaron juntos entre un bosquecillo espeso de retamas, adornadas con abundante floración amarilla, a unos metros hacia arriba de donde habían almorzado, a la mitad de la pendiente de la orilla norte de la rambla. Acostados, el uno junto al otro, en la sombra de las retamas, hablaron libre y extensamente de sus cosas, ora quietecitos, ora jugando y riendo. A veces, él acariciaba su hermoso pelo y ella respondía amable con sus caricias.

- Voy a cortarte un cabello largo, Elia –se lo cortó suavemente.

Consintió con media sonrisa, sin hablar. Aquel cabello, de fino color trigueño y ondulado, lo contempló él unos instantes, dichoso y preocupado al mismo tiempo, entre la dicha de aquel día y el mal augurio del mañana. Por último, ató el cabello a una rama de la retama, dándole varias vueltas y anudando los extremos, para que allí resistiera el paso del tiempo, por si alguna vez volvían al mismo lugar y lo hallaban esperándolos, como vivo recuerdo de aquel día.

- Ya has visto donde lo he atado, Elia. Será difícil que el viento lo desate ni que lo descubra nadie. Sólo tú y yo lo sabemos. No sé el porqué hice esto. Creo que es algo subconsciente lo que me ha inducido a ello. ¿Acaso lo veremos alguna otra vez juntos? Pudiera ser que lo vieras tú sola después de mucho tiempo y sintieras pena,

porque yo no existiera, o por el contrario lo volviera a ver yo solo, o quizás ni tú ni yo, porque fueran destruidas nuestras vidas por estos brutales acontecimientos. Si no sobrevivimos, este cabello conservará únicamente el secreto de nuestras cosas íntimas y comunes de este día, hasta que la fuerza natural del tiempo lo transforme en la naturaleza invisible. Así es todo, Elia, pasajera y fugaz la dicha. Así pudiera ser también la nuestra

- ¡Quién sabe! ¡Bueno, no pienses en eso ahora! Vivamos este corto presente, luego ya veremos –dijo ella, intentando sonreír, quizás para desviar los pensamientos preocupantes de él.

Elia mantuvo una sonrisa forzada, como congelada en sus labios, y tras ella se observaba cierta amargura. Hubieran querido que aquel venturoso día se hubiese detenido eternamente, pero les pareció fugaz y pronto se encontraron en su ocaso, otra vez de cara al peligro de sucumbir bajo el terror reinante. Ya moría la tarde. En el horizonte rojizo el sol guiñaba el ojo entre unas nubecillas tenues, que parecían pegadas sobre las crestas de las montañas. Todos fueron acudiendo al punto de partida, ya con rostros marcados por la inquietud preocupante, de cara al retorno. Alrededor de las 10 de la noche llegaron al domicilio de Elia.

- Se acabó la gira. ¡Qué hermoso es todo aquello que hemos dejado en aquel campo! ¡Otra vez en este infierno! Detenciones, torturas, atropellos inauditos, fusilamientos ¡Muerte por doquier! –exclamó Helios, sentado, sin ganas de salir a la calle para dirigirse a casa de sus padres lleno de amargura.

Nadie contestó, absorbidos todos en la misma pesadilla. Cuando Helios se dispuso a salir para volver a su casa, Elia le dijo preocupada:

- ¿Quieres quedarte aquí esta noche?

- No, Elia. Si no voy a mi casa, creerán que me han detenido. Hay que afrontar el riesgo. Es muy difícil escapar de todo esto –dijo con preocupación-. Adiós, amigos –se despidió por fin de todos.

- Ten mucho cuidado, Helios –manifestó Elia intranquila.

Un día tras otro las cosas siguieron así. Escondiéndose, huyendo por todas partes, luchando de todas las formas posibles y esperando en cualquier momento un golpe fatal. Cada noche Helios la

visitaba, mostrando las dos grandes ilusiones en el proyecto de convivencia en su hogar tranquilo y armonioso, si llegara a normalizarse aquella situación, y con tal sentido lo habían convenido ambos. Pero aquella negra nube se cernía sobre ellos, aquel grave peligro que los amenazaba constantemente detenía su plan, oscurecía su horizonte y en lo recóndito de cada uno tomaba cuerpo la idea de que todas aquellas cosas tan lindas que ansiaban y que felizmente los unía, iban a ser destruidas por aquel violento huracán que rugía sobre ellos.

Varios amigos habían aconsejado a Helios que saliera del pueblo y se escondiera. Aunque él comprendiera que era muy urgente hacerlo así, demoraba tal decisión hasta dejar a su familia algún medio para que pudieran subsistir. El día dos de julio decidió Helios marcharse. Al anochecer fue a ver a Elia. Esta le informó de los muchos compañeros que habían detenido en la madrugada de aquel día y que en la noche siguiente se esperaba la continuidad de las redadas. Hablando de los acontecimientos, entre otras cosas particulares de ellos, llegaron a las doce de la noche.

- Voy a marcharme, Elia. En la madrugada ya hay mucha vigilancia y si me encuentran por la calle...

- ¡No te vayas! Puedes quedarte aquí. Si te encuentran en la calle o en tu casa, lo harán. Hay que evitar los riesgos en lo posible.

- No voy por el centro del pueblo, Elia. De aquí voy por el cementerio al río, sigo la orilla hacia abajo y entro en mi casa sin ser visto. Por ese trayecto nunca encuentro a nadie a estas horas. No te preocupes y duerme tranquila.

-No, nadie de nosotros puede dormir tranquilos en tal situación que es la peor que se puede vivir –dijo ella contrita.

Quedaron unos instantes en silencio el uno frente al otro, sumidos en un laberinto de ideas sombrías. Él decidió partir. Salieron juntos hasta el zaguán. En la penumbra quedaron unos instantes de pie en la puerta de la calle, mirándose, contemplándose en silencio y finalmente se dieron un beso largo y fuerte. Él partió a las doce y 30 minutos.

Helios dormía en el piso de su hermana mayor, frente a una ventana que daba a los tejados de una manzana amplia de viviendas de vieja construcción, de no más de un piso por cada una, y

por aquel ventanal podía salir sin dificultad a aquel laberinto de tejados desiguales y negruzcos y huir por allí en caso necesario. Era el número dos de la calle de la Purísima, frente a la fábrica de calzado llamada entonces de Rodolfo Guarinos. Cuando vino de casa de Elia, se acostó. Preocupado, tardó en coger el sueño. Cuando empezaba a quedar dormido, en duermevela, alrededor de las dos de la madrugada del día 3 de julio, oyó fuertes golpes en la puerta de la calle, e inconscientemente, contestó:

- ¿Quién es?

- La policía –contestó uno de los de fuera-. Sí está –oyó Helios que dijo uno de ellos a los otros.



Dos vistas de la Calle Purísima de Elda, donde vivía el protagonista
(Fuente: *Alborada* número 40 pág. 74).

En esto se despertó totalmente y se percató de que había cometido un error al contestar. Se levantaron sus dos hermanas, que dormían en otra habitación, y le dijeron:

- ¡Huye por el ventanal!

- No. ¡No puedo hacer eso! Os detendrían. Eso es lo que vienen haciendo en estos casos. Saben que estoy aquí y así lo harían, sin lugar a duda. Si no hubiese contestado, les podríais hacer creer que me encontraba fuera.

- ¡Huye! –repitieron en voz baja las dos hermanas.

- No, no huiré. Me entregaré.

En esto se precipitaban golpes en la puerta de tal forma, que parecía que la iban a echar al suelo, dando tales voces, que despertaban al vecindario. Él bajó las escaleras precipitadamente, en camiseta y con sólo el pantalón puesto. Abrió la puerta y se vio ante cinco falangistas armados y el chófer que conducía una camioneta cubierta.

- ¿Es usted...? –se detuvo para mirar un papel.

- Sí, yo soy –respondió Helios sin darle tiempo a terminar la pregunta.

- Véngase con nosotros.

- Permítame subir a vestirme.

- No, no es necesario; sólo es para unas preguntitas.

- Aunque así fuere, no voy a salir de este modo. Si cree que pienso escaparme, suba conmigo –dijo Helios, al tiempo que se disponía a desandar las escaleras.

- Bueno, vaya usted rápido –consintió el policía.

Esto de “sólo es para unas preguntitas” era una expresión irónica, que usaban habitualmente los terroristas de aquella situación. Helios se vistió de prisa, se despidió de sus hermanas, bajó las escaleras, salió a la calle, lo hicieron subir a la camioneta y lo condujeron a Monóvar. La noche estaba cubierta con un manto plata. Era una noche clara y serena, llena de fulgores de luna. En el largo tramo recto de la carretera sonaba insistentemente el ric-ric de los grillos en los rastrojos de las orillas y llegaba a los oídos de Helios como un concierto de despedida. “¡Bella canción de libertad!... Quizás ya no la vuelva a oír” –pensó en silencio él-. Dejando atrás el paisaje campestre, se despedía de la hermosa noche, de la luna, de aquel cortejo de estrellas, del canto de los grillos y de todo lo más querido, que quizás no viera más.

Si malo era estar en la calle perseguido por las huestes del terror, la tragedia que imperaba en los ergástulos del franquismo era peor que la muerte, un mundo tenebroso, sumido en un oscuro abismo de angustia y de dolor sin misericordia.

Pocos minutos después la camioneta entraba en las primeras calles de Monóvar y se detuvo ante una checa falangista. Dos torturadores salieron del local, se dirigieron a la camioneta detenida en la calle y uno de ellos dijo a los que custodiaban al detenido.

- ¿Traéis un rojo? Bajadlo y traedlo aquí dentro, que lo haremos cantar. ¡Vaya si cantará! Todos cantan aquí.

- No, éste lo llevamos a la cárcel por ahora. Ya más tarde –dijo un falangista llamado Lino.

Se libró Helios aquella noche de la tortura de aquella checa, lo cual encontró extraño, dada la extrema crueldad que venía viendo por todas partes dirigida al exterminio de los vencidos. Los que custodiaban la camioneta cruzaron unas palabras en voz baja y partieron luego con el detenido dentro del vehículo. Unos instantes después se detuvieron en la puerta de la cárcel, cuando en el reloj público sonaron las tres de la madrugada.

7. La cárcel de Monóvar

En la madrugada del sábado 3 de julio condujeron a Helios al cuerpo de guardia de la cárcel de Monóvar. Al llegar lo cachearon minuciosamente y, después de tomarle varios datos, dos soldados armados y el carcelero lo hicieron cruzar un patio. Este carcelero era tuerto. En un momento Helios observó en la penumbra y vio en él aspecto de asesino. Este siniestro personaje abrió una puerta gruesa en el extremo opuesto del patio, encendió una luz mortecina y, siguiendo al de las llaves con los dos armados a la espalda, penetraron en un calabozo estrecho, hondo y húmedo, con una peste a orines y de excrementos insoportable. Luego abrió otra puerta más al fondo cuyos goznes enmohecidos y secos chirriaban como si fuesen lastimeros quejidos y lo empujaron dentro. Volvió a abrir otro calabozo más hondo aún y más húmedo, completamente oscuro, el último de la serie, y lo empujaron también al fondo. Seguidamente el carcelero se apuntaló para llevarse tras él la puerta tan pesada e inclinado hacia un lado por el peso de tantas llaves muy grandes que le pesaban en el otro, cerró y desapareció, apagando antes una débil luz que al entrar encendiera.

No había ventana alguna para ventilación, ni retrete, ni agua, ni luz de ninguna clase. En aquella hediondez, parecía aquello una cámara de exterminio. Al entrar Helios, no había ningún otro preso en aquellos infernales calabozos. La oscuridad era densa y absoluta y en un silencio de tumba. Los ruidos de fuera no penetraban. Cuando eran muy fuertes, apenas se percibían muy débilmente, como muy lejanos.

El prisionero tentaba por el piso y por las paredes y lo encontraba todo fangoso y maloliente. Aquello era como una cloaca pestilente, por los excrementos y los orines de los que habían pasado por allí an-

tes. Sintió tanta dificultad al respirar, tanta angustia, que pensó en la imposibilidad de sobrevivir en aquellas condiciones infrahumanas.

Pasaron las horas, lentas y dolorosas, y ya no se podía tener de pie. Tentando por las orillas del inmundo calabozo tropezó en un rincón con un trozo de madera ancho, lo puso plano sobre el fango del suelo, se acostó sobre él y al cabo de un rato quedó dormido. Luego despertó confuso y tullido, bajo el efecto de una pesadilla terrible. De momento y durante un largo rato, no recordaba bien lo que realmente le había ocurrido y creyó que todo aquello había sido un ensueño. En esto, esforzándose para entrar conscientemente en la realidad de su situación, le pareció oír muy lejos un murmullo apenas perceptible, producido por el griterío de mucha gente. Pensando entre gran confusión todavía, como si aún estuviera soñando, se detuvo en su mente una idea que lo alarmó:

“¿Sufiré desvarío mental?” –se dijo-. Poco después fue recordando mejor, coordinando algo más y atando cabos inconexos. Llegó a la conclusión de que realmente había sido detenido y se encontraba encerrado en una especie de gorrinera, y que aquel débil murmullo que percibía –aguzando el oído con mucha atención-, provenía de la gente que acudía a la visita de sus familiares presos. Recordó que, estando en la calle, pudo ver mucha gente que los domingos andaba los 8 kilómetros de carretera, de Elda a Monóvar y viceversa, llevando comida y otras cosas para los presos. Oyó decir también entonces, que las visitas tenían lugar en un departamento de la planta baja que daba a la calle, que era el lavadero de la cárcel. “Así, pues, me detuvieron el sábado y me encuentro en el domingo, cuando tienen lugar las visitas. Ahora lo voy viendo claro. No fue un sueño. ¡Ojalá lo hubiese sido! ¡Es una realidad tan cruel!” –pensó con extrema amargura, al verse de nuevo atrapado por aquel enemigo tan cruel.

Ya en la tarde de aquel día 4 de julio oyó los cerrojos de los sendos calabozos; era el carcelero, El Tuerto de aspecto patibulario y ridículo. Como una sombra siniestra, llegó a la puerta de la sepultura del encarcelado, la entreabrió, esforzándose ante su pesadez, le echó al fondo oscuro y fangoso un capacito de palma con comestibles y un pequeño jergón enrollado con una manta vieja,

que enviaron los padres del detenido. Al tirar esto desde el portal, lo hizo con desprecio, arrastrando tras él aquella puerta carcelaria, muy gruesa, de madera y hierro, antiquísima, mostrando lo más repulsivo de su figura, como contrariado por encontrar aún vivo aquel ser allí sepultado.

En esta breve operación de semiabrir y cerrar la puerta, Helios vio un leve vestigio de luz en la pared de enfrente y le pareció un hálito de vida que le llegó desde fuera, y en doloroso contraste, otra vez se hundió en la densa y absoluta oscuridad pestilente.

Fue palpando sobre aquel lodo maloliente, hasta dar con el capacito de los comestibles y el colchón. Tendió éste último sobre la tabla que hasta entonces le sirvió de lecho y empezó a comer aquellos escasos comestibles, venidos de la más extrema pobreza, que devoró hambriento muy pronto. Luego se tendió sobre el jergón. Ya más habituado a aquel hedor, lentamente se fue quedando dormido. Entre pesadillas, se despertó y durmió varias veces. Otra vez perdió la noción del tiempo en aquella oscuridad y aislamiento, como sepultado vivo. No sabía cuando era de noche ni de día e ignoraba la hora en que se encontraba.

Otra vez las gruesas puertas empezaron una tras otra a chirriar. “¿Qué día y qué hora será? ¿Qué vendrá ahora de nuevo?” –pensó Helios tumbado sobre el colchón, ya mojado por el piso de tierra fangosa. Por fin, se entreabrió su puerta. El Tuerto, con su gran manojo de grandes llaves, de pie en el portal, lo enfocó con una linterna y dijo:

- Coja sus cosas y salga rápido.

El preso se incorporó, cogió lo poco que allí tenía y salió tras el carcelero, hasta un calabozo contiguo de más afuera. En todo esto, el Tuerto sostenía en la mano izquierda la linterna y en la derecha enarbolaba un vergajo.

- Espere ahí –le señaló con el vergajo.

Helios se detuvo de pie en la orilla del calabozo. Luego de unos minutos, entraron por delante de él unos soldados armados, conduciendo a dos presos y los encerraron en el calabozo que había dejado hacía unos instantes. Cerró la puerta el carcelero de los recién ingresados. Seguidamente dijo a Helios:

- Usted quedará aquí ahora.

Aunque aquella situación torturante siguiera su curso, ya era algo de estímulo no estar uno solo. Así podrían hablar por la rejilla y desviar un poco el pensamiento de aquella amarga soledad. Las puertas interiores se comunicaban de un calabozo a otro por una rejilla metálica diminuta.

- ¿Quiénes sois? –inquirió Helios junto a la rejilla, cuando se fue el carcelero tras los soldados.

- Yo soy Pepín, el herrero, de Elda, y éste que hay conmigo es Ramón Pastor, también de allí, alias el Alcalde de Pegueritos –respondió el primero.

- Y tú, ¿quién eres? –preguntó Pastor

- Soy Helios, de vuestro mismo pueblo.

Eran amigos los tres, pero durante toda la guerra no se habían visto y en aquella oscuridad y tan desfigurados por el mal trato y todas aquellas violencias, no se habían conocido al principio.

- ¿En qué día nos encontramos y qué hora es? –preguntó Helios.

- Es el día 5 de julio y podrán ser ahora las 4 de la madrugada –respondió Pepín.

- ¿De qué se os acusa?

- De todo lo que se les antoja. Tú ya conocerás el sistema –respondió Pastor.

A Ramón Pastor lo motejaban “el Alcalde de Pegueritos”, porque siendo oficial del Ejército Popular de la República, al ocupar con su tropa el pueblo de Pegueritos, en poder del enemigo hasta entonces, lo nombraron Alcalde provisional del mismo. Tomaron esto a broma sus compañeros aplicándole tal mote, que también a él le hacía gracia y así lo siguieron llamando.

Después de conversar Helios y sus compañeros durante un rato a través de aquella rejilla, reinó el silencio, hundiéndose cada cual en sus preocupaciones, que no eran pocas y graves. En aquel mediodía volvió el carcelero a abrir las puertas. Pasó por el calabozo que ocupaba Helios, abrió el de sus vecinos, les tiró al fondo los comestibles enviados por sus familiares, cerró de nuevo, volvió al patio, trajo también a Helios lo que le habían enviado de su casa y salió.

En la madrugada del día 6 de julio metieron en el calabozo que Helios ocupaba ahora a un amigo de éste, llamado Vicente Marchirán Millá. Iba ensangrentado y lleno de heridas por todas partes. Tenía tan desfigurado el rostro y tan demacrada toda su persona, que no lo reconoció al entrar. El nuevo ingreso quedó en el calabozo de Helios y a éste lo pasaron a otro más afuera, entrando desde el patio, el primero. En las madrugadas sucesivas siguieron entrando detenidos, hasta no caber más.

Por las noches entraban los torturadores en los calabozos con vergajo en mano, produciendo un espectáculo espeluznante para los detenidos, ensangrentando a golpes los cuerpos de los indefensos presos. Los sacaban a la medianoche para tomarles declaración, ya no volvían por su pie, sino moribundos por los golpes recibidos. Aquello parecía una tumba colectiva de hombres exhaustos, que se les escapaba la vida bajo el rigor de aquellos tormentos. La ponzoña y las garras del monstruo fascista se ensañaba con los vencidos, mostrando su extrema crueldad y baja condición humana. La tortura era su imperio.

El día 12 de julio Helios llevaba 9 días en aquellos terribles calabozos, pasando de uno a otro, privado de todo lo indispensable para poder sobrevivir. El único alimento era el tan escaso que hacía llegar allí su familia, consumida en la ruina. A las 10 de la mañana de este día se presentó el carcelero abriendo puertas diciendo:

- ¡Venga, vayan saliendo todos al patio y lávense! Allá enfrente están los retretes y los lavabos –señaló con la mano.

Todos fueron saliendo, y en el patio, a la clara luz del día, Helios no pudo abrir los ojos hasta después de un largo rato, que logró vencer en parte la dificultad producida por la oscuridad de todos aquellos días y en más o menos grado, lo mismo ocurría a sus compañeros. Ahora reconoció a su amigo Marchirán, viendo claramente las huellas de las torturas a que lo habían sometido. Estaba extremadamente depauperado, apenas se podía tener de pie. Su voz estaba como muerta y se recogía en su angustioso silencio, como si hubiese perdido todo lo que fue. Parecía extraño para cualquiera que lo había conocido antes.

Al volver a los calabozos, el carcelero dijo a Helios:

- Coja sus cosas y sígame.

Lo llevó a la sala número 5 de aquella cárcel, en la parte más alta. Estaba hacinada de presos. A pesar de todo, era mejor que aquellas ergástulas infernales que había dejado. En este amplio departamento había bastante ventilación. Por las ventanas se veía un amplio panorama campestre y una cordillera de montañas de sur a oeste, cosa muy importante para el preso.

Helios era muy popular y estimado en aquel pueblo, especialmente por la clase trabajadora de todas las tendencias de izquierda. Al verlo entrar, tuvo un buen recibimiento masivo, mostrándole gran simpatía los reclusos. A pesar de la estrechez en que estaban, le facilitaron el mejor sitio que se podía ofrecer en tales circunstancias. Después de un largo rato allí, se sentía cansado y aturdido de tanto estrechar manos y abrazos por aquí y por allá, siguiendo enormidad de preguntas acerca de aquella situación y contándole escenas de horribles torturas. Sin que el drama fuese a paliarse ni mucho menos, para Helios fue gran estímulo verse entre tantos amigos.

En el curso de este día, un buen amigo informó de algo muy grave y preocupante para Helios: seis compañeros de él habían sido acusados por los vencedores de un hecho durante la guerra, en el cual lo habían implicado en el curso de las declaraciones a que fueron obligados ante el juez militar. En el mismo asunto estaban encartados siete, incluido Helios. Uno había sido condenado ya por separado y la petición fiscal fue de pena de muerte, encontrándose en la trágica espera de los condenados a la pena capital. Otros cinco tenían todo listo para sentencia y Helios era el último, cuyo sumario empezaría por aquellas fechas. La perspectiva para éste no podía ser más dramática. Realmente, ninguna responsabilidad tenía Helios en aquello, pero creyéndolo fuera del país, y ante aquellos terribles interrogatorios, fueron descargando sobre él su excesivo peso. Estos casos fueron muy abundantes en aquellos procesos arbitrarios.

También aquí, cada noche era trágica, especialmente cuando empezaba la danza de la muerte. Cada uno escuchaba sobre su jergón cualquier ruido que denotara preparativos para conducir condenados a la capilla, a la antesala de la muerte. Al percibir algún indicio, se acentuaba un silencio extraño y sepulcral entre los presos.

Algunas veces se oía allá hondos repetidos “¡Viva la República!”. Eran los que iban a morir al pie del paredón.

Algo análogo sucedía cuando a la media noche abrían la puerta de la sala de reclusión con algún papel en la mano y nombrando a alguien o a varios añadían: “Que salga o que salgan a declarar”, o bien, “que recoja sus cosas y salga enseguida”. Los que salían con el petate —este petate era de cada cual, llevado allí por algún familiar o amigo, ya que en la cárcel no daban nada de eso-, ya no volvían. Los metían en algún calabozo aislado para ser trasladados a otra parte, donde les esperaba alguna denuncia grave, o los pasaban a los departamentos de incomunicación de condenados a muerte, en el que esperaban sus horas finales. Estas llamadas en las noches eran como sentencias de muerte. Seguían las torturas más allá de toda resistencia humana, si de interrogatorios se trataba. Al llegar esas horas, aunque todos los nombrados salieran por su pie, los devolvían moribundos, cogidos por los torturadores de los brazos y de los pies, y abriendo el carcelero la puerta del departamento a que correspondían, los lanzaban con brutal desprecio, como un fardo encima de la hacinada parva de cuerpos humanos que yacían sobre los jergones en el suelo, y cerraban la puerta con indiferencia.

En tales casos, los compañeros de infortunio atendían a los golpeados con los escasos medios que tenían a su alcance, y casi siempre, a falta de otras cosas mejores, usaban el agua de algún botijo y trozos de camiseta que alguien rasgaba de la suya, con lo cual extraían los trozos de camiseta incrustados en la carne triturada por los golpes de los vergajos. Con la mayor brutalidad, golpeaban todo el cuerpo: la espalda, la cabeza y el rostro, el pecho, el vientre y puntapiés en los testículos. Bajo este terror transcurrió el tiempo, frente a un horizonte tenebroso, envueltos noche tras noche en el espectro de la muerte.

Cuando en la prisión corría por lo bajo la voz entre los presos de que había “saca”, significaba que en la noche siguiente iban a fusilar. A pesar de que esta preparación la hacían oficialmente con el mayor secreto, la aguda sensibilidad intuitiva de los presos la captaba y era muy raro que alguna vez fallara, que no se presentara esa dramática realidad. En la medianoche se percibían los preparativos

para la “saca” y cada cual se hacía la fatal pregunta, si aún no se sabía: “¿A quienes tocará morir?” En esto, el silencio se hacía denso y absoluto entre los presos. El fantasma de la muerte obligaba a cada cual a recogerse en sí mismo en introspectivo y trágico soliloquio.

En el verano de 1939, en una madrugada, se produjo una “saca” abundante. Al correr el rumor, a todos abandonó el sueño. Helios se levantó y poniendo los pies en pequeños y escasos huecos de los que yacían apiñados sobre el suelo de la sala, llegó hasta una ventana, cubierta de tela metálica, en un extremo de la nave, la cual daba a un patio angosto y miró por un agujero hacia el fondo. Por la periferia de aquel patio estaban los miembros de la Guardia Civil que componían el piquete de ejecución, formando un semicírculo frente al numeroso grupo de los que iban a ser ejecutados. Estaban silenciosos, fumando algunos, liando un cigarrillo otros. Parecían estar tranquilos, como si nada malo les fuese a ocurrir.

Reflejos de luces potentes, próximas al edificio carcelario, en contraste con la oscuridad, formaban en aquel patio una penumbra poco densa. Fijando Helios la vista en el fondo del patio, intentando identificar a los que iban a ser fusilados, pudo distinguir entre otros a su íntimo amigo Antonio Martínez de Elda. Lleno de pena y de indignación, volvió a su petate. Pensando tristemente en aquellos amigos que ya no vería nunca, no pudo coger el sueño y amaneció el nuevo día sombrío, envuelto en una pena que penetraba en lo más profundo de su alma.

El día anterior habían trasladado de la cárcel de Monóvar a Elda a Elías Ibáñez Morcillo, a los dos hermanos Gómez y a María Bellod –hija ésta de “María La Curandera”-, con un niño de pecho, todos amigos de Helios y vecinos de Elda. En aquella última noche de María, su madre se hizo cargo del niño. Pensar en los momentos últimos de aquella madre que se desprendía de su hijo tan pequeñín para siempre, porque la iban a asesinar en la madrugada siguiente, es algo extremadamente dramático para cualquier ser humano normal. A la mañana siguiente, los últimamente citados fueron fusilados entre la rambla y la pared del cementerio de Elda. En esta misma madrugada tuvo lugar la ejecución de Antonio Martínez y varios más en el cementerio de Monóvar.

Nochebuena de 1939. En esta tarde, los presos habían sido visitados por sus familiares en su mayoría, que con gran esfuerzo les habían llevado algunos comestibles y ese calor familiar, que tanto se necesita en la prisión. Pero varias otras familias estaban tan arruinadas que ni siquiera esto había podido hacer y para bastantes reclusos fue esta noche más triste que otras. En este último caso se encontraba Helios. Se recogió en un rincón de la nave sentado sobre su petate. Se sentía entristecido profundamente, muy solo en aquel desierto de su vida.

Algunos grupos, por aquí y por allá, dentro de lo que en aquel lugar y circunstancias cabía, celebraban la Nochebuena. Otros se veían solitarios, ajenos a aquel bullicio, de aparente alegría y paseaban su melancolía y soledad entre tanta compañía.

La censura carcelaria retenía con frecuencia las cartas que llegaban a los reclusos, no las entregaban o tardaban en hacerlo. Hacía muchos días que Helios no tenía noticia alguna de ninguno de sus seres queridos y esto hacía más penosa cada una de sus horas allí. La correspondencia entre Elia y él fue normal hasta entonces, aunque con algún retraso causado por la censura. Esta obligaba a poner en cada carta, sobre o nota lo siguiente: “¡Viva Franco! ¡Arriba España! Año de la Victoria.” Omitir todo esto, por el motivo que fuere, no sólo retenían el escrito, sino que, el recluso era citado a la dirección penitenciaria, donde exigían explicaciones con los peores modales y despotismo y hasta en muchos casos intervenía el diálogo de los vergajos. En aquella noche, tan celebrada cada año en todo el mundo, no sólo se encontraba Helios falto de ese calor de fuera, de noticias de Elia y de su familia, sino que también tenía hambre, todo lo cual se unía a la pesadilla de la cárcel. Fue la Nochebuena más triste de toda su vida.

Al día siguiente por la mañana –primer día de Navidad- , Elia lo visitó, después de haberle hecho pasar una cesta con comestibles de lo mejor que pudo adquirir. Su alegría y agradecimiento fueron tan grandes que le compensaron todas las tristezas sufridas.

Al salir con un grupo de presos comunicantes para recibir las visitas de familiares de la calle, los detenían al pie de un lavadero, de poco más de medio metro de altura por alrededor de diez de lar-

go y algo más de un metro de ancho. Estaba lleno de agua. La parte de fuera la ocupaban en hilera los que venían de la calle y el lado opuesto los presos. Al llegar Helios al borde del lavadero vio con inmensa alegría a Elia sonriente frente a él, entre los que habían entrado de la calle. Unos y otros, se inclinaban sobre el agua para estar más cerca, con el fin de oírse mejor entre aquel griterío de unas 30 a 40 personas hablando con viva voz al mismo tiempo.

- ¿Cómo te encuentras, Helios? –inquirió ella, sin apagar su deliciosa sonrisa, mirando vivamente con lindos ojos azules, grandes y vivarachos.

- Estoy bien, Elia. Y tú, ¿cómo te sientes de ánimo y de salud?

- Me encuentro bien, Helios, no te preocupes por mí. El nene y tu familia están bien de salud. Me fue imposible venir antes, ¿sabes? No te podrás imaginar cuánto lo siento.

- No sufras por eso, Elia, comprendo tus grandes dificultades. No intentes hacer más de lo que puedas. Cuida tu salud antes de todo. Únicamente te pido que me escribas con la mayor frecuencia posible. Si no puedes otra cosa, esto es lo más importante para mí.

- Bien, Helios, un beso –se lo envió con la mano, sonriendo, haciendo él lo mismo.

De tal modo se despidieron, porque bruscamente había cortado el vigilante la comunicación. Aquellas sonrisas abiertas y sinceras, tan llenas de amor, en los encuentros y despedidas, contenían un portento de vida tal que era la fuerza más poderosa que transmitía fortaleza para resistir el rigor de aquel tremendo drama. Ella caminó entre los demás hacia la calle, volviendo la cabeza, para mirarlo una y otra vez, hasta que fuese posible verse, y lo mismo hizo él hasta perderse en el interior penitenciario. De idéntica forma terminó el año y empezó el siguiente de 1940. El 7 de marzo, escribió a Elia, informándole de que al día siguiente lo trasladarían al Reformatorio de Adultos en Alicante.

8. Los consejos de guerra

El día 8 de marzo de 1940 Helios ingresó en la prisión de Alicante, con varios compañeros de infortunio, para ser juzgados. Aquí todo era igual en el fondo. Idénticos dramas frente a la muerte.

En la mañana del día 15 de marzo, a las 10 horas, sacaron del Reformatorio a Helios entre otros muchos, a través de pasillos y puertas, hasta llegar a un patio, donde esperaban dos grupos de la Guardia Civil. Los esposaron de dos en dos, formando filas. Abrieron la última puerta metálica, los detuvieron en la calle frente a dos camiones descubiertos. Los hicieron subir. Ya todo bien seguro, partieron escoltados hacia el edificio de la Diputación Provincial, donde estaba instalado el Consejo de Guerra nº 2. Aquí siguió una clasificación y ordenación sobre las muchas hileras de banquillos, después de desatadas las manos.

Dio principio el acto procesal. El fiscal empezó sus discursos acusatorios, repletos de insultos contra los que no se podían defender. Los acusados estaban privados del derecho más elemental. Aparte de contestar a las preguntas sí o no, no se permitía hablar nada más. Eran abundantes las falsas acusaciones y deformadas todas, llenas de odio, de violencia y de ponzoña, intentando justificar públicamente sus injusticias. El abogado defensor de turno era una pieza falsa en el montaje y nada defendía; se limitaba a un juego inútil de palabras vacías, muy breves, y solía dar fin diciendo: “pido clemencia para el acusado”.

En la primera fila de banquillos de los acusados se encontraba en primer lugar Silvestre Cantó, el segundo era Helios, a continuación una mujer de unos 30 años con un niño de pecho en brazos y el cuarto de esta fila era su marido. El niño lloraba continuamente, conmoviendo los sentimientos de los espectadores de la amplia

sala, entre los que empezó un murmullo de inquietud. Para asegurar el silencio, el Presidente ordenó al jefe de la Guardia Civil que mandara coger al niño y lo separaran, llevándolo a otro departamento, pero la madre se negó a entregarlo. Poniéndose en pie y cobijando el niño sobre su pecho, exclamó furiosa: “¡Mi hijo! ¡Ay, mi hijo! ¡No me lo quitará nadie! ¡Antes me tendrían que matar!”. Parecía una leona defendiendo a sus cachorros, de tal forma que hizo retroceder a los dos guardias que fueron a por el niño. Fue muy valiente y no soltó a su hijo. En el público aumentó el murmullo. El Presidente impuso silencio, desistiendo de su propósito. El niño quedó con su madre y siguió lloriqueando durante el juicio. Aquel matrimonio tenía otros niños mayores en la calle, fuera de la protección y calor de sus padres. Estos casos y otros peores fueron abundantes entre los vencidos.

A la inmensa mayoría de aquellos acusados se les pidió pena de muerte entre los que se encontraba aquel matrimonio, Helios y muchos más. Terminado el acto procesal, fueron devueltos al Reformatorio. Los de petición de la pena capital ingresaron en el pabellón de los condenados a muerte y el resto en los departamentos de régimen general. En este pabellón de la muerte la tragedia alcanzaba su máxima expresión en la medianoche cuando el piquete trajinaba por los pasillos, abriendo y cerrando celdas, conduciendo condenados a la capilla. El patio de los condenados a la máxima pena era hondo y estrecho. Por encima de los muros los centinelas, desde sus garitas, vigilaban el interior durante la estancia diurna de los condenados. Por las noches las voces de “¡centinela alerta!, ¡alerta el uno!, ¡alerta el...!, y ¡alerta está!” el último puesto, se repetían monótonos cada 15 minutos. Estos alertas repetidos cada noche de tantos años de cautiverio, quedaban grabados en el alma como una pesadilla eterna, que se revelaba en el sueño, y hasta después de muchos años de estar excarcelado el individuo sufría durmiendo al sentirse aún cautivo. Quedaban huellas dolorosas inherentes al resto de la vida.

El famoso padre Vendrell era un ser sádico y repugnante, pues hacía más dolorosa la vida de los condenados. Obligaba a éstos a escuchar sus charlas odiosas en las que sólo se interesaba por esa

“otra vida”, de la que se mostraba estar seguro, y de su hipotético Dios. “Esta vida material no vale nada y no hay que encariñarse de ella, hijos míos. Aquella de arriba, para esa otra vida, hay que prepararse. Que vosotros os encontréis en este estado no tiene importancia, pues, el caso es, por ejemplo, como si tuviéramos un trigo y se llenara de hierba mala. Pero eso de morir no tiene importancia. Al principio os dará miedo, mas eso pasa muy pronto. Sólo es “un tirito” y en un breve instante se acabó todo. Ya no hay sufrimientos y, estando preparados, vais al cielo, a la gloria que Dios os destina, si la habéis merecido” –solía decir.

Era de lo más humillante tener que aguantar aquellas charlas, sin poder replicar. En el fondo, todas eran por el estilo, variando sólo en cada una el ejemplo y la forma. De cualquier modo, con refinada maldad en todas.

A veces entraba este sacerdote al patio de los condenados a muerte dando zancadas bajo de la sotana, sacaba caramelos de los bolsillos y daba a algunos condenados, diciendo con una sonrisita sádica: “toma, hijo, para que te endulces un poquito”. Se pudo comprobar en varias ocasiones que daba caramelos con preferencia a los que próximamente iban a ser ejecutados.

Alrededor de un mes estuvo Helios en el pabellón de los condenados a muerte, sufriendo como todos sus compañeros aquellos sobresaltos de las “sacas”, hasta que una noche, poco antes de tocar silencio, lo nombraron en una lista entre varios más, comunicándoles que les habían conmutado la pena de muerte por la de 30 años de condena. Seguidamente, todos los nombrados fueron llevados a otros departamentos de régimen general. La alegría fue inmensa. A ninguno preocupaba los años de condena, todos consideraban de suma importancia únicamente quedar fuera del peligro de la ejecución en cualquier madrugada.

Realmente, no había seguridad en nada. A los pocos días de salir Helios y sus compañeros del pabellón de la muerte, después del toque de silencio, llamaron a uno de una sala de régimen general, que ya lo habían juzgado y pedido condena de 20 años y un día, y lo pasaron a los condenados a muerte. En la madrugada siguiente fue fusilado con otros sobre el muro de Rabasa. Tales cosas se daban

varias veces, como también las de llamar reclusos en los patios de la prisión para que se presentaran en el juzgado de ésta al objeto de comunicarle la conmutación de la pena por otra inferior, los cuales ya hacía tiempo que los habían fusilado, como por ejemplo fue el caso de Manuel Bellod, alias El Mona, de Elda.

Vicente Marchirán Milla, que estuvo con Helios en aquellos calabozos de Monóvar, más tarde lo trasladaron también a Alicante y otra vez estuvieron juntos los dos amigos. La compañera de Marchirán se llamaba Hortensia Vera González y tenían un niño. Era esbelta y bien parecida. Formaban una pareja bastante joven y parecían felices hasta entonces. Puestas de acuerdo Hortensia y Elia, en los domingos entraban al Reformatorio una paella de arroz para los dos amigos, la cual comían juntos, aún caliente, pues la hacían en alguna casa contigua a la cárcel.

Marchirán tenía una estatura alrededor de 1'65 m., delgado y muy ágil, bien parecido, de pelo castaño y lacio, con la propensión a caerle un mechón sobre una sien. De ojos castaños, mirada alegre y suave, nariz aguileña y labios delgados, casi siempre con media sonrisa en ellos, daba una impresión agradable.

- ¿Tienes alguna preocupación por asunto grave? –le preguntó Helios un día al verlo siempre triste y cabizbajo, en tan brusco contraste de cómo lo había visto siempre.

- ¡Huy! Muchas, muchas amigo. No creo que me dejen vivo.

- Bueno, en estas circunstancias nos sitúan a muchos compañeros revolucionarios bajo la amenaza de ese gran peligro. También yo estoy acusado de muchas cosas graves para los vencedores, y por ahora ha quedado la cosa en 30 años de condena con agravantes y no me considero del todo fuera del peligro de muerte. Realmente, no tengo la seguridad de que me dejen vivo, ya que me consideran peligroso.

- Los años de condena, por muchos que fueran, no me importarían. De momento, tú ya estás fuera del peligro brutal de ser fusilado y yo me puedo encontrar en eso cualquier madrugada, a partir del día que me juzguen –manifestó Marchirán con desesperanza.

- Ante todo esto no hay el menor motivo para sentirse optimista, ni mucho menos. Hemos perdido la guerra y todos los des-

tacados estamos condenados a muerte de una u otra forma por los vencedores. Ellos piensan matar a todos los que quedamos de la vanguardia revolucionaria. Han fusilado compañeros sin orden legal de ejecución, que más tarde les vino rebajada la condena y otros, juzgados con 20 años de cárcel, de repente, cuando más tranquilos estaban, los han sacado a fusilar –añadió Helios.

- Morir en cualquier combate, frente a nuestro enemigo común, no me importaría mucho, pues varias veces me he visto voluntariamente en ese trance. Pero es terriblemente doloroso esperar la muerte indefenso bajo sus garras –se lamentó Marchirán.

- De todas formas, la muerte no es tan espantosa como nos la han pintado y sí lo es la vida tal como la vivimos. Tememos la muerte porque no hemos comprendido a ésta ni a la vida y damos rienda suelta a ese instinto de conservación y sólo él se apodera de nuestro ser, sin dejar campo a la razón, para que ésta haga serenamente su obra. Tal como nos obligan a vivir, la muerte es la única liberadora de nuestros dolores. Los que atacamos el baluarte de las injusticias de tan viejo abolengo para establecer otras formas sociales más justas para todos, debiéramos estar mejor preparados sobre una base estoica, ya que, en cualquier fallo de nuestra gigantesca empresa, nos esperan los grandes sufrimientos y la muerte. Las grandes cosas de esta índole no se suelen conquistar sin grandes dolores. Buscando el bien común, pasamos por el mal, que especialmente recae sobre la minoría que se distinguió en la batalla, y en nuestro caso actual es la vanguardia revolucionaria –expuso Helios.

- Una buena formación estoica la considero muy importante, ya que nos dotaría de la gran fuerza de la razón y nos elevaría por encima de los dolores y de todas las miserias humanas. En estas graves circunstancias comprendo su gran valor, pues parece ser que el mal abunda tanto que impera en todas partes y no se puede uno librar de él, por falta de formación personal, comprensión y saber –manifestó Marchirán.

- Sí, amigo, el estoicismo es una forma ética, encaminada a conquistar tal virtud que logre la fortaleza del individuo fundada en la sabiduría, en el dominio de sí mismo, con plena presencia de ánimo frente al dolor y, ante cualquier circunstancia adversa,

obedecer siempre a los dictados de la razón. Recuerdo ahora haber leído en un libro de Pérez Galdós lo siguiente, en consonancia con lo expuesto: “El mal, en cualquier forma que tome dentro de lo humano, no tiene significación alguna para un alma fuerte, aplomada y segura de sí misma”.

- A veces pienso que, moviéndose uno para el bien común, para una sociedad más justa para todos, se le viene encima todo el rigor del mal, convirtiéndose en un mártir, y ante esto me pregunto: ¿Sería mejor permanecer quieto ante tantas cosas malas? –añadió Marchirán.

- Según en qué casos podría uno quedar al margen. Pero en éste de carácter colectivo e histórico, que a todos nos empuja al conflicto con una fuerza poderosa, no. Hay que seguir la gran corriente del río que nos arrastra, haciéndonos imposible evadirnos por la orilla.

Hubo una pausa. Los dos amigos meditaron unos instantes sobre quién sabe qué, hasta que de nuevo prosiguieron el diálogo:

- ¿Crees, Helios, que por estos procedimientos de violencia y exterminio puede llegar el ser humano a vivir en paz y libertad?

- No lo creo en absoluto. Antes tendría que tomar conciencia plena de algunas cosas fundamentales. Como congéneres, ser realmente amigos unos de otros, comprenderse, tolerarse y, resumiendo, amarse. Sobre esta base, el diálogo sería fácil y también las formas de convivencia.

- Entonces, pienso que el hombre ha evolucionado muy poco en el aspecto moral –opinó Marchirán.

- Sí, muy poco, y ahí creo que está el gran mal. En vez de la razón emplea la ley de la fuerza bruta, como las bestias.

- Si en vez de triunfar el fascismo, hubiésemos ganado la guerra nosotros, ¿hubiera sido la represión contra ellos tan feroz como está siendo la de los vencedores? –inquirió Marchirán.

- Creo que no. Hubieran sido reprimidos los más responsables de su levantamiento, pero no condenados a muerte ni mucho menos hasta el extremo que lo están haciendo de exterminio del bando vencido, que fuimos los que nos mantuvimos fieles a la legalidad.

- En el caso de haber vencido nosotros, ¿hubiéramos podido mantener el sistema revolucionario de autogestión de los trabajadores?

- Lo dudo mucho, amigo Marchirán. Ya sabes los enemigos que tenía la revolución, aparte de la derecha: toda la izquierda, excepto los anarcosindicalistas. Los estalinianos, españoles y rusos, se dedicaron de pleno a destruir la revolución, y bien claro estuvo en su levantamiento armado en Barcelona en mayo de 1937, y luego el asalto de las fuerzas de Lister devastando las comunas populares de Aragón. Lo de Barcelona, no es que lo haya leído o me lo contara alguien, sino que presencié los hechos. Lo que yo vi por el estilo en Cataluña en aquel tiempo es para llenar un libro bastante voluminoso.

- Tanto hablar en aquel tiempo de libertad, justicia, revolución y mira en qué ha quedado todo. —lamentó Marchirán.

- Aquello, e incluso esto, lo considero una paranoia. Entonces, la revolución que construían los de mejor fe, la destruían otros del mismo campo izquierdista, y esto actual, en nombre del orden, es el mayor de los desórdenes, anegado de sangre humana.

- Entonces, en caso de escapar con vida, ¿no podríamos abrigar ninguna esperanza respecto a aquel bello horizonte de libertad, por el que tanto luchamos?

- La esperanza nunca se debe perder, Marchirán. Deseo que las nuevas generaciones logren encontrar el verdadero camino humano, si antes no parece esta civilización, como sucedió con otras. La Naturaleza ha dado al ser humano los medios para vivir en paz, pero él, que no es más que otro animal cualquiera sobre la corteza terrestre, provoca por todas partes las violencias de todo tipo y desencadena guerras organizadas para las matanzas más horripilantes, fomentando el imperio del odio sobre la tierra. Está dotado de razón y de inteligencia, pero la razón para nada la usa y la inteligencia para el mal. Humilla a sus semejantes cuando puede y destruye lo que es respetable. Ningún otro animal llegó a tal grado de degeneración y ahí tenemos la causa de nuestros males. Pienso que la tarea más importante es regenerar al hombre para que la civilización salga del caos y emprenda otro rumbo más racional, más comprensivo y humano, en consonancia con la Naturaleza —expuso Helios.

- En el mejor de los casos, todo eso tendría lugar tan tarde que no lo veríamos –dijo Marchirán con desánimo.

- Pero lo verían otras generaciones más jóvenes que también serían parte nuestra. Ellos viven en nosotros, antes de que nazcan, y nosotros sobreviviremos en ellas -respondió Helios.

Por razones del régimen carcelario, los dos amigos tuvieron que suspender el diálogo. Charlas por el estilo tenían lugar con frecuencia. Con ellas, Marchirán apartaba algo su mente de aquella tortura de la condena a muerte que siempre esperaba lleno de tristeza, movida mayormente su pena al pensar en su matrimonio feliz hasta entonces con Hortensia y su primer niño, que quedarían solos. Amor profundo y bellas ilusiones que perdería para siempre. Helios promovía aquellas charlas siempre que se presentaba ocasión, compadeciendo la mala suerte de su amigo, procurando distraer su mente ante tan dramático desenlace que se esperaba. Solían participar en los coloquios amigos y, a veces, resultaban tan animados que se olvidaban de momento de su mala situación.

También se comentaban lecturas de buenos libros, se establecían cursillos sobre ciencias y técnicas diversas, en los que intervenían profesores de cada materia, formando pequeños grupos por los patios de la cárcel ocupados sobre cuadernos y apuntes, preparándose mejor para mañana, con fines de una mejor obra colectiva, en apariencia, como si no estuviera ocurriendo nada grave, como si nada malo fuera a seguir ocurriendo. Del mismo modo, también andaba por allí, por aquellos patios carcelarios, Miguel Hernández, con un diccionario y una libreta, componiendo versos, al que se unían a veces otros aficionados a la poesía.

En todo esto se observaba la vanguardia de un pueblo deseoso de avanzar, de escalar las cumbres más altas de la vida colectiva, un pueblo que había comprendido bien su meta y que se sentía ya consciente de que la cultura era fundamental para conseguir su noble fin.

Aquí, en todo esto, cercado por los muros carcelarios, se encontraba el mejor tesoro de España, aunque los vencedores no lo creyeran y se dedicaran a vilipendiarlo de la forma más grosera y brutal. El escultor y naturalista Isidro Barral, entre muchísimos otros

de la vanguardia cultural, se encontraban también aquí. Helios, recién llegado a la cárcel de Alicante, lo conoció en el patio carcelario. Tenía unos 70 años, era enjuto de carnes, de alrededor de 1'60 m. de estatura, pelo y barba plateados, abundantes y muy bien cuidados. Tenía vivarachos los ojos, denotaba en sus gestos y en su forma de mirar gran inteligencia. Su carácter se manifestaba abierto y enérgico, con palabras seguras, breves y claras, sencillas y muy concretas sus ideas. Soportaba mal la vulgaridad, el encogimiento de ánimo, la petulancia, la verborrea y decía que todo ello era un estado morboso del individuo, que la gente así estaba enferma de cuerpo y de alma, sin que nada hiciera para curarse. Sus expresiones fáciles, incisivas y claras tenían gran contenido ideológico, denotando sabiduría, arte, optimismo y vida sana. Su concepto de la libertad era de lo más excelso y armonizaba ésta con su depurado estilo artístico y extraordinaria forma de vida. Era vegetariano y equilibraba su alimento científicamente. Poseía más agilidad y flexibilidad muscular que cualquier joven, lo cual mostraba en sus ejercicios diarios de gimnasia.

Barral y Helios dialogaban con frecuencia y con mucha afinidad, llegando a ser muy buenos amigos. El escultor nunca estaba sin hacer nada; siempre se encontraba haciendo algo con el mejor sentido, canturreando en sus quehaceres y, como resultado, sus obras, más grandes o más pequeñas, estaban llenas de arte y de belleza.

También Helios se ocupaba siempre de algo útil, llevando consigo libros y cuadernos de apuntes, recogido en cualquier rincón del patio o sobre su petate, meditando y analizando algún tema o dialogando con los estudiosos, o dando explicaciones a los deseosos de aprender.

Tanto el escultor como Helios, sentían curiosidad el uno hacia el otro, pero al principio se limitaban a saludarse cuando se encontraban por los departamentos de la prisión. Un día, estaba sentado Helios sobre un taburete en el extremo del patio, aislado de aquel bullicio de presos, que cubría todo el espacio, paseando en el nutrido recinto, andando y desandando cortos espacios, como el vaivén de un oleaje monótono, y Barral se detuvo frente a él y le dijo amablemente:

- ¿Qué haces, amigo?
- Estoy relejendo el Quijote.

- ¡Buena obra! –dijo Barral-. Siempre te veo estudiando. ¿No te cansas?

- No, voy variando de tema y no me esfuerzo. Esto me agrada y lo considero muy útil, porque me evade de la presión carcelaria. Así mantengo la mente en un clima más saludable.

- Muy bien, amigo. Te veo juicioso y muy equilibrado. Creo que has encontrado el buen camino. Lo más importante es no hundirse ni perderse en este laberinto torturante, creado por esa horda fascista. Elevando nuestra mente hacia las estrellas, tendremos plena luz en el entendimiento y no nos alcanzarán las tinieblas de la ignorancia –manifestó el escultor.

- Cada vez que lo observo, Barral, encuentro en usted cosas más interesantes. Tiene una edad avanzada, pero todos sus movimientos son ágiles y su flexibilidad muscular parece de un joven de unos 25 años. Tiene una salud perfecta y absoluta claridad mental. ¿Qué hace para conservarse así?

- Yo soy mi propio y único médico, y nunca examinó mi organismo otro. Autogobierno mi vida de forma distinta a los demás, no caigo nunca en esas rutinas de las gentes ni me importaron sus críticas en absoluto. Vivo en completa armonía conmigo mismo y con la Naturaleza. Obedezco totalmente mis sentidos equilibrados y disfruto el pleno goce que ellos me dan. Aunque sólo me quedara una hora de vida, la viviría plenamente, sin temor a nada, ni aún a la propia muerte, porque tengo conciencia de que ésta no es nada y no me causa el menor espanto. Mientras pueda pensar me sentiré dichoso, Helios.

- El temor a la muerte creo que está en relación con el grado de ignorancia del individuo. Cuanta más sabiduría se tiene, menos se teme la muerte. ¿No es tan natural nacer como morir? La vida es movimiento y reposo la muerte. Son dos fuerzas opuestas y no puede existir cualquiera de ellas sin la otra. Si están en equilibrio hay vida plena, si se rompe totalmente el equilibrio orgánico se acabó la vida. El punto esencial de nuestra existencia es saber mantener ese equilibrio y mientras seamos capaces de ello gozaremos plenamente de salud y, en tal caso, no hay razón alguna para temer la muerte.

- ¡Bravo! ¡Bravo, muchacho! Estamos de acuerdo y esto me alegra muchísimo –exclamó Barral, dándole unas palmadas cariñosas en la espalda. Sonrió Helios sin decir nada.

- ¿Qué hace, Barral? –inquirió, luego de un breve silencio, al observar al escultor de pie, rascando sobre un hueso de aceituna entre las manos.

Sin respuesta verbal, le enseñó el escultor su obra en miniatura aún no acabada. Era la figura de un mono, perfectamente formado sobre el hueso de oliva. Barral tenía una colección de huesos de aceitunas, albaricoques, melocotones y algunas piedras lisas de rambla, sobre los que esculpía sus obras de arte, con sólo un punzón, hecho por él de una llave de abrir latas de conserva y otra herramienta en forma de destornillador contraída del mismo modo. Siempre permanecía de pie en el patio, con la vista inclinada sobre sus manos, que trabajaban con habilidad a la altura de su pecho, sujetando con una la piedra o el hueso y hurgando con la otra mañosamente con su pequeña y sencilla herramienta, cuya labor acompañaba de un canturreo muy característico en él, ora sin andar, ora dando unos pasos cortos y deteniéndose otra vez. A veces, si alguien le hablaba, contestaba, contestaba de forma breve y precisa, suspendiendo el canturreo un instante, pero no detenía su obra, sino que la seguía con pleno deleite. De tal modo continuaba día tras día su trabajo artístico, formando figuras de animales o de personas sobre la colección de huesos de frutas, piedras o alguna superficie plana, casi siempre representando la pareja de ambos sexos y también sus descendientes a veces, resaltando el amor, la libertad, la maternidad y todo lo que es clara expresión de vida en plena Naturaleza.

En los primeros días de septiembre de 1940, poco después de salir los presos por la mañana al patio, Barral buscaba a Helios entre la multitud de reclusos, hasta que lo guipó en un extremo del patio y fue allí contento.

- ¿Cómo va tu ánimo, mi buen amigo?

- Muy bien, querido Barral.

- Toma, examina esto sin prisa y cuando lo hayas interpretado bien, dime sinceramente tu opinión.

Era una piedra ovalada del tamaño de un huevo de gallina. Helios la cogió y empezó a examinar las figuras en ella esculpidas, mientras el escultor proseguía su trabajo sobre otra piedra, manejando sus herramientas típicas.

- Muy bien, Barral, es un trabajo maravilloso. Creo haberlo interpretado bien –dijo después de unos instantes.

- Veamos, veamos, mi fiel amigo, lo que opinas –manifestó el escultor, pendiente de la explicación de Helios.

- Por esta parte hay una pareja de jóvenes de ambos sexos, con extraordinaria y hermosa actitud, representando el amor en plena madurez. Por esta otra, una mujer joven muy bella, con su cabellera ondulada y larga, cayendo como cascada sobre la espalda, hombros y pecho. Entre ella se destacan los senos altos, puntiagudos y turgentes y en sus brazos, enlazados sobre el vientre, sostiene un niño, como recién nacido, el cual ciñe bajo de sus senos. Esta figura representa la maternidad. Y vamos ahora a la tercera imagen en la misma piedra. Un horizonte muy luminoso, un disco sobre las cumbres montañosas, que representa al sol saliente; un grupo de personas jóvenes de ambos sexos, con los brazos y manos tendidos hacia el horizonte y, tras el grupo, trozos de cadena. Esta parte representa la libertad. ¡Estupendo! ¡Muy maravilloso, Barral!

- Estaba seguro de tu buena interpretación, Helios.

- La obra está muy clara y con una riqueza de detalles tan bien marcados, que, con un poco de imaginación, se interpreta perfectamente –opinó Helios.

- Pues hay muchos que carecen de esa poca imaginación –dijo el escultor.

- Sí, claro, no me extraña. Hay mucha gente que no cultiva la mente y la tiene algo así como un terreno yermo. Esto abunda mucho y especialmente en todos esos que siempre se ven moverse con monotonía de una parte a otra completamente vacíos, sin hacer nada creativo nunca, encerrados en su círculo vicioso. Si intenta uno hablarles de algo substancial, en absoluto les interesa y suelen decir: “es que mi “caso” es muy grave y no me deja pensar en otra cosa”. Su “caso” es una obsesión que los absorbe completamente, como si todos no estuviésemos en idénticas circunstancias.

Me imagino lo que deben sufrir esas personas en esta situación. He observado en todos esos casos de enajenación mental que se dan aquí, que siempre recaen en ese tipo de personas, pues se encierran en una idea fija y esto es muy peligroso aquí —expuso Helios.

- Sí, así es —dijo Barral, sin dejar de cincelar sobre la piedra en sus manos. El escultor siguió concentrado en su obra de arte y también Helios volvió a su tema de estudio.

Bautista Calatayud Alonso era un joven de unos 22 años, alrededor de 8 menos que Helios. Procedía de Benejama, de donde era vecino, y tenía en la cárcel a sus padres, de alrededor de 70 años de edad. Eran campesinos. Un hermano mayor, de unos 30 años entonces, salió para Francia en la retirada del Ejército Popular de Cataluña. De aquel núcleo familiar sólo quedaba en la calle una hermana de 12 años, la cual les llevaba lo que podía cada semana. Entre los muchísimos, era éste otro hogar deshecho, un drama familiar de tantos de la España oprimida bajo las garras del fascismo. Bautista era delgado y bajo de estatura, de 1'56 m. aproximadamente, bastante instruido, con buena capacidad para el diálogo. Estaba dotado de buena inteligencia y honradez en todos los aspectos de su vida. Su temperamento era fuerte, bien equilibrado, de ojos castaños y chispeantes al expresarse. Él y Helios fueron íntimos amigos y se sentían unidos por gran afinidad, como si fuesen hermanos. Con frecuencia paseaban juntos por el patio de la prisión, dialogando siempre acerca de algún tema de interés.

La alimentación en la cárcel consistía en una bazofia repugnante y era imposible subsistir mucho tiempo sin alguna ayuda de la calle. Helios recibía muy poco de fuera, debido a las malísimas condiciones económicas de su familia. Bautista y algún otro amigo le ayudaban en lo posible.

En este ambiente, bajo la dura presión de aquellos acontecimientos, llegó el ocaso del año 1940, y siguió igual el siguiente. Continuaban con plena actividad los Consejos de Guerra, las condenas a muerte, el hambre y las ejecuciones en el paredón de Rabasa.

A las 10 de la mañana del día 17 de febrero de 1941, al salir los reclusos al patio, unas voces desde la puerta de acceso ordenaron guardar silencio y poner atención a una lista que se iba a leer.

Era muy larga y estuvieron un buen rato nombrando reclusos. En los primeros de dicha relación se encontraban Helios y Bautista. Al final de la lectura añadieron: “Todos los nombrados que pasen a sus departamentos, cojan sus cosas y formen en el centro de la galería número uno”. Era una expedición con destino a algún lugar lejano, condenados todos a penas de 20 y 30 años.

Tan de repente, no dio tiempo para informar a los familiares. Así sucedía siempre. Se trataba a los seres humanos como simples cosas sin valor alguno, sin la menor consideración ni respeto. Les había cogido con sólo la ropa que llevaban puesta y sin comestibles la mayoría y allí no daban oficialmente nada de esto.

Ya formados en dicha galería, los compañeros presos que se quedaban lanzaban desde los alrededores al centro de las filas comestibles de lo que les quedaba para sí, recibidos de sus familiares, mostrando su solidaridad. Con tantas voces de adiós y suerte, con las manos en alto, se produjo un griterío enorme.

Entre todo esto, Helios oyó voces que lo llamaban. Volvió la cabeza y vio en una galería de arriba a Barral que, entristecido, le decía adiós con las manos, a cuya despedida correspondió, lleno de pena su corazón. Fue la única vez que vio triste al escultor. Otros compañeros hacían igual desde alguna distancia de las filas. Seguidamente, mirando en rededor Helios, intentando ver a Marchirán, lo localizó por fin, se despidieron de la única forma que les era posible, con las manos y los gestos, mostrándose profunda pena en aquel último adiós. Al avanzar las filas de prisioneros hacia la puerta principal, aún pudo ver Helios a Marchirán, cuando se alejaba cabizbajo, mustio y triste hacia el patio.

Ya en marcha, saliendo a la calle, Helios exclamó para sí con profundo pesar: “¡Pobre Marchirán! ¡Pobre amigo mío! ¡No nos volveremos a ver! Lo van a fusilar. Él lo presiente y está seguro de ello. ¡Qué pena!”.

9. La expedición de la muerte

Esta fue la triste impresión que tuvieron los deportados. Próximo al mediodía del 17 de febrero de 1941 salió del Reformatorio de Adultos de Alicante dicha expedición, atados de dos en dos por las muñecas, escoltados por una compañía de la Guardia Civil, hacia la estación del ferrocarril, muy cerca de allí, en el barrio de Benalúa. En la estación había preparado un tren de pasajeros de tercera clase y lo fueron ocupando los presos, exclusivamente para ellos y la escolta. Colocada la expedición en el tren, estuvo allí detenido varias horas, desconociendo la causa, y partió al final de aquella tarde. En este viaje sólo permitían llevar una manta si era propia y un fardo o saco con las cosas más precisas; pero muchos llevaban una maleta y no la prohibieron. Varios iban sin manta.

Helios iba atado con un amigo suyo, llamado Juan José Herrero, natural de Sax. Ambos tenían la misma edad. Herrero era casado, de bastante estatura, corpulento y fuerte, de muy buenas cualidades personales en general. Sentía gran afición al teatro y actuó varias veces como actor en funciones de aficionados.

El tren paraba en cada estación largo rato. El jefe de la Guardia Civil de aquella escolta tuvo un gesto comprensivo y humano; en las paradas de las estaciones permitió a los familiares y amigos de los presos conducidos subir al tren, abrazarse y despedirse, sin vigilancia en tales actos. Acostumbrados a tantas crueldades, esto pareció extraño a los presos, nadie lo esperaba.

El tren expedicionario llegó a la estación de Elda anocheciendo y se detuvo allí más de media hora. Iban muchos de este lugar. En los andenes esperaban muchos familiares de los presos. Al detenerse el tren, también el jefe de la escolta permitió que subieran a los departamentos y se despidieran. Aquella despedida masiva fue

emocionante, un espectáculo de lágrimas y dolor. La compañera de Juan José subió llorosa al vagón, en el que se encontraban atados éste y Helios. Se pusieron en pie y Helios hacía seguir su brazo, sujeto al de Herrero, en los movimientos de éste al abrazar a su compañera en la despedida. Mientras, esperaba con ansiedad que alguien de los suyos llegara de un momento a otro para despedirse también y que entonces fuese Herrero el que hiciera lo mismo. Mas llegó el momento de partida del tren y nadie vino a despedirse de él. En la mayor gravedad de su vida estaba solo, como si no tuviera familia ni nadie que le diera algo de calor humano cuando tanto lo necesitaba. Se sintió terriblemente triste, con una amargura que jamás había sentido. Ya el tren en marcha, se hundió en estas reflexiones: “¿Por qué nadie vino a decirme adiós? ¿Ni mis hermanas ni Elia! Quizás este sea mi viaje sin retorno. Esto está en el ánimo de todos los presos que me acompañan y también en el de los familiares que han venido a despedirse. Creo que soy el único entre todos estos desterrados que en este momento crítico no ha recibido el aliento de los suyos. ¡Adiós, Elda querida, y a todas las cosas y seres que amo y dejo ahí para siempre! No espero volver. No creo que os vuelva a ver.”

En la partida, multitud de manos en alto se agitaron en el andén y en las ventanillas, entre gran griterío y lágrimas. Las luces de Elda, cual multitud de luciérnagas, tachonaban las tinieblas y quedaban atrás con su valle, hundidas en su angustia silenciosa, profundamente doloridas. La represión cruel y la violencia habían absorbido todo lo humano. Seguidamente, el tren entraba en el túnel y Helios sintió algo tan doloroso como si la mayor parte de su vida la dejara allí. Ya dentro del túnel y después, en los departamentos imperaba un silencio fúnebre que se acentuaba denso y tenebroso bajo el cha-ca-chac del tren.

- ¿Es que no tienes familia aquí, Helios? —inquirió después de un rato de marcha Juan José.

- Sí, sí la tengo, pero ya ves... Mis padres y hermanos pequeños se encuentran en un campo, a 40 Km. de Elda, en dirección sur, a donde se fueron evitando la detención de mi padre, porque si lo detuvieran, ya muy viejo, moriría en la cárcel y el resto de la fami-

lia perecería de hambre. Un hermano mío de 8 años menos que yo y un cuñado se encuentran como nosotros por otra parte del país. Tengo en Elda dos hermanas y una buena amiga llamada Elia, pero ésta última se encuentra algo enferma y mis hermanas tienen graves problemas debidos a esta situación. Aunque siento muchísimo que no hayan venido a despedirse, lo encuentro justificado.



Vista de la estación de ferrocarril de Elda en la década de 1940

(Fuente: *Alborada* número 38, pág. 109).

- ¡Cuánto lo siento, amigo! —exclamó compasivo.

- Mi vida ha sido muy dura siempre y lo sigue siendo, pero esta situación es demasiado tremenda. Frente a mis tantos obstáculos, siempre tuve el ánimo firme de vencer y lo logré hasta ahora. No pienso en este duro trance dejarme aplastar fácilmente por las actuales circunstancias, tan tremendamente dolorosas. Llevaré

hasta el fin toda mi capacidad de combate y si ahora logro también vencer y continuar viviendo, sería la mayor de mis victorias, cuya lucha me colocaría en alto grado evolutivo. Creo que todo esto es la mejor universidad y pienso aprovecharla y alcanzar el mayor saber que me sea posible. En todo esto me iré conociendo mejor y también a mis congéneres, lo cual considero fundamental en nuestra existencia, ya que ello nos lleva a mayor comprensión y, por consiguiente, a la tolerancia y respeto para los demás, que tanta falta hace. Si se tuviera en general esto último, esta barbarie que estamos sufriendo no existiría —expuso Helios.

- Menos mal que tienes tan buen ánimo. Lo considero importante, especialmente en esta situación tan grave —dijo Juan José.

Nadie más hablaba en el departamento. Conversaban en voz baja los dos amigos y ahora dejaron de hacerlo. Helios intentó dormirse y olvidarse de aquella aciaga realidad. En duermevela y aún soñando en cosas mejores, desvió su mente de aquel presente. Más tarde, desorientado respecto a la hora en que se encontraba, notó que se detuvo el tren y se espabiló; era la estación de Alcázar de San Juan y se encontraba en la madrugada del nuevo día.

Hasta aquí fueron los presos solos en los departamentos, sin ser molestados por la Guardia Civil que los conducía, pues ésta iba en otro lugar del tren, sin mezclarse con los presos durante el trayecto.

El día 18, segundo del viaje, la guardia que conducía los presos desde Alicante fue relevada por otra en Alcázar de San Juan. Con la nueva guardia todo cambió y empeoró. Se rumoreaba entre los presos que los entrantes tenían por jefe a uno de los exiliados en el Alcázar de Toledo durante la guerra civil. Penetraron entre los presos los nuevos guardianes, en el mismo tren que los trajo desde Alicante, revisaron las esposas y ataduras y, para más incomodidad y tortura, los ataron ahora juntos y en cadena los que cabían en cada asiento. Al faltarles esposas, las suplieron con cordeles de cáñamo.

El jefe de la escolta pasó revista por fin y manifestó que las ataduras iban flojas. “¡Hay que atarlos bien apretados!”, gritó destemplado a sus subordinados. Cumpliendo la orden, se hicie-

ron insoportables aquellas ataduras. Poco más tarde los presos se quejaban y algunos se mareaban; las muñecas se hinchaban y sangraban en varios casos.

En el departamento en que iban Helios y Juan José, en el nuevo plan de ataduras, quedaron los dos como estaban, por ser los últimos; pero apretaron algo más el cordel, sin que llegara a ser insoportable.

- Hemos tenido suerte, Herrero –le dijo en voz baja-. Por lo menos nos queda una mano libre a cada uno y nos podremos servir en cualquier necesidad.

- Por ahora sí –respondió-. Si no revisan otra vez y cambian el plan.

- Podemos considerarnos como dos personas en una, unidos por las cadenas del franquismo- bromeó Helios y sonrió Herrero sin hablar.

- ¿Cómo se las arreglarán los que van con las dos manos atadas, unos con otros, cuando tengan necesidad de ellas? Por que esta gente no los soltara para nada aunque se lo pidan de rodillas, estoy seguro de ello. ¡Ojalá me equivoque! –opinó Helios.

- Ya lo veremos. No tardaremos en saberlo –respondió Herrero.

Entre los desterrados iban bastantes jóvenes de los 18 a los 20 años, y viejos entre los 50 y los 60 años. También se encontraban allí el director y algunos oficiales de prisioneros del Reformatorio de Adultos de Alicante, en funciones hasta el final de la guerra, que fueron destituidos y encarcelados por la dictadura.

Algunos presos no pudieron resistir más el dolor de las espasmas o cordeles, en varios casos sangrando, enseñaban las manos al vigilante más próximo, pidiéndole por favor que le aflojase un poco, a lo que se mostraban indiferentes algunos y otros apretaban más las ataduras con saña perversa.

- Señor guardia, mire cómo tengo las muñeca –le sangraba-. ¿Podría aflojarme el cordel? –dijo un preso, atado con otros, a un vigilante que se asomó al departamento.

El guardia se acercó y manifestó, fingiendo compadecerse:

- Está muy apretado, ¿verdad? Bueno, no se preocupe, lo remediamos.

Llevó sus manos al cordel y con refinada crueldad, en vez de aflojar, dio un fuerte tirón, apretando más la atadura brutalmente.

- ¡Ayyy! ¡No puedo más! —gritó el preso desesperado.

- ¡Ah! ¿Se queja usted encima? —exclamó el guardia sonriendo con cinismo perverso.

Casos como éste o parecidos eran frecuentes en aquella situación y pedir un favor como el citado conducía a mayor sufrimiento. Por consiguiente, no había otra alternativa que resistir. Algunos presos sufrían desmayo por hambre, frío y el dolor de la atadura, y ni en tales casos eran desatados. Para ir al retrete había que pedir permiso y, si lo concedían, iban todos los del grupo encadenados. Si el necesitado era alguno de las dos manos atadas con las de sus compañeros, la mano libre de cada uno de los extremos de la cadena, tenía que bajarle el pantalón y hacer todo lo necesario, hasta que terminara y se levantara del retrete. Algunas veces, no pudiendo aguantar más tiempo, se cagaban encima, antes de llegar al retrete del tren, o vomitaban, salpicándose el indispuerto y alcanzando a sus compañeros de cadena. Por el estilo era todo en aquel dramático cuadro.

De tal forma, y todavía sin suministro de alimentos ni agua, llegó la expedición a Madrid cuando amanecía la aurora del nuevo día. En una vía muerta y solitaria, apartada del tránsito, frente a la prisión de Yaserías, a lo largo de un terraplén de bastantes metros de pendiente, que se cortaba en un barranco, se detuvo el tren. Ordenaron bajar. Los presos estaban agotados, casi sin fuerzas para tenerse en pie. Especialmente los viejos no podían resistir más y, doblando algunos las rodillas, caían desvanecidos. Cada uno tenía por lo menos una maleta o saco que llevar, pero ¿cómo podrían hacerlo con sus dos manos atadas y tan depauperados? En la orilla de las vías y la pendiente del terraplén, quedaba un espacio insuficiente para detenerse los primeros de cada grupo y sus bultos, mientras descendían los restantes atados con ellos, hasta el último peldaño inferior de la escalerilla del tren. Ante esta operación tan difícil, desde arriba —en el vagón— lanzaban por el terraplén bajo los equipajes de todo el grupo amarrados los dos de los extremos, o uno de ellos, que disponían de una mano libre

cada uno. Al descender el primero cada peldaño de la escalerilla, ante el dolor que le producía la muñeca herida, tenían que ceder los que venían bajando detrás y caían unos sobre otros, dando vueltas por la pendiente del terraplén, hasta llegar al terreno plano del barranco.

Los guardianes contemplaban este espectáculo trágico sin inmutarse, sin soltar a nadie para que se pudieran apeaar. Pareció que detuvieron el tren en el peor punto, para aumentar el padecimiento de los reclusos y divertirse así mejor a costa del sufrimiento ajeno.

Una vez todos en el terreno plano del centro del barranco, junto a una noria vieja, se prepararon los guardias con sus armas como si los fuesen a fusilar y algunos de ellos se dedicaron a abrir esposas y soltar cordeles de las muñecas de los presos. Además de las heridas sangrantes de las muñecas, buena parte estaban también llenos de rasguños hechos en el terraplén, al bajar rodando unos sobre otros entre abrojos y piedras.

La mañana era fría. Por el suelo, sobre la hierba y la broza, se extendía una sábana de escarcha. Dejaron allí formados los presos un rato largo, hasta estar helados. Aquella guardia parecía recrearse en su última tortura sobre aquellos condenados, pues los iban a dejar en la prisión de Yaserías, muy próxima de allí.

Pocos minutos después, estando formados a la vera de la noria, desde una de las filas, un joven de unos 27 años, alto y corpulento, moreno y fuerte, al pasar un guardia por su lado, le dijo:

- ¿Quiere hacerme un favor, señor guardia?

- ¿Qué desea? –inquirió, acercándose al preso, luego de vacilar unos instantes.

- Es que me he dejado una fiambarrera en el portaequipajes del vagón.

El guardia se separó unos metros, dio unas vueltas, paseando para allá y para acá y por fin se volvió a acercarse al preso y preguntó:

- ¿En que vagón está la fiambarrera?

- En aquel –señaló con la mano-. El que hace 9, contando desde la cola –añadió.

Todavía permanecían arriba, junto al tren detenido, algunos guardias armados. El que decidió ir por la fiambarrera fue allá, trepan-

do terraplén arriba. Subió al vagón, localizó la fiambarrera, la cogió y bajó con ella. En el pasillo que había entre el rail y el terraplén, se detuvo con la fiambarrera entre las manos. Quizás percibió mal olor y la abrió, tirándola seguidamente con rabia terraplén abajo; estaba llena de mierda. El dueño de ella, en un momento de urgente necesidad, ante la dificultad para ir al retrete del tren, defecó dentro de ella, la tapó, la dejó allí y la olvidó en el momento de la bajada, y con el deseo de recuperarla tuvo la estúpida ocurrencia de hacer tal encargo. Bajó el guardia lleno de cólera, se dirigió desenfrenado al dueño de la fiambarrera y dándole bofetadas y puntapiés le dijo:

- ¿Es que ha pretendido tomarme el pelo, imbécil? ¿Qué se ha creído usted, trozo de alcornoque? ¡Le voy a moler los huesos! –vociferó, lanzando improperios y golpes.

Durante varios años de prisión que siguieron, los compañeros presos lo nombraban “el de la fiambarrera”.

Por fin, tiritando de frío, partió la expedición a pie, cargados con su equipaje cada cual, ya sin ataduras. Andaban con dificultad, dado el cansancio y la depauperación que sufrían por el hambre, el frío y tantos sufrimientos en el trayecto. Pasados unos minutos llegaron a la prisión de Yeserías. Aquí terminó la misión de aquella escolta fatal. Todos los presos se alegraron al perderlos de vista dada la extrema crueldad de aquella guardia.

En esta prisión estuvo la expedición mezclada con los presos de allí hasta la tarde del día siguiente. Este descanso los repuso un poco, pero escasamente, ya que la comida era tan poca y mala como en cualquier otro lugar penitenciario de entonces. Pernoctaron allí al final de aquel día. Por cama tuvieron el suelo, sin jergón ni mantas. Algunos presos de allí, combinando dos jergones de ellos, cobijaron en medio a algunos de la expedición.

Tampoco aquí, como en ningún lugar de concentración penitenciaria de los vencidos, importaba a los vencedores que sus esclavos estuvieran hacinados, como sardinas en bote, que carecieran del alimento indispensable para sobrevivir, que no tuvieran jergón ni mantas en pleno frío invernal, que estuvieran enfermos y varias cosas más dignas de la consideración humana. Aquí, allá y en todo el imperio fascista, el objetivo era la refinada tortura, hasta el ex-

terminio de sus enemigos vencidos y para ello cualquier forma era buena para su inhumano fin.

En esta primera noche en Yaserías, a las horas de las torturas, un grupo lleno de flechas, equipados con vergajos y pistolas, penetraron entre los recién llegados. Reconociendo a un ex-oficial de prisiones que formaba parte de aquella expedición, lo llamaron e intentaron obligarlo a seguirlos a un departamento de torturas. Este se negó e inmediatamente intervino en el asunto el ex-director de prisiones, también de dicha expedición, el cual se opuso enérgicamente, diciendo:

- Ni ustedes ni nadie tienen derecho a tales procedimientos. Ante esta arbitrariedad, reclamo audiencia con la dirección de esta cárcel, para cortar este abuso.

Ante la actitud de este hombre, los de las flechas se fueron disolviendo hacia fuera de la nave, desapareciendo en el extremo de salida. No obstante, según se comentó por allí, ya le habían pegado unas bofetadas al ex-oficial. Luego se rumoreó entre los presos que el que pegó al ex-oficial fue un ratero que estuvo preso en Alicante y dicho oficial lo castigó.

A media tarde del miércoles 19 ordenaron a los presos de la expedición que se prepararan para proseguir el viaje. Los hicieron formar en tres filas y sin atarlos esta vez los condujo la Guardia Civil a la estación del ferrocarril, que no estaba lejos. Ya dentro de la amplia nave de la estación, en la que no había gente de la calle, sino algún empleado de la compañía, el oficial de la expedición dijo a los presos: “Pueden estar ustedes por todo el salón como más les acomode, sin salir fuera; pero, por bien vuestro, que no se extravíe ni se fugue nadie.”

La inmensa mayoría de los presos se sentaron y tendieron por el suelo, adosados a las paredes varios y paseando por el salón muy pocos. Dos guardias hablaban de pie en el centro de la nave. Paseando Helios pasó algunas veces muy próximo a ellos y, captando el tema de la conversación, pudo oír claro lo siguiente:

- ¿Has observado cómo viene esta gente? –dijo uno.
- Sí, estos hombres están deshechos –respondió el otro.
- Hay bastantes viejos –añadió el primero, volviendo la vista hacia los presos.

- Y también muchos jóvenes –manifestó el otro.
- Me parece demasiado cruel –opinó uno.
- Eso creo –asintió el otro

Por las puertas de acceso a las vías se veía allá enfrente un tren del que descargaron ganado vacuno.

La tarde era húmeda y fría. Entre un pequeño resquicio del horizonte caía el sol, guiñando pálido y melancólico el ojo. Una llovizna menuda se cernía y calaba. El ambiente era gélido y triste.

Hicieron salir los presos en dirección al tren, del cual habían descargado ganado vacuno, cruzando sobre los raíles, caminando lentamente, transidos y cargados con sus pobres cosas, como mendigos haraposos, casi descalzos algunos, sin afeitar y sucios. Los repartieron en aquellos vagones que había dejado el ganado. Llenos todos los departamentos, pasaron las puertas corredizas y las precintaron. Cada vagón sólo tenía una pequeña ventanilla enrejada casi tocando el techo. En el piso de madera, había algunos agujeros pequeños y uno mayor, hechos por las pisadas fuertes de las reses bovinas. Por aquí y por allá montones de excrementos y orines revueltos en un fango maloliente. Bastantes iban sin manta. El frío era penetrante, estaban mal vestidos, desabrigados en buena parte. Si bien iban sin amarrar y fuera de la presencia de los guardias, la gélida temperatura y la falta de alimento los consumía. Algunos estaban enfermos y se temía que no llegaran vivos.

La guardia ocupaba un vagón de pasajeros en la cabeza y otro en la cola, exclusivamente para ellos.

A Helios le tocó un ángulo del vagón, en el que había un montón de excrementos. A poca distancia, un agujero en el piso fue útil: con unos trozos de periódicos que llevaba en su hato, fue echando fuera por el orificio aquel fango molesto y secando en lo posible lo mojado. No estaban apretados y se podían mover bien en el departamento. Sobre la marcha, aquel agujero lo usaron como retrete, pero como quiera que entrara mucho frío por él, lo tapaban con trozos de papel enrollados.

La marcha del tren era lenta. En el interior había una penumbra que parecía amalgamada con aquel silencio sombrío entre los ocupantes. Cada uno yacía encogido entre sus harapos, en un si-

lencio angustioso, hundidos en su abismo tenebroso, sin la menor esperanza de retorno. Parecía un tren de muertos, arrancados de la sociedad para sepultarlos. Así transcurrió aquella larga noche, continuando sin cambiar nada el siguiente día. En el trayecto, los presos seguían sin suministro de comida ni agua.

Alrededor de la media tarde del jueves 20, cuarto día de viaje, el tren se detuvo en la estación de Palencia. Ordenaron bajar a los presos y formar tres filas enfrente de la estación. A medida que se iban apeando, las filas crecían por la cola, hasta llegar los últimos lentamente, que eran los más viejos y enfermos. Allí esperaron sin romper la formación. Sobre ellos se cernía una lluvia menuda y fría que los iba calando hasta los huesos. Los guardias estaban bajo del cubierto de la estación, envueltos con sus capotes, contemplando el aguacero y vigilando a aquellos pobres prisioneros, mojándose y llenos de frío.

Transcurrió un rato largo, ya casi en el ocaso de la tarde, y en un momento de cese de la lluvia, salieron del cubierto y ordenaron seguir las tres filas detrás de unos guardias y rodeados por los otros. Unos minutos más tarde ingresaba la expedición en la prisión de Palencia, también abarrotada de presos.

Cruzando el sector de la población, parecía muerto: no circulaba nadie por aquellas calles.

Como en Yeserías, sin jergones ni mantas, tal como iban, hambrientos, mojados y helados, se colocaron echados vestidos y calados en cualquier pequeño hueco sobre el piso de madera. La noche se había envuelto en su manto negro. Fue otra larga noche, en la espera de un nuevo día, también lleno de angustia y dolor.

Aún en la penumbra matinal, al toque de trompeta, con grandes esfuerzos, había que ponerse en pie, formar filas y tomar algo caliente que suministraban como café, por darle nombre, aunque engañoso.

Seguidamente, a formar otra vez los de la expedición, cada uno con su hato, y a la estación que dejaron ayer, a ocupar el mismo tren, que aún los esperaba en unas vías muertas. Otra vez dentro de los vagones precintados, los transportaba lentamente durante todo este día y el siguiente sin apearse de aquel tren de calamidades, de muerte lenta y cruel.

Este día parecía hundirse en la eternidad, como perdido fuera del tiempo, al que le siguió una noche larga y tenebrosa, estremando la torturas de los condenados. Todos iban tumbados y encogidos, con los rostros ocultos bajo de una manta o entre las manos, perdido por completo el sonido de las palabras, sin más movimientos que los que la marcha del tren imprimía a aquellos cuerpos abandonados, que parecían sin vida, daba la impresión de un transporte de cadáveres.

Franqueada la larga noche de pesadilla, llegó el día 22 de febrero de 1941, sexto día de viaje, transmitiendo los males que dejó el de ayer, como probando la capacidad de resistencia humana. En varias estaciones del norte, al detenerse el tren, percibían los presos el griterío de la gente de fuera, entre el que se oyó: “¡Ay! ¡Son presos! ¡Va el tren lleno de presos! ¡Y en un tren de ganado! ¡Pobrecitos!”, entre varias cosas por el estilo.

En una estación paró el tren un rato más largo que en las anteriores. Los presos escribieron algunas notas y las lanzaron fuera por la ventanilla enrejada. Al llegar al público no tardó la humana respuesta de éste: metían por la ventanilla comestibles, estrujándolos para poderlos hacer pasar al interior del vagón; botas de vino y de agua, que oprimían desde fuera entre las varillas metálicas, hasta que caían dentro o las cogían los presos antes de caer al interior; tabaco, dinero y algunas mantas pequeñas, prendas de vestir y otras cosas, hasta que la Guardia Civil se dio cuenta, bajó de sus departamentos y empezó a separar el público de alrededor del tren.

Ya en plena noche llegó la expedición a Santander. Abrieron los vagones sobre unas vías muertas y solitarias, donde no había público que contemplara el drama. La Guardia Civil ordenó a los presos que fueran saliendo. El rugido del huracán era espantoso y los chubascos se sucedían, arreciando ferozmente y amainando luego. Empezó el día 21 y alcanzó su mayor intensidad en la tarde y la noche del 22. La noche era espesamente oscura, violenta y fría. Entre constantes aullidos del viento y la lluvia, los presos caminaban angustiados y penosamente sobre el barro, donde perdían algunos las alpargatas y continuaban caminando sin ellas.

A poca distancia de donde quedó el tren se fue rompiendo la formación. Unos caían y no pudiéndose levantar solos los tenían que ayudar los guardias. Otros se extraviaban en aquella oscuridad densa, hasta que, orientados por las linternas de los guardias, lograban reunirse al conjunto de presos. En esta situación, en mejores condiciones físicas, se podrían haber fugado, pero cualquiera que lo hubiese hecho perecería por hambre y frío. En tal situación, la expedición cruzó un riachuelo por las afueras de la población, hundiéndose los pies en el agua y en el fango. Era tal el estado calamitoso de los presos, que algunos de aquellos guardias mostraban compasión y los animaban a seguir, diciéndoles: “¡Venga! ¡Vamos! Hagan un esfuerzo más que ya estamos cerca. Nos falta muy poco para llegar y enseguida podrán descansar”.

Exhaustos llegaron a las 10 de la noche al edificio de la Tabacalera, habilitada para cárcel. Dieron a cada uno un cazo de algo caliente, tan escaso y malo como en los anteriores establecimientos carcelarios que habían conocido. Los presos que estaban allí, ya acostados, se desprendieron varios de sus colchonetas y mantas para auxiliar a los que llegaron en tan lamentable estado. Fue el mejor gesto de solidaridad humana que habían recibido en todo aquel penoso viaje. Cuando las personas se sienten unidas por tan extremo dolor, suelen mostrar el gran valor de su generosidad que quizás en circunstancias normales tuvieran dormida.

En la mañana del domingo 23 de febrero, séptimo y último día de viaje, la expedición salió de la Tabacalera hacia la estación del ferrocarril de Santander. La colocaron en un tren de pasajeros de 3ª. No los ataron y pudieron ir sentados con desahogo. Esta vez fue un tren para personas y la Guardia Civil trató bien a los presos. Sería media tarde cuando en una estación pequeña y solitaria, antes de llegar a Santoña, se detuvo el tren y bajaron los condenados, ordenando los guardias tres filas en un rellano próximo. La expedición empezó a caminar lentamente por la carretera, hacia el penal del Dueso. Buena parte de los presos no podían seguir y quedaban sentados o tendidos en la orilla de la carretera con sus hatos. Ante tal situación, la guardia detuvo la marcha y separaron a los viejos y los enfermos. Por el teléfono de la estación pidieron dos camiones.

Esperaron allí hasta que llegaron. Salieron con los vehículos los que no podían caminar. Los más jóvenes prosiguieron a pie por la carretera. Anduvieron un trecho corto muy lentamente, deteniéndose para descansar y continuando luego. Estaban agotados. Con supremos esfuerzos, cargados con sus equipajes, cayendo y levantándose, por fin llegaron al pie de los muros del penal.

10. El penal del Dueso

La tarde agonizaba nubosa y triste. Un horizonte carminoso resplandecía en los contornos nubosos sobre las cumbres de las montañas de Reinosa entre las que nace el río Ebro. Todo tenía en aquella tarde acentuado aspecto melancólico.

Pesadas y lentas, unas puertas metálicas muy grandes se abrieron. Extrañamente confusos, penetraron los presos de la expedición al interior de un grueso muro de varios metros de altura, que circundaba el campo y edificios penitenciarios. Tuvieron la lúgubre impresión de que penetraban en su tumba, que aquel lugar sería el cementerio de cuantos llegaron a él. Con la más negra desesperanza, empezaron a conocer el fúnebre interior de aquellos edificios, mucho peores que cuantos habían conocido hasta entonces.

El penal estaba cercado por un largo muro, formando una periferia irregular. Por encima de él se veían las garitas de los centinelas. En el centro se levanta el viejo edificio carcelario, llamado allí Periodos, compuesto en su interior de lúgubres celdas en los laterales de las galerías, formando calles en la planta baja y en varios pisos encima. A su alrededor hay otros pabellones nuevos, sin celdas, compuestos de salas amplias con grandes ventanales y varios pisos. Entre estos edificios y el muro exterior hay una extensión de terreno cultivable de varias áreas, pertenecientes al penal.

Si nos situamos en el centro de la penitenciaría, de espaldas al monte y al mar, tendríamos detrás de nosotros la montaña del cabo, interpuesta entre el penal y el mar Atlántico; a nuestra izquierda, la bahía de Santoña, siguiendo una montaña de bastante altura; enfrente, una extensión de tierra baja de cultivo, muy fértil, cortada a los lejos por gran masa de montañas; por nuestra derecha, veríamos otra bahía, una playa y el cementerio del penal en ella,

próximo a las primeras rocas del cabo, en la misma orilla del mar, y siguiendo esta costa atlántica, partiendo de esta última bahía, allí próxima, se eleva una montaña costera, surcada de trincheras de la guerra civil recién acabada.

Desde las plantas bajas del penal no se ve el mar, sólo se hace visible el monte de aquel pequeño cabo, que se va elevando a partir del muro carcelario. Entre éste y la montaña, hay por la ladera unas casitas de campesinos, como incrustadas en la espesura verde del monte. Hasta la cumbre de la montaña se ven varios espacios roturados. Por los alrededores, especialmente en las partes más bajas, crece la espesura boscosa. Desde las plantas altas del penal, se ven en lontananza valles recortados por macizos montañosos en gran extensión.

Al ingresar las expediciones de presos, procedentes de otros lugares, pasaban todos directamente a Periodos. Aquí permanecían como mínimo quince días. Luego iban pasando a los pabellones nuevos, si en éstos había espacio libre, pues de lo contrario quedaban en las celdas hasta que los hubiera. Cuando en Periodos se entraba en aquellas circunstancias de aglomeración, no era nada fácil salir, a no ser que estuviera muy abarrotado y llegara alguna nueva expedición de condenados, y siempre que el preso hubiera observado buena conducta, a juicio de la dirección. Al ser castigados los reclusos por alguna falta, pasaban a una celda de castigo en Periodos.

Cada celda era para un solo preso en tiempos normales. No tenían retrete ni lavabo, supliéndolos un cubo con asa, que había que sacar y limpiar por las mañanas a la hora del aseo. Para esto daban tan poco tiempo que al que le tocaba el cubo no se podía lavar, a no ser que el guardián le permitiera hacerlo después, y a esto muy pocos accedían. Los condenados estaban apiñados en las celdas, en cada una metían de nueve a once. Varios carecían de jergón y de mantas. Si los presos que ingresaban no tenían todo esto dormían sobre el piso de cemento, aunque en pleno frío de invierno fuese, porque la dirección no lo daba entonces. El piso era negro, parecía hecho de alquitrán y gravilla. Todo allí dentro era negro y muy triste.

El cubo que hacía de retrete apestaba. Los ocupantes de cada celda establecían la norma de que cada mañana le tocara a uno sacar

y limpiar el cubo. Este turno se seguía rigurosamente y sólo en los casos de que alguno estuviera enfermo y no lo pudiera hacer se le eximía de tal obligación, pasando el turno al siguiente.

Cumplidos los quince días de Periodos, a los presos de la expedición de Alicante se les permitió salir al patio en las horas de paseo. Aquí se mezclaban con los que llevaban más tiempo allí y estos veteranos en el penal contaron a los recién llegados las torturas horripilantes que en aquel establecimiento habían tenido lugar y las que aún continuaban. En el fondo todo era del mismo sesgo fascista, ferozmente inhumano.

Unos meses antes de esta última expedición de Alicante al Dueso, ya había salido otra con el mismo destino. De los que quedaban de la primera, en tan pocos meses, parecían esqueletos que se movían por algún medio mecánico. Esto dio la idea clara y trágica a los últimos llegados de lo que ellos iban a ser dentro de poco.

La comida era fatal. Por las mañanas un cazo de caldo de simiente de algarroba molida y hervida la harina, o de huesos de animales cocidos, a lo que llamaban café. Los primeros sólo eran parecidos a éste último en el color, los segundos, en nada, y aparecía por encima una capa blancuzca maloliente de gusanillos. Al mediodía, otro cazo de caldo de lechugas hervidas, de coles, de remolacha o zanahorias, sin aceite, con mucha suciedad de tierra, algún animalajo cortado, como babosas, y otras cosas repugnantes, y otro igual por las noches. Esta bazofia parecía en el plato agua sucia de fregar, pero ante tanta hambre, se engullía sin reparos. Patatas, cereales, legumbres, no aparecían por ninguna parte. También el pan estaba de allí ausente; cuando lo daban, consistía en una borona de maíz del tamaño de un huevo de gallina para todo un día. Pero repetidas veces las suspendían durante periodos de 30, 40 y hasta 90 días, sin este pan siquiera.

Había en aquel penal varios guardianes, que por su saña maligna contra los presos, éstos tenían motejados a todos ellos: El Rápido, el Alemán, Pescadilla, el Chato de Laredo o Quinoya. Este último era el más sobresaliente en maldad. Cuando llovía, que sucedía allí con frecuencia, aparecía él por allí, perfectamente equipado contra la lluvia y el frío. Vestía siempre de negro, con un haz de flechas

en el pecho y varias medallas condecorativas. Según decían, había perdido en la guerra un pulmón. Los presos que encontraba por allí los obligaba a formar en dos filas; cuando le faltaban, según su plan, entraba en los departamentos y los cogía. Al reunir 30, 40 ó 50, los hacía seguir a un campo, entre el muro exterior y los edificios del penal, hasta frente a un montón de piedras. Aquí los detenía, se alejaba a una distancia de 200 metros, ponía una señal sobre el suelo y ordenaba: “Vayan cogiendo una piedra cada uno y llevándola al punto señalado”. Los presos caminaban chapoteando sobre el barro, calándose bajo la lluvia fría, mal vestidos, harapientos muchos, calzados con alpargatas, rotas en la mayoría, que a veces el barro les arrancaba de los pies. Al transportar todo el montón de piedras, lo hacía volver al mismo punto en que se encontraba antes, hasta que se le antojaba y daba fin a aquella inútil y absurda tarea. Luego volvía los presos a sus departamentos mojados y llenos de frío.

Durante varios años que estuvo allí Helios, no vio que aquel personaje se ocupara de otra función. Sintió la curiosidad de conocerlo a fondo y empezó un análisis minucioso sobre él. En su rostro había algo así como media sonrisa triste, congelada en sus labios. No gritaba ni mostraba enfado, como sus colegas solían hacer, y lo poco que hablaba era con voz baja. Andaba siempre despacio y cabizbajo. Por su comportamiento, llegó a la conclusión Helios de que era un ser sumamente infeliz, perversamente obsesionado en hacer sufrir a los que él consideraba sus enemigos. Estaba totalmente cargado de odio y lo mostraba así, sin percatarse de que el daño que hacía a los otros llegaba a él antes que a nadie, llenando más y más su corazón de hiel. Era un psicópata, de los tantos que la guerra había producido.

Entre tantos presos, se veían varios cuya vestimenta apenas conservaba algunos trocitos de su tejido original, pues habían ido poniendo remiendos de todas clases y colores, de trapos, trozos de saco, de lona, de manta, por no tener en su situación otro remedio. Estos destacaban entre todo el resto de los presos por su extravagante y pobrísima indumentaria. Todos ellos eran prisioneros desde el principio de la guerra, que estuvieron totalmente aislados de sus familias, o que no la tenían.

En todos aquellos años de posguerra no daban a los presos ropa ni calzado y cada uno tenía que arreglarse con lo que poseía. Por la basura y por todos los rincones que encontraran trozos de sacos de los paquetes postales que entraban, o de cualquiera otra clase de tejido, los cogían para remiendos o para hacer cuerda, con la cual cosían suelas de alpargatas. Para ello, tratándose de sacos, los deshilachaban y hacían tales cuerdas, y con trozos de lona, manta, cualquiera tela y todo cuanto fuera servible, los cortaban de forma adecuada, los cosían sobre las suelas a la medida de sus pies, y ya tenían alpargatas nuevas, la mayoría muy bien hechas.

Las agujas para coser las suelas las hacían de llaves de abrir latas de conservas. Sobre una piedra dura iban friccionando el extremo de la llave hasta formar una punta afilada y perfecta. Los guardianes perseguían las agujas largas y los instrumentos cortantes y cuando los encontraban los quitaban. Pero ello no era problema. Cada preso que se veía desposeído de su herramienta, se hacía enseguida otra, cuidándose más de que no las vieran los vigilantes.

El patio de Periodos era casi triangular y regularmente espacioso. Saliendo a él desde el edificio, a la izquierda, había una hilera de celdas en la planta baja, con ventanas enrejadas que daban al patio, en las cuales metían a los locos. Enfrente estaba la enfermería, de planta baja, y encima, en una azotea, había emplazada una ametralladora.

El trato que daban a los dementes era extraordinariamente inhumano. Cuando se cogían a las rejas gritando con desesperación, entraban los guardianes y les daban golpes por todas partes con las porras, hasta hacerles perder el sentido. Permanecían constantemente en sus celdas, como sepultados en vida. Una tarde, un loco andaluz de unos 45 años, alto, corpulento y muy fuerte, cogido a los barrotes de la ventana, de cara al patio lleno de presos en su paseo reglamentario, gritaba frenético, forcejeando los barrotes con enorme furia: “¿Qué no veis a los ejércitos de la República que vienen a liberarnos? ¡Saltad ya esos muros y abrid todas las puertas, que ya están llegando! ¡Viva la República!”

Un guardián dijo a otro que estaba próximo a él:

- A todos estos locos rojos les da por lo mismo, lanzan los mismos gritos y dicen poco más o menos las mismas cosas.

- Vamos, vamos a hacerlo callar –añadió el segundo.

- Sí, vamos –asintió el primero.

Ambos se dirigieron al interior del edificio, entraron en la celda del que gritaba y empezaron su tarea. Poco después, se oía los quejidos del loco, llenos de angustia. Siguió más tarde su triste silencio, como cortado el hilo de su vida. El procedimiento no podía ser más inhumano, pero esto nada importaba al imperio fascista, pues resultaba rápido y sencillo, propio de su “nueva España”, víctima de su terror.

Otra tarde, un compañero de infortunio empezó a dar gritos de rebeldía en el patio, totalmente lleno de presos. Era la locura, tan frecuente en aquella situación tan desesperante. Lo sujetaron entre varios compañeros, intentando calmarlo y hacerlo callar, pero él seguía forcejeando y gritando. Ante aquel pequeño alboroto en el centro de la multitud de presos, la ametralladora de la azotea empezó a girar, tomando puntería al interior del patio. Los guardianes acudieron corriendo con las porras preparadas hacia aquel punto del patio, abriéndose brutalmente paso entre los reclusos. Al llegar próximos al punto de agitación, preguntaron alarmados.

- ¿Qué pasó? ¿Qué ha ocurrido por aquí?

- Nada, nada. Uno se ha puesto enfermo –les respondió un recluso y asintieron otros, tratando de desviar la atención de los guardianes.

Como el demente seguía forcejeando contra los compañeros que aún intentaban sujetarlo y hacerlo callar, los guardianes lo localizaron entre un grupo que se movía a varios metros de distancia entre la multitud. Al llegar lo cogieron, se lo llevaron a empujones al interior del edificio y no se volvió a ver hasta bastante tiempo después, que apareció de nuevo, como si fuese un esqueleto vivo, con aspecto idiotizado.

Una mañana, Helios pudo presenciar un caso extraordinariamente extraño. Para el recuento, los reclusos formaban de pie dentro de cada celda, en semicírculo, de cara a la puerta. El encargado de las llaves iba abriendo una celda tras otra, un guardián contaba detrás, seguido de otro que iba cerrando de nuevo. Al llegar el que contaba a una celda, enfrente de la que estaba Helios, un preso de los formados dentro, al presentarse el guardián dijo:

-Ocho y uno muerto –señalando el cadáver, que yacía tapado con una manta a los pies de los otros.

-¿Cuándo ha muerto? –inquirió el guardián.

-Esta noche pasada –respondió otro de los reclusos y asintieron los restantes.

Ordenaron sacar el cadáver y, al examinarlo el médico, resultó que hacía entre dos o tres días que había fallecido. La dirección tomó declaración a los ocupantes de aquella celda y por fin confesaron la verdad. El fallecido estuvo varios días sin poderse levantar por inanición y una mañana lo hallaron muerto sus compañeros. Tenían tanta hambre, que se pusieron de acuerdo en retenerlo allí hasta que pudieran, contándolo como enfermo, con el único objeto de repartirse las raciones del muerto. Así, cuando repartían aquella bazofia, cogían la ración del fallecido, indicando al funcionario que estaba enfermo. En los recuentos, al llegar el guardián, decían: “Ocho y uno enfermo” –señalando al que yacía en el suelo, liado con una manta. Para ir a la enfermería había que estar muy enfermo, y aún así era muy difícil muchas veces.

Se morían en cualquier parte, particularmente en aquellas madrugadas frías de los inviernos, casi sin moverse, sin que muchas veces se dieran cuenta los que dormían a su lado. Parecía una muerte suave, quieta, dulce ante aquel drama, única liberadora de la horrible pesadilla. Todos morían de lo mismo: de hambre. La población penal era de unos cinco mil reclusos. Hubo un largo periodo en que la mortandad parecía que iba a acabar con todos. El carrito de los muertos hacía muchos viajes al cementerio de la playita cercana, hasta no caber más cadáveres en él.

Un ataúd para cuatro cadáveres y así se ahorra madera. La caja mortuoria consistía en dos tablas toscas de madera por cada lado y una encima en el centro para cerrarla, con varios centímetros de claro entre una y otra. Realmente, para enterrar los cadáveres, no es necesario más, aunque las costumbres nos hayan mostrado tantos honores a la muerte y tan poco respeto a la vida, cuando ésta última es lo más respetable de la existencia.

Un funcionario conducía dos filas de reclusos desde el campo de paseo a la sala de reclusión. En la puerta de entrada los

detuvo junto a un carro pequeño, tirado por una mula vieja con muy pocas ganas de andar. Detrás del carro estaba en el suelo una caja de madera con un cadáver dentro y por la puerta sacaban otro entre dos, cogiendo uno de los pies y el otro por los brazos. Al llegar lo colocaron en la caja encima del primero. Volvieron al interior y sacaron otro, depositándolo encima del anterior; ya eran tres en la misma caja. Uno de los que transportaba los cadáveres al carro, de pie junto a la caja, dijo: “Quizás no quepa el otro que queda allí.” El que conducía el carro y la mula afirmó: “Sí, sí cabe, los apretaremos un poco”. Mientras los dos volvieron a por el cuarto, el del carro los fue apretando hacia abajo, y cuando llegaron con el último lo pusieron encima. Clavada la tabla final de cierre, después de apretarlos algo más, al carro con la caja, cogiéndola uno de cada extremo, con la ayuda del carrero. Tal operación la realizaron con facilidad, sin gran esfuerzo. Sólo eran cuatro esqueletos.

El carro empezó a caminar lentamente hacía la salida del muro de la periferia y por único acompañamiento los tres de la carga y descarga y un funcionario.

Al partir el carro, a la orden del guardián, las dos filas penetraron en el edificio, entristecidos ante el dramático espectáculo. Helios estaba en la cabeza de una de las filas, a unos tres metros de la caja mortuoria. Él y varios de aquellas dos filas eran de los últimos ingresados y fue el primer caso de este tipo que habían presenciado. Les aplastó la idea triste de que cualquier día no lejano podrían ser los cadáveres, conducidos como aquellos y ya no volverían a ver a sus seres queridos, que tan lejos estaban de allí. La melancolía los dominó hasta que una cadena de episodios como el citado o peores fueron como un acicate que les moviera a la lucha tenaz por la supervivencia.

Cargarse allí de estoicismo y dominar el dolor era lo más importante. De lo contrario, aquella máquina carcelaria absorbería pronto hasta el último hálito de vida.

Había allí un preso que lo motejaban Dinamita. Tenía unos 45 años, bajo y de musculatura fuerte, con aspecto de gorila, procedente de una aldea de Reinosá. Era poco hablador y muy bondadoso.

Estuvo mucho tiempo condenado a muerte. Permanecía soltero y no tenía familia. Estaba solo. Los condenados a muerte eran ejecutados en las madrugadas en el cementerio de la playita. Desde las celdas de Periodos se oían los disparos en cada “saca”. En la celda de Dinamita, otro de los condenados a muerte era de su misma aldea y muy amigo suyo, bastante más joven que él, casado y con hijos pequeños. Le causaba a Dinamita mucha pena cada vez que pensaba que en cualquier madrugada pudieran sacar para fusilar a su vecino y amigo. Un día le dijo entristecido:

- Si alguna noche te tocara la “saca”, cuando te nombren, no contestes y quédate quieto en tu jergón; yo contestaría por ti y saldría a la capilla. Yo no tengo a nadie y no me importa morir. Me daría mucha pena que te tocara a ti y yo me quedara. Tú eres muy joven, tienes nenes, a tu mujer y más familia. Como estamos en la misma celda y también condenado yo a morir fusilado... Esto podría ser, si te sacaran antes que a mí, claro está.

- No quiero que hagas eso. ¿Cómo podría consentir tal cosa? Además, eso no sería posible. Afrontaremos las cosas tal como se presenten, por muy dolorosas que sean -respondió, dando unas palmaditas cariñosas en la espalda de su generoso amigo.

Las cosas quedaron así entre los dos paisanos y siguió la tortura de aquel tiempo tan enormemente fatal. Por fin se presentaron las horas finales. En una madrugada nombraron al amigo de Dinamita, entre otros, para ir a capilla. Había llegado su hora final, los últimos instantes de su vida. Dominado por el instinto de conservación, éste no contestó. Lo hizo Dinamita por él y salió con el pique de ejecución. Luego, al hacer el examen correspondiente ante los datos de cada uno que iban a ejecutar observaron que Dinamita no coincidía con los datos de su amigo: tenía menos estatura y más edad. Como era de suponer, descubrieron el fraude, que no pudo ser más generoso, y le preguntaron:

- ¿Por qué ha hecho usted esto?

- Me da mucha pena que muera mi amigo ¡Tiene varios nenes pequeños! -respondió cayéndole unos lagrimones por las mejillas.

- ¡Vaya, vaya a su celda! ¡No he visto otra cosa igual! ¡Es usted más fuerte que la dinamita! -le dijeron.

Devolvieron a Dinamita a su celda y sacaron al amigo. A partir de entonces, todos lo llamaron así. Más tarde le conmutaron la pena de muerte por la de 30 años de condena.

El Comilón era un tipo de lo más grosero que se puede encontrar en cualquier parte. Al llegar Helios al Dueso, fue destinado a una celda cuyos ocupantes eran todos madrileños, los cuales llevaban allí bastante tiempo. Estos recibían alguna ayuda de sus familias. Uno de ellos no comía la bazofia que daban en la prisión, porque su familia le enviaba comestibles y dinero suficientes. Este último era muy comilón. Orgulloso de su abundancia se imponía ante todos los restantes de la celda, como si fuese el jefe dentro de la misma. Tenía un colchón de lana propio más amplio de lo reglamentario y ocupaba más espacio del que le correspondía, a costa de la estrechez de los otros, que se tenían que apretar demasiado, acostándose muy apretados unos pegados a los otros, de lado y encogidos.

Helios no tenía jergón y se tuvo que colocar para dormir en un pequeño espacio en el suelo sobre la pared, muy oprimido sobre ésta. Se echaba vestido sobre la mitad de una manta vieja y rota que llevaba, tapándose por encima con la otra mitad. En aquella temperatura húmeda y fría en pleno invierno, tiritaba toda la noche. Era la celda número 9 y tenía el mismo número de ocupantes al ingresar Helios.

El Comilón no cedió ni un ápice de su mayor parte de espacio. Los otros tuvieron que hacerlo con la mayor dificultad, aunque no lo admitían de buena voluntad, dando la impresión de que, a excepción de uno que apenas hablaba, consideraban a Helios como un intruso molesto. Este último se consumía de hambre, mientras aquel gastrónomo alardeaba de abundancia, de sabio, de poderoso, comiendo buenos y abundantes manjares en presencia del más hambriento entre los ocupantes de aquella celda. El Comilón daba su ración de bazofia y algo más a quien le servía fregándole los cacharros, lavándole la ropa y haciéndole otros servicios humillantes.

Pocas veces habló Helios en aquella celda, sino para contestar lacónicamente a alguna pregunta que le hicieran, pues en su interior rechazaba la mala forma de comportamiento de aquella gente

que, fuera de aquél que tampoco hablaba, no podía considerarlos amigos, sino lo contrario.

Un día dijo el Comilón a Helios:

- Si usted fuese más humilde y servicial, la comida que doy a otros la podría tener usted, ya que veo le hace mucha falta.

- Detesto el servilismo y sus consiguientes humillaciones. Aunque pereciera de hambre, no aceptaría tal cosa. A pesar de las tantas calamidades de este lugar, mantendré en pie mi dignidad –respondió Helios con ecuanimidad.

- ¿Se ha creído usted ser alguien aquí? –manifestó con altanería el Comilón.

- Soy lo que realmente debo ser, aquí y en todas partes. Tengo mi ética y la conservo en cualquier circunstancia y lugar donde me encuentre. Le advierto que rechazo todo trato con usted en ese plan –replicó Helios.

- ¡Bueno, bueno, hombre! Como usted quiera –terminó el Comilón.

En la primera ocasión que tuvieron de encontrarse solos Helios y el otro madrileño que apenas hablaba en la celda, éste le manifestó:

- Me alegro mucho de que le hayas plantado cara. Tuve al principio con él una discusión muy desagradable y ya no he querido trato con ese hombre. Pretende tener a su alrededor gente sumisa que le sirva a cambio de sus sobras y con esto se arroga el derecho de mando y dominio de los que hay a su lado. Recibo muy poca ayuda de mi familia, porque no puede. Pero no quiero lo de ese individuo en el plan que pretende. Otros compañeros me ayudan en lo que pueden, sin pedirme nada a cambio, si te puedo recoger por ahí alguna ración, te la daré.

- No te preocupes. Voy a intentar mi traslado a otra celda, en la que se encuentran varios amigos que vinieron conmigo en la última expedición de Alicante. Allí formábamos un grupo de mucha afinidad. Ellos tienen mejor situación económica. Si lo consigo, me ayudarán –dijo Helios.

En esto venía un funcionario por el pasillo, frente a aquella hilera de celdas, que durante la limpieza permanecían abiertas, y el madrileño dijo a Helios:

- ¿Quieres que pidamos a ese funcionario que viene por ahí tu cambio de celda? Lo conozco desde hace bastante tiempo, me parece buena persona.

- Bueno, me parece bien –asintió Helios.

- Yo se lo diré y tú le explicas tu situación –propuso el madrileño. Al llegar a ellos le explicaron el caso y fueron atendidos. El funcionario sacó un bloc de apuntes, anotó en él los datos referentes a Helios y manifestó por fin:

- Cuando esté arreglado, se le avisará.

Los dos amigos dieron las gracias al funcionario y éste siguió su quehacer, vigilando la limpieza de las celdas. Sintieron alegría al encontrar un hombre atento y amable en medio de tanto despotismo y brutalidad reinantes allí. Aquel hombre mostró ser distinto a sus colegas, pues todas sus intervenciones acerca de los reclusos fueron siempre correctamente humanas.

Dos días más tarde el funcionario fue a la celda donde estaba Helios y le dijo que cogiera sus cosas y fuera con él. Como tenía tan pocas cosas que coger, enseguida estuvo en la puerta y partió con el oficial hacia otra galería de enfrente, en el mismo piso. Llegaron a la celda solicitada, la abrió, entró Helios, volvió a darle las gracias, cerró y se fue el oficial. Por fin se vio reunido con su grupo de compañeros afines, que eran Bautista Calatayud Alonso, Julián Valdés, ambos de Benejama, y otros de pueblos costeros cercanos a Alicante. Lo recibieron con alegría.

Aún dentro de la dureza penitenciaria, ahora fue un lenitivo la buena convivencia en la nueva celda, en la que encontraba amistad y solidaridad. En el tiempo que tanto les sobraba allí, establecieron clases culturales y charlas a cargo de Helios. Aquellos buenos compañeros, dentro de sus escasas posibilidades, ayudaron económicamente a Helios y gracias a ellos pudo seguir entre los vivos. Con buena voluntad y apoyo humano, se podía salvar allí algunas vidas y se salvaron donde lo hubo.

Más tarde, este grupo de amigos y otros fueron saliendo de Periodos y destinados a los pabellones de nueva construcción, en los que no había celdas, sino salas muy amplias en varios pisos, con abundante ventilación por grandes ventanales, aunque también

aquí estuvieran apiñados. En este nuevo departamento continuaron juntos Bautista y Helios.

En vez de que en Periodos salían de mañana y por las tardes a un patio rodeado de edificios, ahora lo hacían a un campo amplio, dentro del circuito del muro, que delimitaba el terreno del penal, en el que se respiraba aire puro. Esto hubiera sido muy provechoso sin aquella enorme falta de alimentos y de ropa de abrigo, especialmente en el invierno.

Manuel Beltrán Aguirre, profesor de enseñanza de Madrid, tenía 35 años, bajito y delgado, de 1'5 m. de altura, de ojos azules, facciones finas, con mucha facilidad de palabra en un castellano muy depurado. Una tarde andaba solo por un extremo del campo de paseo, con un paquete de algarrobas en las manos, comiéndolas con afán, con la desesperación del hambriento. Helios se cruzó por primera vez con él en el paseo del campo penitenciario y lo miró con curiosidad al encontrarse de cara. El profesor hizo lo mismo, acompañando una sonrisa amistosa, aunque sin haberse visto antes y añadió casi sin dejar de andar ni de comer:

- A falta de otra cosa mejor, consume uno el pienso del ganado para no perecer.

- ¡Adónde hemos llegado! —exclamó Helios.

Al dar la vuelta y encontrarse de nuevo, se detuvieron los dos y dijo el profesor:

- Tome una algarroba y pruébela, están muy buenas. —le acercó con la mano una-. Si lo desea, vamos andando juntos —añadió.

- Sí, sí, claro que lo deseo —aceptó.

- Como no fumo, al darme la ración del tabaco la he vendido a un vicioso y me compré en el economato un kilo de algarrobas, por ser lo más barato que encontré. Estaba desesperado de tanta hambre. Casi no recibo nada de mi familia; no puede. Esta situación de vencidos nos ha hundido en la ruina más espantosa. No tengo padres, murieron antes de acabar la guerra y, aún siéndome muy doloroso, creo que tuvieron suerte al no vivir todo esto. Sólo tengo una hermana casada y también su marido está en la cárcel —expresó el profesor.

- Esta gente todo lo arregla con la cárcel, haciéndonos morir masivamente de hambre aquí. Es lo más cruel e inhumano que ja-

más me pude imaginar. También yo estoy en la misma situación que usted, aunque viven mis padres pero tampoco me pueden enviar nada por ahora.

En esto, los vigilantes hicieron sonar los pitos y todos fueron a formar filas para volver a las salas correspondientes. El profesor era muy comunicativo, amable y lleno de bondad, incapaz de causar el menor daño a nadie. Al terminar la guerra, lo detuvieron y lo encarcelaron, acusándole injustamente de delitos graves que no había cometido. En los torturantes interrogatorios sufrió el suplicio de 42 palizas. En la última, para que se declarara culpable de lo que los torturadores pretendían, le metieron la cabeza dentro de un retrete y, viendo que lo asfixiaban en aquella brutal tortura, tuvo que declararse culpable de una muerte que no había cometido. Ya firmada su declaración, dejaron de golpearle. Tenía sobre él la condena capital.

Durante las horas de paseo, el profesor y Helios solían ir juntos varias veces dialogando. Esta comunicación los fue haciendo más amigos cada vez.

- Habiéndose declarado culpable de una muerte, ¿cómo se libró usted del fusilamiento, señor Beltrán?

- ¡Toma! Porque todos los informes que aportaron los vecinos demostraron lo contrario y varias influencias a mi favor dejaron bien clara mi verdadera personalidad, muy lejos de todo aquello.

- ¿Y qué sucedió después en el consejo de guerra, Manuel?

- ¡Aquello fue algo muy tremendo! Casi todos los que se sentaron en los banquillos aquel día, ¡pena de muerte! –respondió el profesor.

- ¿Le reiteraron públicamente la acusación de aquella muerte?

- ¡Claro que me siguieron acusando de eso y de mucho más!

- ¿Le permitieron refutar tales acusaciones falsas?

- No me dejaban, pero hablé, o más bien grité enfurecido, para que aquel público oyera bien la injusticia que estaban cometiendo conmigo y captó perfectamente mi denuncia de las 42 palizas y todas aquellas torturas. Aunque brevemente, logré denunciar lo más esencial sin que lo pudieran evitar las amenazas que me dirigieron. Cuando llegaron a mí entre los banquillos, impidiéndome abrir la boca, ya no me importó. Lo que quería denunciar, ya estaba dicho.

- ¿No hubo ninguna reacción del público, amigo Beltrán?

- ¡Bueno! Ya sabe usted que al público no se le permitía más que ver, oír y callar. Pero en aquel caso, ante lo que pudo oír de mí, se levantó un murmullo de comentarios en mi favor, contra el cual intervino la Guardia Civil, obligando a guardar silencio. Luego empezó lo más gordo. El fiscal pareció entusiasmado pidiendo penas de muerte. Se detenía, bebía agua del vaso que tenía delante, tomaba brío de nuevo y proseguía con su larga sarta de condenas que parecía inacabable. Estuve mucho tiempo en lo que llamaban “el tubo”, departamento de condenados a muerte, sufriendo aquellos horribles sustos de las “sacas” en las madrugadas, hasta que un día me comunicaron la conmutación de la pena de muerte por la de 30 años de condena.

Los trabajos administrativos del penal los realizaban generalmente los presos políticos, estando cada sección a cargo de un funcionario. Todos los demás trabajos, como cocina, limpieza, albañilería, carpintería, de la tierra, etcétera, también los hacían los reclusos. De cualquier forma, siempre estrechamente vigilados.

Durante mucho tiempo, Helios procuró evitar todo trabajo de la administración, aunque varias veces le ofrecieran alguna ocupación en las oficinas del penal. Por fin, un buen compañero de Torrelavega, que ocupaba el negociado de expedición de paquetes y certificados, el cual dejaría por motivo de que lo iban a trasladar a otra parte, se lo propuso y lo aceptó. Aquí estaría solo, con poco trabajo, fuera de las molestias de formaciones, de hacer limpiezas y otras cosas desagradables de aquella vida penitenciaria. Esta nueva ocupación le permitiría moverse de un departamento a otro y por todo el campo penitenciario. Sólo dependería de un guardián de prisiones, que entraría en el pequeño departamento con la valija del correo una vez cada día por la mañana, dejaría los resguardos de paquetes y se llevaría los que hubiera de salida. Todo el resto de cada día estaría libre de cualquier vigilancia y de otras cosas por el estilo, que siempre resultaban molestas.

Si se tenía suerte de que el guardián fuese buena persona, todo marcharía tan fácil como sobre ruedas. Helios tuvo esta suerte y le resultó aquello mucho mejor de lo que esperaba. El

guardián se llamaba Julián y ambos tenían la misma edad. Era un hombre bondadoso y su trato estaba lleno de cordialidad. Pronto hubo confianza mutua y el guardián ofreció a Helios toda la ayuda moral que estuviese a su alcance para aliviarle la dureza de aquel régimen carcelario. Siguieron tratándose como dos buenos amigos. Un día se sentó sin prisa en el pequeño despacho y dijo a Helios:

- Siéntate un rato y charlaremos. Hoy nos sobra tiempo.

- Sí, hemos empezado más temprano y hay también menos paquetes –respondió Helios, sentándose al mismo tiempo.

Cuando Julián ya conocía bastante a Helios, ante sus colegas manifestaba las buenas cualidades de éste siempre que se le presentaba ocasión. Por ello, buena parte de los funcionarios lo conocían y respetaban. Debido al buen carácter tan abierto del guardián, siguieron diálogos más amistosos cada vez, en los que los dos fueron revelando su personalidad.

- No podrás imaginarte la cantidad de inmoralidades e injusticias que se dan en la calle. Cuando comparo la mala conducta de las tantas personas que andan por ahí sueltas, pasando por gente honrada y de orden, con la tuya y con la de muchos de aquí dentro del penal, tan hambrientos y tan mal tratados, llego siempre a la conclusión de que han metido en las cárceles a la gente más honrada, sólo por sus ideas, dejando fuera lo peor. Confieso, sinceramente, que esto me causa pena -manifestó Julián.

- No te preocupes, porque no es nada nuevo. Si analizamos la historia vemos que casi siempre ocurrió algo por el estilo. ¿Por qué? Por la incomprensión, falta de respeto entre los seres humanos, bajas pasiones, todo lo cual fortalece el imperio del mal en la convivencia colectiva. Para un mundo mejor, habría que preparar de otra forma a las personas, empezando desde que se engendran. Pero, ¿quién tendría que hacer obra tan magna, si los padres no están preparados y tampoco hay profesores ni escuelas aptas para realizar esa obra gigantesca? El mundo sólo es el reflejo de lo que somos en conjunto los que en él habitamos. ¿Para qué quejarnos del mal que se va sembrando por doquier? Si todos fuésemos mejores, mejor sería nuestro mundo colectivo. Siuviésemos tiempo sufi-

ciente, podríamos profundizar en las raíces de este tema, lo cual me gustaría, para demostrar con toda claridad que ahí está el quid de tan importante cuestión.

- Sí, me interesa analizar bien todo esto, después que haya estudiado más lo que acabas de decir.

- Bien, cuando quieras, Julián. No tengo prisa. El apresuramiento no sirve para estas cosas. Hay que meditarlas muy despacio, limpios de pasiones y dogmas.

- ¿Y tú no sientes odio contra los que te han causado tanto daño?

- Estoy convencido de que el mal del odio alcanza antes al que lo emplea que a quien va dirigido. Si buceo ecuanímente en las profundidades de mi ser, observo que no lo siento, porque llego a comprender. Más bien siento compasión de los que causan tanto daño. ¿Qué puedo ganar estimulando la llama del odio? Es un fuego que nos quema a todos, Julián. Hay que situarse más alto que todo eso, combatir las causas y no los efectos.

- Cada vez que tú y yo hablamos de estas cosas, te admiro más. Me haces brotar sentimientos e ideas nuevas, que, al analizarlos, me parece ver abrirse en mí una ventana frente a un horizonte más luminoso, orientándome a un mundo nuevo, más lleno de vida —manifestó Julián, al tiempo que se levantaba para marcharse.

- Eso es bueno. Es lo que muchos más debieran hacer. Dialogar, exteriorizar lo mejor de cada uno, para que, como las semillas, broten las buenas cosas en el corazón y entendimiento de los demás. Este es el mejor camino que nos podría ir acercando a otra mejor forma de sociedad.

- Estoy completamente de acuerdo contigo. Otro día que nos sobre tiempo, seguiremos hablando de cosas útiles, ahora tengo que irme.

- Bueno, Julián, hasta mañana.

Salió aquél con la valija colgada de un hombro, quedando Helios solo en aquella pequeña oficina.

El Alemán y el Místico eran dos guardianes motejados así por los presos. Una noche, después del toque de silencio, el Alemán llamó a Helios a su cuarto de vigilancia. Al llegar éste, esta-

ban allí sentados los dos guardianes. El primero era alto y rubio; el otro, más bajo, tenía la tez morena, poco hablador y todo en él parecía surgir de un fondo misterioso. Al dirigirse Helios al piso de abajo, donde estaba el cuarto de vigilancia, pensó algo preocupado en qué objeto tendría llamarlo a aquella hora. Llegó a la puerta del cuarto y antes de pedir permiso para entrar, se adelantaron los guardianes, diciéndole cordialmente: “Pase, pase –lo invitó el Alemán-. “Siéntese” –añadió el Místico acercándole una silla.

- Lo hemos llamado para pedirle un favor –empezó el Alemán.
- Dígame de qué se trata –dijo Helios.
- ¿Me podría dar usted clases de contabilidad, cálculo mercantil y otros temas del comercio?
- Sí, señor, de todo lo que usted quiera.
- Quisiera aprender taquigrafía. ¿Me podría enseñar usted?

–dijo el Místico.

- Según el sistema que le interese aprender.
- Me da igual un sistema que otro –manifestó el Místico.
- Le puedo enseñar el sistema Boada.
- Bien, de acuerdo –aceptó el guardián.
- ¿Desean algo más? –preguntó Helios, después de un breve silencio.

- No, no, gracias. Puede irse a dormir –dijo el Alemán.

Helios se despidió y desandando el trayecto llegó preocupado a su petate, porque se encontraba muy depauperado para la tarea que le esperaba respecto a aquellas clases. Luego pensó que les pondría como condición recibir un chusco de pan normal por cada lección. Esta idea lo animó, quedó dormido con ella y toda aquella noche estuvo soñando grandes cantidades de pan de todas las clases y formas: blanco, moreno, chuscos, rollos, panes redondos muy grandes y más pequeños.

Antes de dar comienzo a las clases convenidas, aquellos guardianes llamaron a Helios –siempre en las noches, después del toque de silencio- preguntándole acerca de cuestiones culturales y políticas. De una parte y de otra había en aquellas tertulias una especie de tanteo previo, con segundas intenciones. Por fin, empezaron las clases, a cambio del pan que Helios les pidió. Convenido esto, pensó:

“Esto es mi salvación, es mi subsistencia, la única forma de frenar el hambre que, poco a poco, me va devorando.”

Al cabo de algún tiempo, cuando el ejército alemán estaba próximo a Stalingrado, una noche, antes de empezar la clase, dijo el Alemán:

- Esta noche no daremos clase. Si le parece bien hablaremos algo de nuestra guerra civil, de esa contienda mundial y de las cosas que están sacudiendo el mundo.

- Para hablar de todo eso sería indispensable la igualdad de derechos, y yo, como recluso, no tengo ninguno. En cambio, ustedes los tienen todos –manifestó Helios.

- Usted tiene esta noche aquí iguales derechos que nosotros y podrá hablar con toda libertad. Esto se lo garantizo y no sólo esta noche, sino siempre que estemos usted y yo solos, y en este caso incluido mi compañero –dijo el Alemán.

- Sí, hombre, sí, no se preocupe. Considérese entre amigos de verdad –asintió el Místico.

- Bien, os lo agradezco –respondió Helios.

- ¿Podría decirnos por qué perdieron ustedes la guerra? –inquirió el Alemán.

- ¿Por qué cree usted que la perdimos?

- Porque sus mandos carecían de cultura y su ejército no tenía disciplina –respondió el Alemán, después de titubear unos instantes.

- Me alegra su opinión porque me facilita una demostración muy clara de lo contrario. Entre los presos que hay aquí, en estas condiciones infrahumanas, ustedes, todos cuantos sienten ganas de saber, encuentran en abundancia profesores de todas las ramas de la ciencia y del arte, de todo el saber humano. Estos eran los mandos y algo más, de aquel ejército. Ustedes, los que toman lecciones de éstos que perdieron la guerra, fueron oficiales del bando opuesto. Lo mismo que aquí, poco más o menos, encontrarían en todos los campos de concentración de España. Si nosotros les enseñamos a ustedes de esto, de lo otro y de lo de más allá, queda bien probado que no tenemos menos cultura que ustedes, los vencedores.

Ninguno de los dos pudieron contestar. En vez de ello, se miraron el uno al otro sonriendo, así como diciendo resignados: “nos ha ganado la partida.”

- Bueno, pero sí pecaban de indisciplina –manifestó por fin el Místico.



Un grupo de presos del penal del Dueso en la década de 1940.

- Me han dicho ustedes que puedo hablar con libertad, así pues, lo voy a hacer sobre los acontecimientos que he vivido. En la madrugada del día 19 de julio de 1936, en Barcelona, el ejército, siguiendo un plan de sublevación contra el régimen republicano legalmente constituido, salió de los cuarteles y se apoderó de los edificios siguientes: hotel Colón, hotel Ritz y el de la Telefónica. Ocuparon también el sector del puerto, entre Correos y el Paralelo. En todo esto, el general Goded llegó allí desde Palma de Mallorca y se hizo cargo del levantamiento militar en Barcelona,

desplegando gran actividad con mucho armamento y un ejército disciplinado, como ustedes han dicho. En esta situación empezó la contraofensiva obrera, casi sin armas y, según ustedes creen, sin disciplina. En la noche del día 19 los combates continuaban, sin que los sublevados pudieran extenderse de los tomados por sorpresa inicialmente. En las primeras horas del día 20, cuando ya el pueblo poseía suficiente armamento arrebatado a su enemigo, emplazó baterías frente a los núcleos sublevados y los obligó a rendirse. El general Goded fue hecho prisionero por los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo y desde el Palacio de la Generalitat éste declaró frente al micrófono de la radio: “Aquí el general Goded. Me dirijo al pueblo para declarar que la suerte me ha sido contraria y que estoy prisionero. Lo digo para que todos los que no quieran continuar la lucha se sientan desligados de todo compromiso conmigo”. En la tarde del día 20 de julio de 1936 el levantamiento militar de Barcelona estaba totalmente aplastado. De esa masa obrera partió una nueva fuerza de milicias voluntarias. Y, a la vista de los hechos, ¿tenían disciplina o no? Casos como el citado pude ver muchos. Si el pueblo no tenía armas, las fue arrebatando al enemigo en su lucha heroica. ¿Qué otra disciplina necesitaba? Perdimos la guerra después de casi tres años de lucha, y fue por otras causas distintas a las que ustedes han apuntado, tan largas de contar que necesitando para ello un libro bastante voluminoso, no son para tratar aquí. No obstante, sí voy a tocar brevemente un aspecto de tal cuestión. Al crear el Comité de no Intervención, nosotros teníamos alrededor de la octava parte de extranjeros que ustedes, y obedeciendo lo establecido por dicho comité, fueron todos repatriados, quedando solos los españoles de nuestras zonas. En el bando contrario no retiraron ningún extranjero, sino que fueron trayendo más de forma masiva: italianos, alemanes, moros, etcétera. En todo esto quedamos luchando uno contra diez, tanto en hombres como en material de guerra.

- Si salieron todos los extranjeros, ¿cómo hay ahora en los campos de concentración franceses, belgas y otros? —manifestó el Alemán.

- Sí, hay algunos, pero muy pocos, y son únicamente los que antes de nuestra retirada de extranjeros tenían ustedes prisioneros. En la parte republicana no quedaron más que los que habían contraído matrimonio legal en España.

- De momento no encuentro nada que decirle en contra. Nos lo dice usted y yo lo creo. Quizás tenga razón –dijo el Alemán.

- Creo que ustedes fueron demasiado influenciados por una propaganda falsa que, más o menos, por una y otra parte la hubo. Pero yo no me dejé conducir por tales derroteros. Analicé la guerra sólo por lo que vi y pasó por mi razón, sin pasiones de ninguna clase –expuso Helios.

- Bueno, si le parece, podemos dejar por ahora esto así y ocuparnos de la contienda mundial. ¿Qué opina usted respecto a esta Segunda Guerra Mundial, de Alemania, Italia y Japón contra el resto, que con tanto éxito está llevando a cabo este bloque, llamado Eje? ¿Quiénes perderán esta guerra? –preguntó el Alemán, con una risita triunfal, acompañada con la de su compañero, que casi se limitaba a escuchar.

- Realmente, en cualquier guerra todos pierden, porque es un grave daño para toda la humanidad. Pero en cuanto al triunfo a que usted se refiere, será de los aliados, es decir, la perderán los alemanes, italianos y japoneses –profetizó Helios.

- No, no. En esto se equivoca usted. ¿Pero no ve como avanzan los alemanes sobre el territorio ruso y por todas partes? –disintió el Alemán.

- También avanzaron por esos territorios de Rusia las arrolladoras fuerzas de Napoleón, pero luego resultó la mayor derrota de su historia militar –respondió Helios.

- ¿Cree usted sinceramente que eso pueda suceder a Alemania? –intervino el Místico.

- No sólo lo creo, sino que estoy seguro de ello. Esa derrota no será ahora, claro está, vendrá más tarde.

- ¿Y en que se funda usted? –añadió el Alemán.

- Pues verán, la geografía rusa, y también su clima, es muy favorable a sus nativos y en estos casos muy enemiga de los invasores. Los rusos no se desgastarán con una resistencia en sus parapetos

fronterizos. Cederán terreno, hasta llevar la guerra a donde les convenga y mientras se preparan para dar a fondo las batallas decisivas. Es un extenso país, con unos doscientos millones de habitantes y más de veintiún millones de kilómetros cuadrados, siendo enormes sus recursos. En primavera y verano, pondrán frente a los alemanes un poderoso ejército de blancos, y mientras prepararán otro ejército de su parte norte, habituado a la nieve y al intenso frío, con el que relevarán al entrar el invierno al que está en el frente, para que descanse y se reorganice. En cambio, los alemanes no podrán hacer esto, agotando poco a poco sus medios de combate. Esta desventaja juega poderosamente a favor de los rusos. Aunque hay varias cosas más que apoyan mi opinión, las expuestas son fundamentales y culminarán con la derrota alemana, no sólo en el territorio ruso, sino también en el interior de Alemania. Esperemos, no mucho, y el tiempo nos lo confirmará –explicó Helios.

- ¿Y tienen los rusos armamento tan moderno y abundante como los alemanes y sus aliados? –dijo el Místico y apoyó el Alemán.

- Norteamérica e Inglaterra los van equipando bien y les seguirán suministrando todo el armamento necesario, pues esto les interesa muchísimo en este caso y es evidente –respondió Helios.

- A pesar de todo, no creo que nadie pueda vencer hoy a Alemania- manifestó el Alemán.

- Yo soy de la misma opinión –apoyó el Místico.

- ¡Bueno! Dejémoslo así, el tiempo nos dirá la verdad –concluyó Helios. Ya era bastante tarde aquella noche. Se despidieron y Helios se fue a dormir.

Siguieron las clases, sin interrumpirlas por causa de coloquios respecto a la guerra. El tiempo transcurría allí alerta de cuanto estaba ocurriendo en el mundo, ya que tan trascendental era. Posteriormente, se iba cerrando el cerco de Stalingrado. Los alemanes quedaban allí copados y todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Los rusos producían cercos en varios puntos del frente alemán en territorio de Rusia, dejando equipos de paracaidistas –de hombres y mujeres- detrás de las líneas alemanas. Poco a poco se iba perfilando la mayor derrota de la historia contra el bloque del Eje. En retirada precipitada, los alemanes salvaban lo que podían de su ejército, ce-

diendo el terreno que antes tomaran. Cada día marcaba más clara la derrota alemana.

En todos los funcionarios de la prisión se notaba honda preocupación. Dejaron de maltratar a los presos los que antes lo hacían. Ya estaban convencidos de la derrota de Alemania y de sus aliados y pensaban que el imperio fascista empezaba a derrumbarse. Ahora todos querían dialogar y hacer favores a los presos políticos.

El Alemán y el Místico ya no movían conversaciones acerca de la guerra. Solamente dijeron a Helios al terminar una de las clases, que su pronóstico acerca del conflicto mundial resultó cierto y que admiraban su buen criterio. En lo sucesivo no mostraban la menor duda en cuanto manifestaba, mostrándole mayor consideración y respeto que antes.

En la población penal había ahora más optimismo, aunque los estragos del hambre seguían. La muerte iba obrando sin detenerse. Al recoger las basuras de la enfermería, de la cocina, de la barbería, las tiraban mezcladas a un punto destinado a ellas. A la hora de costumbre esperaban alrededor del lugar los más hambrientos, y cuando tiraban un capazo o cuba de basura, se lanzaban como los gatos sobre las ratas, comiendo con desesperación las espinas y cabezas de pescado, las cortezas de naranja y de plátanos, con otros desperdicios, todo mezclado con diversas clases de suciedad. Con los dedos apartaban los pelos de la barbería y la broza y lo engullían desesperados.

Los desperdicios de pescado y de frutas procedían del departamento de las monjas, en cuyo edificio estaba también lo que llamaban enfermería. A los reclusos de los demás departamentos no llegaba nada de esto, sino sólo la bazofia que ya queda mencionada en otro lugar. Las monjas criaban cerdos, vacas, aves, conejos, etcétera. Ellas se cuidaban muy bien y también a sus animales. Mientras tantos miles de presos sufrían un hambre espantoso y morían en abundancia. Las monjas dirigían la parte alimentaria del penal y hacían buenos negocios en el tejemaneje de comprar, vender e intercambiar en el exterior del penal. Un día parió una vaca y un preso al servicio de las monjas para el cuidado de los animales, enterró la placenta en un punto próximo a los departamentos de reclusión.

Alguno de los hambrientos lo vio y cuando pudo acercarse allí, la desenterró, la hirvió en un bote de conserva y la comieron entre él y dos compañeros, los tres andaluces.

- Hoy ha sido un día de fiesta para nosotros –dijo uno de ellos al terminar de comer la placenta.

- Sí, hemos frenado un poquillo el hambre –asintió otro.

- Si mañana tuviéramos otra, o por lo menos algo que pudiera detener una miajilla las ganas de comer...-añadió el tercero.

Era un joven andaluz de unos 26 años de edad, moreno, de pelo negro abundante, ojos grandes y oscuros, alto y fuerte, jovial y bien parecido. Daba la impresión de un perfecto semental. Estaba al servicio de las monjas. Estas eran jóvenes la mayoría. A pesar de los hábitos blancos, se manifestaban sus atractivos femeninos. Cuidaban muy bien al muchacho. Lo llevaban de una parte a otra, ayudándoles a hacer esto, lo otro y lo de más allá. La madre superiora podría tener poco más de 40 años, pero aparentaba más joven. Era alta, de cuerpo fuerte, carácter firme y dominante. Aún conservaba buen atractivo femenino.

Algunos comentarios entre los reclusos denotaban que entre el joven y algunas de las monjas jóvenes había contactos eróticos. Un día se corrió la noticia de que al joven de las monjas lo habían separado de ellas y se encontraba aislado en una celda de Periodos. Esto animaba más las sospechas. Algo extraordinario estaba sucediendo allí. Según comentaron algunos reclusos, ocupados en trabajos alrededor de las monjas, una de ellas era ayudada por el joven andaluz para hacer las camas de la enfermería entre otras cosas.

Una mañana se encontraron solos en un pequeño departamento haciendo una cama. Jugaban los dos y reían felices, cogidos cada uno de un extremo de la sábana, tirando y aflojando de ella. En tal forcejeo juguetón, la monja se dejó caer tendida sobre el lecho, tirando con fuerza de la sábana que el joven sujetaba del extremo opuesto, hasta hacerlo caer sobre ella. Abandonaron la sábana y se ocuparon ansiosos de su juego erótico.

Parece ser que tales contactos siguieron de otra forma convenida por los amantes mucho más fácil y sencilla. Una de las veces fueron vistos por otra de las monjas jóvenes y, celosa ésta, los de-

nunció y de aquí partió el lío. No obstante, durante los cuatro o cinco días que estuvo en la celda, las monjas lo seguían alimentando bien, como antes hacían.

Una noche sacaron al joven andaluz de la celda de arresto y lo ingresaron en una de las salas de reclusión. Llegado aquí, los compañeros lo acosaban a preguntas e ironías de todas las clases. A pesar de que esquivaba las respuestas sonriendo con prudencia, sin declarar la verdad, se desprendía que los rumores eran ciertos. No estuvo el joven allí más que unas horas. Otra vez se lo llevaron las monjas para sus servicios. ¿Qué le ocurrió a su compañera Sor Josefina? En la población penal no se supo, pero por allí no se vio más.

El valle de las lágrimas era un lugar próximo a los edificios penitenciarios, entre éstos y el monte, casi junto al muro que circunda el penal. Había una parte honda pedregosa, limitada por una alambrada. Aquí conducían a los presos que tenían algo que guisar. Formaban dos filas y partían desde los pabellones, hasta el citado lugar, donde los dejaban extenderse dentro del espacio de la alambrada.

Todas las mañanas, después del recuento, cuando no llovía, desde las entradas a las salas gritaban: “Los que tengan que guisar, que salgan”. Uno o dos guardianes vigilaban fuera de la alambrada, paseando con aburrimiento de una a otra parte. Los cachivaches que usaban los presos para guisar eran botes de conserva de varios tamaños y formas, y los hacían servir para freír, cocer, llevar agua.

Era allí bastante difícil adquirir leña u otro combustible para guisar y se recogía toda clase de broza, trapos, papeles, trozos de cuerda y varias cosas por el estilo que al intentar encenderlos en aquella humedad se producía un humo denso, pegado al terreno de aquella hondonada y envueltos en la humareda tenía lugar el lagrimeo constante. De aquí tuvo el origen la denominación del valle de lágrimas.

Algunos reclusos, aunque no poseían nada para comer, de los tantos que no lo recibían de sus familias, se colaban en las filas con algún cacharro en las manos, simulando llevar algo para guisar, con el fin de que los guardianes los dejaran pasar. Muy escasas veces registraban alguno y casi siempre pasaban varios.

Junto a este lugar del guiso había una casucha blanca. Tenía una pequeña parte descubierta, limitada por una tapia de algo más de dos metros de altura. Aquí criaban las monjas cerdos, los cuales alimentaban con desperdicios, piñuelo y harina de cebada mezclados. Aunque para los presos no había pan ni tortas ni otro alimento indispensable para conservar la vida, los cerdos comían, entre otras cosas, harina de cebada y engordaban.

A veces, el guardián se colocaba algo separado de la alambrada y de espaldas a aquel pequeño valle, huyendo de aquel humo terrero y denso. Los presos que entraban allí de estraperlo, sin el propósito de guisar, por carecer de medios alimentarios, empujados por el hambre, burlaban la vigilancia, cruzaban la alambrada, saltaban la tapia de la casucha de los cerdos, se dejaban caer dentro y sacaban botes de la comida de los puercos, la cual engullían cuando tenían ocasión de no ser vistos por el guardián. La operación solían llevarla a cabo entre dos. Cuando se encontraban al pie de la tapia, en la parte opuesta a la vista del guardián, uno subía sobre la espalda del otro, escalaba la tapia, se lanzaba dentro, llenaba los botes que le echaba el de fuera, y de alguna manera ingeniosa los ponía sobre la tapia, desde la cual los cogía el otro; salía luego, esperaban la ocasión de que el guardián estuviera distraído de espaldas y, llegada la ocasión, se confundían en el conjunto de presos que guisaban, envueltos entre la densidad de aquel humo.

En una de estas operaciones fueron cogidos por el guardián. Después de los golpes, tan habituales allí, fueron llevados a las celdas de castigo. Parecían dos esqueletos movidos por algún medio mecánico. El espectro del hambre estaba fuertemente marcado en ellos, como en tantos otros. ¿Qué más castigo habría que dar a aquellos seres humanos famélicos que el que ya sufrían? Ello significaba arrebatarles la débil chispa de vida que les quedaba. Era cruel, sumamente inhumano, pero en aquel imperio fascista se hacía sin la menor consideración, en nombre del orden y de Dios.

Cuando las monjas se enteraron del hurto de la comida de los cerdos, la madre superiora manifestó llena de compasión –

compasión sólo a los cerdos: “Que se les castigue para que no lo vuelvan a hacer, pero que no les pase nada. ¡Oh, Dios mío! ¡Por eso los animalitos no engordaban como antes!”

Entre aquel conjunto de reclusos había bastantes hombres de mucho relieve en las ciencias, artes, literatura, política, etcétera. Uno de éstos, que tenía cierta relación con el Director del penal, le expuso el caso y las consideraciones pertinentes y les levantó el castigo.

En el año de 1941, Helios fue recibiendo de sus familiares y amigos muy malas noticias. El cuadro de su vida se cargó demasiado de muy oscuros tintes. La adversidad lo sometía a las más duras pruebas, encima de tanto dolor que ya venía sufriendo. Silvestre Picó hacía tiempo que fue llevado desde Alicante a Guernica donde había muerto en el mayor abandono y desesperación, sin alimentos ni tratamiento para su tuberculosis. Allí se consumió su vida en la soledad más angustiosa, tan lejos de sus seres queridos, sin el calor de la mano amiga que lo consolara. Conchita Cerdá -compañera del anterior-, abandonada y sola, hondamente dolorida, rodaba con su amargura como una alondra perdida en el desierto árido, frío y triste, sin rumbo y sin luz. Marchirán había sido condenado a muerte y ejecutado en Alicante, en aquel inolvidable lugar de la muerte, Rabasa. La lista de acontecimientos tristes, sería poco menos que interminable, producto de las matanzas sin freno.

El 21 de marzo de 1941 Helios recibió en El Dueso la primera carta de Elia, fechada en 15 de febrero en Elda, dirigida al Reformatorio de Adultos de Alicante, de donde le fue reexpedida. Le decía que procurara olvidarla, porque se encontraba muy enferma, tuberculosa y no creía poderse curar. Intentaba convencerlo de que si algún día salía de la prisión, ella sólo sería una carga para él y, por consiguiente, era necesario desistir de los buenos propósitos de ambos y del amor que los había unido en aquellas circunstancias históricas tan dolorosas. También le comunicó que un doctor la atendió gratuitamente –carecía de medios monetarios- y le propuso gestionarle el ingreso en un sanatorio, pero que ella no creía en la cura de su mal y no pensaba hacerlo. Elia había adoptado una actitud demasiado pesimista y nada razonable, en brusco contraste

con el espíritu de valentía y de lucha que siempre la había caracterizado, lo cual atribuyó Helios a un momento de crisis, acosada y vencida por los grandes problemas de entonces.

Aquella noticia lo dejó atónito y helado, como si en el instante de leer esta carta se hubiese paralizado de repente su vida. Sintió algo así como si un impacto fulminante lo hubiese destruido.

“¡Siento tanto amor por ti, Elia! ¡Y hasta esto que tanto me estimula en esta lucha de vida o muerte lo voy a perder también? ¡Qué triste me has dejado, Elia de mi vida!” –pensó para sí Helios en aquellos momentos de angustia profunda. Luego meditó profundamente, y algo repuesto de aquel golpe tan duro empezó a escribir la siguiente carta:

“Mi querida Elia: Aunque con mucho retraso; me ha llegado por fin tu triste carta de 15 de febrero. ¡Cuánta pena me han traído esas noticias tuyas, cariño mío! Habiéndote propuesto el doctor ingresar en el sanatorio, acéptalo sin vacilar, pues lo considero el único camino razonable.

“No te aflijas ni te encojas de ánimo de ese modo, encerrándote así en un círculo vicioso. Despreocúpate de todo y piensa con fe plena en la salud que vas a recuperar. Te escribiré allí y la fuerza de mi cariño te estimulará a vencer tu enfermedad. Volverá a ti la alegría de vivir. Pasará todo esto y viviremos juntos. Tenemos mucha vida por delante, Elia, y la gozaremos al calor de nuestro amor.

“No debiste decirme que te olvide, porque sabes que eso no es posible. Formas parte de mí. Te llevo en mi corazón y siempre estarás conmigo, cariño de mi vida. De todas formas, tú me necesitas y yo también. Seremos el uno para el otro en todas las circunstancias de nuestra existencia. Pienso en si tendrás plena conciencia del daño que me has transmitido al decirme que te olvide, como si ello fuese algo muy fácil. No es ese el camino, Elia, por él no podríamos llegar a ninguna solución. Esto pasará y nosotros debemos seguir adelante con buen ánimo, con el firme propósito de vencer.

“Escríbeme, cariño, aunque sólo sean unas líneas cada semana, porque las necesito mucho, pues no te podrás imaginar lo importante que eso es para mi en esta situación. Al no tener noticias de los que amo, me siento como en una tumba en vida. Espero con

ansiedad tus cartas, aunque sean breves, si tu mal estado de salud te impide extenderte. Te curarás, no lo dudes. ¡Ten ánimo, Elia!

“Te quiero muchísimo y siempre te querré. Recibe muchos besos llenos de amor y de fe en nuestro mañana. Hasta pronto, amor mío.”

A pesar de esta carta tan estimulante y de otras que siguieron regularmente, ella le fue contestando lacónicamente a algunas, siendo su última de fecha 29 de septiembre de 1941. Él le siguió escribiendo aún sin tener respuesta, hasta el mes de noviembre, desesperado ante aquel silencio. En principio creyó que se encontraba muy grave o habría muerto, pero luego se enteró Helios por otro conducto de que ella, aún estando decaída de salud, trajinaba por la calle como de costumbre, y viendo que nada le ocurría que le impidiera escribir, con tremendo dolor, dejó de comunicarse con ella.

En aquella triste situación de prisionero, aquel nuevo golpe lo hundió en el mayor abismo de amargura, sin ánimo para seguir viviendo. No obstante, luchó denodadamente en sí mismo, intentando sobreponerse, procurando estimularse con sanos razonamientos, pero su corazón no atendía otras razones que las suyas y sufría intensamente la pérdida de su amada Elia.

“No puedo creer que Elia no me quiera. Me ha demostrado su amor durante mucho tiempo con su sacrificio constante para que no me faltara nada que estuviera a su alcance en las cárceles por donde he pasado y siempre tuve en abundancia el calor de su cariño. Además, me trajo constantemente alimentos y ropa, todo lo cual le suponía un gran esfuerzo, dadas las circunstancias adversas y sus tan escasos medios económicos y, aunque llorara por dentro, siempre me animaba sonriéndome en las visitas. ¿Qué ha ocurrido ahora? ¿Por qué no me escribe? No lo puedo ver claro. Aquí se esconde algo muy extraño ¿Estará convencida de que no saldré de aquí? Si es así, quizás tenga razón. Pero aunque así fuere, no es humano dejar de escribirme. Ella no es cruel, no lo fue nunca. ¿Por qué causa lo iba a ser ahora? ¡No, no!, ella no me puede hacer eso. Sin embargo, el hecho está ahí patente, torturándome con la mayor crueldad. ¿Es que no comprenderá que este tremendo golpe, encima de tanto dolor, me puede destruir totalmente? Elia me ha fallado en

el momento más crítico de mi vida, cuando más necesitaba el calor de su cariño. Yo sólo le he pedido que me escriba. ¿Tanto le puede costar esto? ¿Ni esa pequeña atención le merezco? ¡No, no, eso no puede ser! Aquí debe esconderse algo que yo no logro ver. No debo dar más vueltas a este asunto. Es un punto oscuro que no puedo descubrir desde aquí, en esta situación de indefenso. Mi único camino es olvidar, o por lo menos, adormecer su imagen dentro de mí, sobreponer mi razón a esa llama que brota en mi corazón, que va hacia ella, amándola por encima de todo. Debo procurar que no me queme ese fuego de amor, que impere mi razón más pura. Este ha de ser mi baluarte, en el cual he de apoyarme, si quiero sobrevivir” —pensó para sí Helios en un soliloquio, que fue repitiendo, añadiendo nuevos motivos, logrando así completo equilibrio poco a poco entre su razón y su corazón.

El tiempo obraba cicatrizando la herida. Se acostumbró más a ser fiel compañero y aliado del tiempo, como única forma de sobrevivir a aquel infernal cautiverio.

Había actividades políticas en el penal, a pesar de la extrema calamidad en que vivían los reclusos: hambre, castigos, estrecha vigilancia, frío y toda clase de incomodidades. Una selección de hombres, de probado temple democrático, se organizaban en una actividad clandestina. Cada noche, y siempre que había ocasión, la cadena de enlaces difundían las noticias recibidas de fuera. Se convirtió esto en un estimulante diario. Que los aliados ganaran aquella Segunda Guerra Mundial, que estaba en escena, era la única esperanza de los presos políticos. Cada enlace sólo conocía dos personas en su función: la que le entregaba el material clandestino que entraba y le transmitía verbalmente noticias y a la que él pasaba las mismas cosas. Únicamente había cuatro personas que se conocían entre sí en aquella actividad, las cuales componían el Comité de Enlace, representando cada miembro una organización: Partido Socialista, Partido Comunista, Confederación Nacional del Trabajo y Unión General de Trabajadores.

En los últimos meses de 1942 todo esto empezaba a funcionar mejor. Se cotizaba y recaudaban fondos de los que tenían mejor situación económica. El importe de esta recaudación se destinaba a

los compañeros más necesitados, intentando librarlos de la muerte por inanición. El dinero de la calle estaba prohibido allí dentro, pero lo había, así como circulaban otras muchas cosas más de gran riesgo en aquellas circunstancias.

Los minuciosos registros por sorpresa eran frecuentes y, contando con ellos, se movía todo dentro de un plan minuciosamente estudiado, sin dejar ningún cabo suelto. En esta práctica, se perfeccionó tanto el método que seguía la acción escapando a toda vigilancia.

Una mañana, antes de salir de las naves para el paseo, se presentaron de repente unos funcionarios en la entrada de la sala donde se encontraba Helios, llevando uno de ellos un papel en la mano, y gritaron: “¡Silencio! Que cada uno permanezca sentado y quieto en su petate”. Leyeron una lista larga, todos de filiación anarcosindicalista, y después añadieron: “Todos los nombrados que permanezcan quietos en su sitio y que vayan saliendo los restantes”. Después empezó el cacheo de cada preso nombrado y de su equipo. Otras veces, la lista se refería a distinta organización antifascista, pero nunca mezclados. Se suponía que ello obedecía a actividades de la calle, que las considerasen relacionadas con los reclusos.

Helios poseía unas 600 pesetas en billetes de la calle, parte de la recaudación que, de antemano, habían distribuido entre varios, en consonancia con los giros recibidos de los familiares de cada uno de los depositarios. En el registro cogieron a Helios este dinero y algunas cosas más de poca importancia y lo mismo sucedió con otros. Tomaban nota del nombre y de lo que se llevaban. Hecho esto, se largaron los funcionarios. Lo que buscaban no era esto, sino otras cosas más importantes, pero no las hallaron, aunque se encontraban allí.

No tardaron en citar a los que les cogieron dinero y algunas otras cosas no relacionadas con la actividad política clandestina, para que se presentaran en la Dirección. Tuvo lugar un interrogatorio amplio y no fácil de responder. Mas se dieron las debidas respuestas, sin contradicciones entre los interrogados y nada sucedió. La Dirección advirtió que estaba prohibido conservar dinero de la calle y que si volvía a suceder, irían a celdas de castigo. Devolvieron el dinero en peculio de la prisión, quedándose con los billetes de fuera.

Se recibían y circulaban por la población penal boletines especiales de información, procedentes del extranjero, a través de embajadas y por otros medios. Parecía imposible que todo aquello pudiera circular en un régimen tan represivo y de tan minuciosa vigilancia. Sin embargo, era una realidad. ¿De qué forma cruzaba aquel material los tan vigilados muros carcelarios? Sólo lo sabían dos personas, pero ¿quiénes serían? Aquí estaba la incógnita difícil. ¿Acaso sería un recluso con la complicidad de un funcionario? De esto no había duda en la cadena de enlaces, pero nadie lo preguntaba ni lo comentaba; era una condición importante en las reglas del juego clandestino. De ninguna otra forma podría escapar todo aquello de tan estrecha vigilancia.

De forma bien encubierta, en pequeños grupos, por aquí y por allá, tenía lugar el diálogo sobre diversos temas políticos durante los paseos, previa una coartada, cuando se trataba de actividad clandestina. Los reunidos preparaban material de estudio, cuando algún funcionario se acercaba, el que simulaba ser el profesor explicaba a los otros del grupo algo sobre algún tema cultural. El funcionario lo oía y pasaba sin sospechas al saber de qué trataban. Por mucha vigilancia que hubiera, siempre se encontraba una forma idónea para tratar todos los asuntos prohibidos.

La miseria era tan abundante que tuvieron que instalar una cámara de desinfección. Aquella hacinación producía la abundancia de piojos, chinches, pulgas y ladillas. Era obligatorio que los grandes ventanales, a la altura de alrededor de un metro del piso de las salas, estuvieran abiertos de par en par día y noche, tanto en el buen tiempo como en el malo. En esa parte norte del país los ciclones eran frecuentes. Únicamente cuando eran muy fuertes e iban acompañados de chubascos, permitían el cierre de las ventanas. A veces, al levantar una manta extendida en el centro de la sala para hacer de cama, el aire sacudía como si fuera en medio de la calle. Aunque esto era una medida de higiene, tan incompleta y en la forma que se hacía, lejos de cortar la proliferación de los parásitos, producía resfriados, bronquitis y pulmonías que, en muchos casos, terminaban con el débil soplo de vida de los más decauperados.

Cuando estas ventanas daban al muro del circuito penitenciario, por encima del cual estaban las garitas de los centinelas, asomarse representaba tanto peligro como levantar la cabeza sobre las trincheras en primera línea de fuego. Como quiera que las luces tuvieran que estar encendidas toda la noche, al levantarse y cruzar de una a otra parte de la sala ante los centinelas, desde la oscuridad de la calle, aparecía como en una pantalla y disparaban. Una noche, cuando los presos se preparaban los petates para dormir, un disparo tocó el marco de la ventana, resultando varios heridos. Examinado el efecto del impacto, se pudo comprobar que fue hecho el disparo con bala explosiva.

Para probar el efecto de la cámara de desinfección recién instalada, metieron un perro, pusieron en función un aparato de expulsión de un gas mortífero y el animal murió en unos segundos.

Hecha esta prueba, empezaron con las salas de reclusión. A los presos de una de ellas se les ordenaba prepararse para la desinfección. Cada uno tenía que hacer un fardo con el petate y toda su ropa, poniendo su nombre en una etiqueta adherida. Quedaba cada cual totalmente desnudo, sólo con una manta, con la cual se tapaba hasta que le devolvían la ropa y el petate desinfectados. Ahora tenía que coger cada cual esta ropa y ponerla donde estaban las duchas, sin que tocara la manta que lo cubría, para evitar que los piojos de ésta pasaran a la ropa. Dejaba la manta, también con la etiqueta, y entraba en la ducha; al salir se ponía su ropa y entregaba la manta para la desinfección.

Todos estos fardos, con ropas y petates, sin desatarlos ni extenderlos eran apilados en la sala de desinfección. Inyectaban con el aparato el gas al local, herméticamente cerrado durante el tiempo precalculado y después, en toda aquella ropa andrajosa, no quedaba nada con vida, ni en lo más recóndito, incluso huevecillos y todo germen.

Los equipos de ropa de cada departamento ingresaban en la desinfección por la mañana y eran devueltos a los presos al final de la tarde. Los reclusos andaban por allí desnudos y liados con la manta. Parecían fantasmas caminando de una a otra parte. Cuando esto se hacía en el tiempo frío, se encogía cada uno bajo de la manta

por los rincones tiritando de frío. En este estado eran obligados a una ducha fría, lo cual tenía por consecuencia en varios casos la pulmonía y la muerte.

El grupo artístico del penal estaba instalado en un departamento aislado de los restantes. Sobre una parte alta del espacio carcelario había un departamento denominado el Rastrillo, a poca distancia del edificio viejo de Periodos y de los pabellones nuevos contiguos. Aquí se encontraba el Economato, la Biblioteca, la Escuela, el Grupo Artístico y alguna otra dependencia del penal. Formaba un núcleo apretado de pequeños departamentos de planta baja y en el centro había un patio común, al que se entraba por varios puntos de su periferia, mediante dos o tres escalones de cemento frente a cada puerta de departamento, por encontrarse más hondo este patio del nivel de las aceras que lo limitaban, a las cuales daban las puertas de acceso a varias salas de su alrededor.

El rastrillo estaba ocupado por los destinos, o sea, por los presos políticos que desempeñaban funciones de oficinas, los que componían el Grupo Artístico, los de la sastrería y algunas otras funciones. Los ocupantes de este departamento tenían la ventaja de más tolerancia de los funcionarios y de la Dirección.

En este grupo teatral faltaban dos personas de buena cultura caligráfica para preparar los papeles de cada actor con escritura clara, ya que carecían de máquina de escribir. El compañero Ramírez, perteneciente a dicho grupo, con la función de apuntador, era de Alicante y amigo de Helios y Bautista, y como éstos poseían tal condición les propuso el ingreso en el grupo, lo cual aceptaron. Ahora, el director recluso de este grupo de teatro hizo la petición al Director del penal y, siendo autorizado el traslado de los dos amigos citados, se instalaron en el Rastrillo como componentes del grupo teatral.

Se habían presentado ya algunas obras, que gustaron mucho al Director del penal. Entre ellas, *Don Juan Tenorio* y la comedia histórica denominada *El alcalde de Zalamea*. Bautista y Helios empezaron a preparar los papeles para el ensayo de las dos obras cómicas siguientes, *El médico a Palos* y *Las Grandes Fortunas*. Este trabajo les resultó agradable y algunas veces lo hacían tan a gusto

que se olvidaban de su situación de presos. Al leer por primera vez las citadas obras, contagiados por aquel buen humor, soltaban alguna que otra carcajada mientras copiaban la intervención de cada personaje. Esto suavizaba a veces la aspereza de la condena.

Al anochecer, cerraban los funcionarios la puerta principal del Rastrillo, quedando abiertas las de las salas interiores que daban al patio. Los edificios pequeños que contorneaban este patio tenían mucha luz. Aquí iban los presos adentro y afuera, de las salas al patio y viceversa, aun después de tocar silencio, según los funcionarios que estuvieran de servicio. De todas formas, en este lugar se estaba aislado de aquel espectáculo sombrío y muchas veces espeluznante de los demás departamentos, tan cargado de incomodidades, entre una aglomeración de cosas heterogéneas del mayor desagrado.

Emilio Meix y Helios se conocieron aquí. Era profesor de enseñanza, catalán, de unos 30 años de edad. Congeniaban mucho y fueron dos amigos entrañables. Cuando tenían ocasión, se juntaban y empezaban sus diálogos sobre ciencias, artes y otras cosas en cuantos aspectos les agradaba. En tales charlas se sentían tan a gusto que se olvidaban de su drama, y esto era muy importante allí para sobrevivir a aquel infierno carcelario. Un día encontró Helios triste y preocupado a su amigo y ante esto le preguntó:

- ¿Tienes alguna noticia mala, Meix?

- No, sólo una pesadilla que aparece en mis sueños de vez en cuando de aquellas cosas de la guerra. La noche que la sufro, al despertar me siento culpable de algo terrible, con profundo remordimiento. Esta noche pasada tuve otra vez esa pesadilla.

- Si no tienes inconveniente, podríamos hablar de todo eso que te tortura. Quizás con esto sientas algún alivio.

- No, no tengo inconveniente. Cuando vino la guerra civil, recién concluida mi carrera, yo estaba ejerciendo de profesor. Al movilizarme, me inscribí en aquellos cursillos para oficiales del Ejército Popular. Cuando terminé me destinaron como teniente de una compañía. Poco después ya era capitán y me trasladaron a otra compañía en la primera línea del frente. Había dirigido varios combates, con bastante éxito según los mandos superiores. En este

último lugar había tal quietud que no parecía la guerra. Una compañía enemiga ocupaba lo más alto de una colina a unos 300 metros de nosotros. En lugar más bajo, estaba mi compañía frente a dos barrancos, que partían separados desde la altura de los parapetos enemigos y se juntaban próximos a los nuestros.

“Por aquellos alrededores, entre las líneas de ambos bandos, se juntaban amistosamente varios soldados de ambas partes y se intercambiaban varias cosas. Entre ellas, aquellos ofrecían tabaco a cambio de papel de fumar pues allá tenían en abundancia de aquél y les escaseaba el papel, mientras aquí ocurría lo contrario.

“Ante todo, se acentuaba en mi la idea de que, si los altos mandos no existieran, y con mejor formación de la gente, no habría guerra: los combatientes de una y otra parte, en casos como éste, se unirían en paz. Al pensar en esto, siempre me he preguntado: ¿Qué se consigue con la guerra sino más odio y destrucción? Entonces, ¿para qué la guerra? ¿Por qué no se emplea otra forma más humana e inteligente, tratando de convencer en vez de vencer? Donde hay vencidos y vencedores, hay odio y desquite y con esto la guerra continúa de otra manera, siendo así la paz auténtica imposible.

“Un día recibí instrucciones y la orden de atacar aquella colina por sorpresa, a bayoneta calada. Aquello me quitó el sueño y me preocupó muchísimo, no porque tuviera miedo, sino mayormente por mi rechazo de conciencia a pasar a cuchillo a aquellos hombres, congéneres nuestros, que tan cerca estábamos unos de otros bastante tiempo sin agredirnos, con bastante relación amistosa, intercambiándonos cosas. Por fin, tuve que dominar en mi todo lo humano que ocupaba mi conciencia, estudiar bien la táctica del ataque y a la hora fijada, cogiéndolos desprevenidos, caímos sobre sus trincheras, matando a diestro y siniestro. Entre muchos muertos y heridos, los echamos de sus parapetos, pero la lucha cuerpo a cuerpo siguió fuera de las trincheras. Ya no veíamos nada que fuese humano, estábamos todos locos, más allá de la peor locura. Estando todos mezclados en aquella trágica confusión, dejé de usar la pistola y cogí un fusil con la bayoneta de un herido o muerto, por considerarlo más útil en aquella situación, y atacaba con una furia tan tremenda como extraña para mí, a medida que se me acercaban para acabar conmi-

go, lo cual fue constante largo rato. En un momento, en que apenas veía alguno en pie por aquí y por allá, saltando sobre una parva amplísima de cadáveres y heridos, vi dos, con rostros monstruosos, llenos de sangre y de tierra por todas partes y la ropa destrozada, con las bayonetas hacia mí. Ataqué al que venía delante y cayó a mis pies y seguí con el otro hasta acabar con él. Todavía en actitud de ataque, viendo una bayoneta, que desde una parte más alta que donde yo estaba, se dirigió a mi pecho y se detuvo vacilante, con toda mi locura, lancé un golpe rápido hacia arriba. El fusil cayó rodando sobre mí. Al no ver a nadie más que me atacara, levanté la cabeza y detuve la mirada en un hombre joven como yo, cuyo cuerpo se tambaleaba, doblando las rodillas y desplomándose de espaldas sobre un montón de muertos. En plena turbación, extendí la mirada en lontananza y sólo encontré muertos, heridos y varios del enemigo que corrían a campo abierto hacia atrás, cayendo algunos en tierra, tiroteados desde nuestras trincheras, bastante lejos de mí.

“Al cesar la batalla en derredor mío, me quedé quieto, como alhelado. Fijé mis ojos en el último que había matado y me encontré frente a otros que, fijos y vidriosos, parecían penetrar en los míos, y adiviné en ellos un interrogante: “¿Por qué?...” Con tremenda congoja, le limpié el rostro cubierto de sangre y tierra, y me abracé a él en un llanto como jamás había sentido, dominado por tal remordimiento, que devoraba todo mi ser. Había reconocido al compañero y amigo de estudios en la universidad y lo había asesinado inconscientemente.

“Él me reconoció antes y por ello detuvo a tiempo su bayoneta, a costa de su propia vida. Si por lo menos me hubiese podido decir: “¡Meix!” yo me hubiera dado cuenta a tiempo y, en vez de morir, nos hubiésemos fundido en un emocionante y profundo abrazo de amigos, pero allí no había tiempo nada más que para morir. Seguí, no sé cuanto tiempo, abrazado a aquel cuerpo inerte, con lágrimas de dolor, con lágrimas de castigo, que se agudizaban más y más ante los lastimeros quejidos de los heridos y el silencio de tantos muertos.

“No sé el tiempo que había pasado, me encontraba como inconsciente. Tendido allí con los ojos cerrados, veía con los de mi

alma sangre, mucha sangre por doquier, como si la derramara el Universo entero.

“Cuando me encontraba en duermevela, sentí desde lejos una voz, que preguntó: “¿Dónde está el capitán?” Otro respondió: “No sé. Creo que entre los muertos.” Algo más tarde, unas manos palparon todo mi cuerpo; sacaron algo de mi bolsillo interior y dijo unos instantes después: “Aquí está el capitán Meix. No le encuentro ninguna herida grave, pero parece sufrir una perturbación mental.” Me pusieron en una camilla y me metieron en una ambulancia. Ya no recordé nada más, hasta que me vi en un hospital, siguiendo un tratamiento en un departamento de psiquiatría.”

Paseaban los dos en el campo de prisioneros, para allá y para acá, en una distancia de unos cincuenta metros. Prosiguiendo este paseo, andando y desandando los mismos pasos, hubo un silencio entre los dos amigos. Los dos tenían los ojos húmedos. El drama les había afectado bastante. El capitán Meix era un hombre sensible e inteligente, de amplia cultura, por encima de lo exigible para su título de profesor.

- Tal como me has indicado que estaban las posiciones de ambos bandos, la de ellos era una avanzadilla, destinada a dar por sorpresa un golpe de mano en cualquier momento, con el fin de cercaros, y quizás por eso te ordenaron tal operación, antes de que se adelantara el enemigo –dijo Helios.

- Sí, claro. Así lo pensé y fue lo único que me consoló algo. Si no lo hubiésemos hecho nosotros, lo habrían hecho ellos. ¡Así es la guerra! ¡Matar, matar y siempre matar, sin el menor respeto a la vida!.

- No eres tú solo el que sufre esa clase de pesadillas, Meix. También yo tengo de vez en cuando una de efecto parecido a lo que me has contado aunque en mi caso no se trata de remordimiento. Poco después de salir del pabellón de los condenados a muerte, una madrugada empecé a dar unos gritos tremendos. Los compañeros de celda se incorporaron e intentaron despertarme. Soñé que, entre otros, me sacaron para fusilar. Puestos en fila frente al paredón, nos dispararon. Yo me puse la mano derecha sobre el corazón y enco-gido, antes de caer, veía brotar mi sangre entre mis dedos, y en este

instante final despertaba con una angustia tremenda. Esto me ha ocurrido varias veces, aunque variando detalles. En cada caso, me sucedía algo muy curioso. Despierto, ya consciente de que sólo se trataba de un ensueño, durante varios días sentía dolor en el punto que recibí el impacto, según el ensueño. Varios, en casos análogos, me contaron que les ocurrió algo por el estilo.

- La causa de ese dolor sería la fuerte sugestión recibida por el órgano en ese grave momento del ensueño –dijo Meix.

- Todos estos traumas que nos ha producido la guerra y otros que se manifiestan menos, los sufriremos hasta la muerte. Y no queda el mal aquí sino que se trasmite a nuestros descendientes, en cuanto a tales sugestiones se refiere. Todos los humanos conservamos en lo más recóndito de nuestro ser las impresiones de nuestros antepasados, tanto si fueron malas como buenas. Ese pasado, aunque lo consideremos muerto, siempre está entre nosotros. Y quizás esa absurda y brutal forma de enfrentar nuestros problemas con la violencia, con la guerra, también nos vengan de lejos. Lo más grave es que no se resuelven nuestras diferencias así, sino que, por el contrario, los problemas humanos se multiplican de tal manera que no nos dejan vivir en paz y sumen el género humano entre las mayores miserias morales y de todo tipo -manifestó Helios.

- ¿Y no habrá forma de crear otra sociedad mejor, sin estos ríos de sufrimientos y de sangre a través de la historia? –exclamó Meix.

- A veces pienso que sí podría existir esa forma, Meix, pero siguiendo caminos distintos. Creando poco a poco en el ser humano otra mentalidad pacífica y abierta, sacándolo así de la brutalidad en que vive, única manera de conquistar su verdadera libertad.

- Ten en cuenta los intereses creados, que lo harían muy difícil, Helios. No olvides que, tal como marcha la sociedad, para esa parte privilegiada es buen negocio y de la forma que nosotros y algunos otros pensamos esas ventajas se acabarían.

- Sí, lo tengo en cuenta, Meix, pero esa parte es minoría, y ¿por qué no iban a poder superar los medios cuantos sufren su tiranía, para acabar con tales abusos, con las tremendas injusticias de los menos sobre los más? Sigamos el hilo de esa contienda general, que bien podría en su final dar alguna oportunidad para empezar

la preparación del cambio de las tantas malas cosas por otras buenas. Ante la situación actual de la Guerra Mundial, supongamos que los Aliados rompen el Eje fascista. Creo que los ejércitos rusos llegarían los primeros a Alemania. Pudiera estar en su objetivo cruzar Francia y España, hasta Gibraltar, muy rápidamente, dada la buena acogida que tendrían por los tantos oprimidos entre las garras del fascismo.

- Eso sería muy difícil, Helios. Piensa en la cordillera de los montes Cárpatos del centro de Europa, de más de 1.500 kilómetros de longitud, que es una fortaleza natural tremenda. Los alemanes deben tenerla, además, muy bien preparada y resultaría casi inexpugnable. Los Aliados ganarán la guerra, pero aún está eso lejos. Antes de ese final, moriremos aquí muchos más.

- No lo veo tan lejos, Meix, a pesar de los Cárpatos, con esa gran extensión en longitud que has indicado y con más de 200.000 kilómetros cuadrados. Cuando lleguen los rusos, no tardarán en franquear el obstáculo, ¡ya lo verás! Irán bien preparados para ello. Supongamos que prosiguen el avance, como te he dicho, si antes no establecen contacto por esa parte con las fuerzas aliadas. Entonces nos veríamos todos nosotros en la calle, tanto si fueran los rusos, los americanos o los ingleses quienes llegasen aquí. ¿Qué crees que haríamos después de tantas humillaciones, torturas, fusilamientos y varias otras cosas más que hemos sufrido en esta posguerra?

- ¡Bueno! Creo que tú, algunos otros más pacíficos y yo, nunca haríamos a ese enemigo lo que él nos ha hecho, pero el resto de los represaliados, como desquite, los eliminaría casi totalmente. Y tales hechos, en estas circunstancias, serían aplaudidos por la inmensa mayoría del mundo como una gran victoria –manifestó Meix.

- Seguramente, sucedería así. Y una vez vencido y aplastado el enemigo, dejarían de perseguir a los que quedaban y casi los olvidarían. Entonces, dada la mentalidad existente, se intensificarían las luchas entre las varias corrientes de la izquierda, derrochando energías, sin crear nada nuevo y sólido que realmente resolviera los grandes problemas humanos. En tal tira y afloja, el enemigo vencido se iría rehaciendo al compás del tiempo en un terreno cada vez más abonado, hasta recuperar las fuerzas necesarias, y otra vez nos en-

contraríamos en la guerra caliente, en plena violencia. Así he visto el rumbo de la historia: destrozándonos mutuamente. Fuera del género humano, ningún otro animal hace todo esto. Siempre ha sido un constante atentado contra lo más hermoso, la vida.

- A veces pienso con pesar que, en el fondo, siempre van a ser así estas cosas, pues no veo forma de cambiar la mentalidad humana en general y para una sociedad nueva con necesarias mentes nuevas, abiertas y llenas de comprensión, como tú mencionaste. ¿Cómo limpiar del corazón humano tanto odio y egoísmo, para llenarlo de ese grandioso amor universal? ¿Se te ocurre alguna solución viable para esto, amigo Helios?

- Aunque a largo plazo, sí, Meix. En el supuesto de que llegaran aquí los Aliados o fuerzas de alguno de ellos, se nos daría la ocasión de hacer con nuestros enemigos lo que ellos han hecho con nosotros, pero ¿qué solucionaría esto? Opino que nada, sino añadir más odio, más guerra y más sangre derramada, como siempre ha venido sucediendo. Lo más importante es que cada uno se conozca bien a sí mismo, consigamos nuestra paz interior y expulsemos totalmente el odio de nuestro pequeño mundo individual. Yo lo he conseguido aun en esta situación de tanta violencia; me fui elevando poco a poco por encima de ella. Dado este paso, se comprende la vida, se identifica uno con la Naturaleza y se siente libre como ella. Conseguido esto, compadezco a los malhechores, en vez de odiarlos, porque ya no siento odio, y ahora es cuando de verdad vivo en paz conmigo mismo, a pesar de todo lo malo que me rodea. Con odio es imposible la felicidad humana.

“La inmensa mayoría de los que estamos aquí, se ahogan y se extinguen entre estos fríos muros de cemento, que parecen aislarnos totalmente de la Naturaleza, porque ignoran poseer la fuerza más poderosa, la mente, si se sabe usar. No hay muro carcelario que detenga la mente humana. A pesar de este recinto amurallado, extendiendo la vista sobre esos muros y veo el monte, tachonado de reses bovinas de varios colores que, extendidas en sus planicies, pastan. Contemplo el bosque a todo lo largo de la montaña, y entre él, en cada primavera, oigo y me deleita el hermoso canto del ruiseñor. Detengo mis ojos en las nubes, que varían constantemente de forma

y a veces veo los rayos solares jugueteando con ellas. Algunas noches, cuando estuve acostado en la angosta celda, por la diminuta ventanilla al exterior, he contemplado el parpadeo de alguna estrella y yo me he sentido vibrando plenamente en todo eso, que es la vida, el constante palpar de la Naturaleza, sin que me lo hayan impedido estos muros, porque mi mente los cruza cuando quiero sin la menor dificultad. Esto lo puede conseguir cualquier persona, aunque no lo enseñen en las escuelas, y para ello sólo se necesita querer de verdad, conocerse a sí mismo y saber cada cual el porqué y para qué se encuentra en su paisaje de vida. Ya en este punto de evolución, se posee amplia comprensión de cuanto nos rodea y se siente profundo respeto a la vida toda.

“En tal grado de conciencia, aunque se denunciara el mal hecho por los ahora vencedores, no habría que humillarlos, sino darles trato generoso, considerándolos como nuestro congéneres, para compartir las buenas cosas que creáramos juntos, vivir todo lo ampliamente posible nuestra vida individual y colectiva, que a todos por igual corresponde. Esto sería el primer paso fundamental, que nunca se dio, para erradicar el mal poco a poco, hasta saber vivir en paz”.

- Siendo tan pocos los que pensamos así, esto sería muy difícil. ¿Cómo lo haríamos comprender a esa inmensa mayoría, Helios?

-Transmitiéndoles esa paz interior nuestra de la forma más inteligente, Meix. Ello nos sería mucho más fácil que soportar los males tan tremendos que vienen cayendo sobre nosotros, producto del odio y de la guerra. Todos desean encontrar la paz y la felicidad, y no veo tan difícil ayudarles a buscar el camino, poniendo luz sobre sus pasos, de la mejor manera, de todo corazón. Así se llegaría a la amistad, que es la manifestación más noble de la vida. Donde hay amistad verdadera no hay odio ni guerra y eso es lo que necesita toda la humanidad para ser feliz.

En esto, el sol caía en su ocaso entre una cortina rojiza sobre el horizonte. La tarde moría poco a poco en un ambiente melancólico. Un funcionario, que los conocía desde algún tiempo, pasó cerca de ellos y les dijo amistosamente: “Vuelvan a su sitio, porque va a empezar el recuento.”

Rafael Lobato Luna, de Cádiz, fue otro amigo íntimo de Helios. Eran de la misma edad, aproximadamente. Había sido sargento en el bando franquista, aunque no comulgara con su sistema. Era muy buena persona. Sufría allí mucha necesidad. Siendo su madre viuda, sin bienes ni más hijos que él, no le podía ayudar. También su condena era tremenda, conmutado de la pena capital. Según contó, estando una noche en la primera línea de fuego, el teniente de su compañía, estando ambos de servicio, se embriagó y empezó a dar gritos como un loco. Siendo aquella actitud tan peligrosa en aquel lugar, se vio obligado a darle unos puñetazos en el rostro, hasta reducirlo al silencio. Después de unas horas, cuando el oficial venció la borrachera, denunció a Rafael, le incoaron expediente y tuvo que comparecer ante un Consejo de Guerra, que lo condenó a muerte, sin que le valieran los testigos que explicaron los hechos. Por fin, fue conmutada su condena por la de 30 años. También el amigo Lobato formaba parte del Grupo Artístico. Este, Helios y Bautista, tenían colocados juntos sus petates y todas sus demás cosas, conviviendo allí con plena afinidad y armonía.

Gabriel Segura, de Novelda, también fue otro buen amigo de Helios. Era el encargado de la biblioteca del penal, bastante importante, y cada semana recorría los departamentos, entregando a los presos los libros que éstos elegían y recogiendo los distribuidos en la semana anterior. Tenía entonces unos 40 años, de profesión contable. Disfrutaba de buena situación económica. Tenía un carácter comunicativo y agradable. Unos parientes que tenía en Santoña, muy cerca del penal, le llevaban comestibles y ropa limpia todas las semanas y, por consiguiente, no sufrió la tortura del hambre. Ya en el año de 1942, Segura repetía a Helios en broma, cuando hablaban de la situación y de la posible salida de la prisión, que saldrían en libertad juntos, a lo que se mostraba escéptico Helios. Por Navidad del año siguiente, Segura insistió, sonriendo optimista y mostrando un frasco de colonia:

- Mire, Helios, me lo he comprado para estrenarlo el día que salgamos en libertad. Cuando eso llegue, tomaré una ducha a fondo y me perfumaré bien, para que no me quede ni el más mínimo

olor de presidiario. No olvide lo que le he dicho muchas veces: saldremos juntos y muy pronto.

- ¡Qué buen humor tiene usted, Segura! Aquí ese buen ánimo es muy importante. En cambio, yo no espero mi salida de aquí tan pronto.

- Bueno, bueno, ya verá como tengo razón –afirmó Segura.

- ¡Ojalá esté en lo cierto, Segura! Mi expediente tiene muchos agravantes y no puedo confiar por ahora mi salida a un decreto de excarcelación. En todo caso, esto estaría aún lejos.

- También tiene agravantes el mío. Estoy en las mismas condiciones que usted y, sin embargo, tengo claro presentimiento de que vamos a salir muy pronto –manifestó Segura con un optimismo que contagiaba.

- No me quiero hacer ilusiones, Segura, prefiero mantenerme incrédulo y esperar pacientemente.

Ya se conocía un decreto para la libertad condicional y vigilancia de los condenados a 20 y a 30 años, pero para éstos últimos los agravantes podían dejarlos en prisión.

Helios vio a un funcionario y un preso de las oficinas que iban a leer una lista. Se detuvo cerca de ellos y, entre otros, oyó nombrar a su amigo Bautista. Por fin salía en libertad condicional. Sintió alegría al pensar que su amigo dejaba la prisión y al mismo tiempo le dio pena perder su compañía, ya que lo estimaba como si fuese su hermano.

En el rastrillo se despidieron los dos amigos con un fuerte abrazo. Con voz entrecortada por la emoción, Bautista le dijo:

- No te preocupes, saldrás muy pronto también.

- No, no lo creo, aún tardaré. Tengo un expediente muy malo.

- ¡Sí, hombre, no seas tan pesimista! Estoy seguro de que no tardarás en salir. ¡Anímate! ¡Adiós, Helios! –se despidió, separándose de él, lleno de emoción.

- ¡Adiós, querido amigo! –le respondió de pie en el patio del Rastrillo, contemplando con tristeza a los que se marchaban.

Unos instantes después, salió Helios a la puerta principal del Rastrillo y contempló de nuevo el grupo de presos que se aleja-

ba cuesta abajo por la carretera interior, en dirección a la última puerta, situada en la parte más baja del muro que limita el penal. Antes de ocultarse el grupo detrás de los pabellones, situados más abajo, en el centro del campo penitenciario, finalmente se dijeron por última vez adiós con las manos. Helios, allí de pie, inmóvil, perdida la mirada y sus pensamientos en lontananza, permaneció un rato, hasta que se acercó un funcionario, poco amigable y le dijo con mal tono:

- ¿Qué hace usted aquí?

- Nada, contemplando cómo se aleja mi mejor amigo –respondió.

- Vaya, vaya usted para dentro –le ordenó.

Helios volvió entristecido a su departamento, pasando el resto de aquel día envuelto en la densa sombra de la desesperanza.

Transcurrieron unos meses, saliendo poco a poco presos de 20 años de condena y empezando también a salir alguno de 30 años. Luego pasaron varias semanas sin aquellas listas de excarcelación, que tanta alegría daba a los que salían. En los de 30 años iba esto más lento.

Helios tenía ahora menos esperanza que nunca, hasta el extremo de que cuando veía alguna de aquellas listas ni siquiera se detenía a escuchar los nombres de los que iban a salir, pues se sentía mejor sin pensar en esto. Así fueron pasando lentamente los meses. De vez en cuando salía alguno de 30 años de condena. Se hundía con frecuencia preocupado ante los síntomas de su amnesia. A veces le fallaba la memoria hasta un extremo alarmante y sentía fuertemente la pérdida de sus mejores facultades. Los cinco años que llevaba en la cárcel en aquellas condiciones lo estaban destruyendo. Sentía ahora, más que nunca, el peso aplastante de la prisión, afectado de una crisis general muy extraña. En algún momento de más claridad mental, sin ilusión de nada, harto de todo, se dijo a sí mismo: “¿Para qué quiero vivir de este modo? En el mejor de los casos saldría, ¿y qué? ¿No es acaso la calle un campo de concentración como esto, con la sola diferencia de ser más amplio? Yo no tengo ya hogar, ni medios económicos, ni salud ni nada que me permita vivir como un ser humano, y así, ¿qué puede ser para mí la calle? Sería

vigilado y perseguido en cada paso y no me dejarían vivir en ninguna parte. Veo con toda claridad lo que me esperaba fuera. Creo que mi única liberación quizás sería morir. La muerte no es nada y pone fin a todo sufrimiento”. En esto lo llamó su amigo Lobato. Levantó la cabeza y fue hacia él, abandonando aquella nube densamente negra que lo envolvía.

En aquella situación carcelaria estas crisis se presentaban con frecuencia. Lo más importante era poder salir de ellas, encontrar la forma de dejarlas atrás. A veces, la ayuda moral de un compañero resultaba muy importante para conseguir salir del bache. En tales situaciones es cuando de verdad se puede valorar la gran importancia del apoyo mutuo.

El tiempo transcurrió largamente, arrastrando aquella penosa pesadilla. El invierno de 1943-1944 había quedado atrás. Entrada la primavera, a pesar de aquella aridez carcelaria, la flora despertaba y todo empezaba a sonreír.

Helios deambulaba de una a otra parte del campo penitenciario a las diez de la mañana. Vio que empezaban a leer una lista, voceando los nombres y apellidos de cada cual. A su paso oyó unos cuantos, pero siguió hacia su departamento, sin detenerse, casi ajeno de cuanto le rodeaba. Unos instantes más tarde volvió a salir, para recoger un libro que se había dejado olvidado en el salón de la escuela y aún estaban voceando la lista. Era bastante larga, de las mayores que se habían dado allí y volvió al Rastrillo con el libro. De cara al sol, sentado sobre la acera de cemento del patio de su departamento, empezó su lectura. Era uno de los pocos días que se veía allí pleno sol y un cielo barrido de nubes.

Frente al patio del Rastrillo había un espacio cubierto y en él instalados varios hogariles para el uso de los que tuvieran que guisar. Estando Helios sentado y ocupado en su lectura, pasó Segura apresurado con los cachivaches del guiso hacia los hogariles y, sin detenerse, le dijo:

- Me voy, amigo, después de comer. Es mi último guiso aquí. Tengo poco tiempo y no puedo entretenerme. El amigo Meix también se va.

- ¿No ha oído mi nombre, Segura?

- No, al nombrarme, me he venido corriendo. Pero he oído decir que son 60 los que vamos a salir.

Al oír Helios a Segura, sintió algo así como un rayo de luz que le hubiera iluminado unos instantes. Pero pasó y cayó de nuevo en su indiferencia. No pudo seguir leyendo, le era imposible concentrarse en la lectura. Se levantó y fue a su sala, a unos veinte pasos de allí, y se tendió sobre su petate, intentando adormecerse un poco y evadirse de la monotonía que lo asediaba.

Después de unos 30 minutos, llegó Rafael Lobato muy apresurado, lleno de tanta emoción, que apenas le salían las palabras:

- ¡Helios, Helios, que te vas! ¡Ha llegado tu libertad!

- ¿Mi libertad? ¡No lo creo! –exclamó, envuelto en gran confusión.

- ¡Te aseguro que sí! En la oficina he tenido en mis manos los papeles. ¡Venga, prepara tus cosas! –insistió Rafael, aún lleno de emoción. Lobato trabajaba ahora en las oficinas del penal, donde redimía condena. Fueron entrando otros de la misma sala, para la comida del mediodía, confirmando la noticia. Helios, con la mayor de sus sorpresas, vio que había llegado la hora de su excarcelación. Pero no se apresuró ni exteriorizó emoción alguna. Se mostraba sereno, sin prisa. Se sentía en un estado extraño, algo así como si aquello fuese un ensueño, confuso e inseguro. “¿No estaré soñando como tantas veces me ocurrió a través de los años?” –pensó para sí. Allí estaba de pie, silencioso, indeciso, sin sentir alegría, mientras sus compañeros hacían comentarios, extrañados de su actitud. En todo esto, uno dijo: “Acaso tenga algún problema grave, que nosotros desconocemos...”

Rafael empezó a prepararle las cosas y, por fin, se decidió a ayudarlo pero sin entusiasmo.

- ¡Venga, amigo Helios! De todo esto, ¿qué te vas a llevar? ¿Es que no te alegra salir?

- Sí, sí, claro que me alegro. Yo lo haré, Rafael –respondió por fin, como despertando y empezando a ordenar dentro de la maleta lo que se tenía que llevar, dando el resto a Rafael. Pero tranquilo, sin la menor prisa. Los dos amigos terminaron de preparar el equipaje y luego comieron juntos por última vez.

Campos de Concentración de Prisioneros y Presentados de Santoña

En virtud de las Instrucciones dictadas por S. E. el Generalísimo, el 12 de Abril de 1939, y por delegación del Sr. Coronel Inspector de los Campos de Concentración de Prisioneros, concedo LIBERTAD provisional al concentrado en estos Campos :

Nombre JOSÉ GONZÁLEZ FERNÁNDEZ
Edad 35 Estado casado
Naturaleza espa Provincia Alicante
(1) Domicilio _____ Pueblo espa Provincia Alicante
Fecha en que se pasó a la zona Nacional 20 de Junio de 1939 - Irún
Tiempo que ha permanecido concentrado 16 días
Concepto que ha merecido a la Jefatura _____
Servicios destacados o beneméritos que ha realizado _____

Santoña de Julio de 1939.



(1) Se entiende por domicilio el que tenía el 15 de Julio de 1936.

NOTA: El individuo al que afecta el presente documento deberá presentarse inmediatamente de su llegada

Documento identificativo de libertad vigilada
(fuente: *Alborada* número 44, pág. 48).

- ¡Cuánto siento que te quedes, Rafael! Te estimo tanto. Me acordaré de ti toda mi vida.

- También yo te aprecio mucho, Helios. Siento en lo más profundo que nos tengamos que despedir. Por otra parte, me alegra que salgas de este infierno y rehagas tu vida. Creo que también saldré yo algún día.

Llegó la hora de la partida y empezaron los abrazos de despedida. El último fue el de Rafael, y rodaron por fin las lágrimas por las mejillas de ambos. Helios salió del departamento con su maleta, emocionado ahora al ver tantas manos en alto de todos sus amigos diciéndole adiós. Ya en la puerta del Rastrillo, fuera del aquel edificio, se reunían los demás presos que iban a salir con él, con los que había dos funcionarios que los conducirían a la puerta principal de salida. Aquí se encontró, entre los otros, con Emilio Meix y con Gabriel Segura, desbordantes de alegría los dos.

- ¿Ve usted como hemos salido juntos? Recordará que se lo dije muchas veces –manifestó Segura alegremente.

- ¡Qué extraña coincidencia! Nunca pude creer que esto sucediese así –respondió Helios.

- Pues, así ha sido, amigo mío. Ya lo ve y volveremos juntos hasta la estación de Elda.

Todo el grupo de los 60 reclusos, que dejaban de serlo en aquellos momentos, partieron por la carretera interior abajo, acompañados por los dos funcionarios hasta la puerta principal. Ya en el último puesto de vigilancia y de control de salida practicaron la revisión final y, a medida que iban pasando los excarcelados, los reagrupaban junto a la puerta metálica, por la que salían a la parte exterior del muro que limitaba el espacio del penal. Terminado el último, entreabrieron la puerta, salieron uno tras otro y quedaron en la carretera exterior, la cual seguía paralela al muro. Al salir el último, cerraron la puerta. La cárcel quedó atrás.

11. El retorno

Ya fuera del muro que los había tenido cercados tantos años, cada uno se apresuraba, alejándose a pie lo más rápido posible de aquel lugar que tanto los había hecho sufrir. El grupo se fue alargando carretera adelante, hacia la bahía de Santoña, hasta dejar de ser tal grupo, desparramados, cada vez a mayor distancia uno de otro, perdiéndose de vista los más avanzados en la cuesta abajo, cayendo sobre la villa.

Emilio Meix siguió un rato conversando con Helios y con Segura. Eran los rezagados, los últimos. De todos los restantes, apenas se veía alguno al final del tramo recto de la carretera, ya desapareciendo en la cuesta abajo. También Meix tenía mucha prisa, y por fin dijo a Helios:

- Te veo así, como si no desearas alejarte de aquí.

- ¡Ja, ja, ja! A veces, por mucho correr no se llega antes, Meix. Además, sé que no voy a ningún paraíso. Me gusta contemplar los paisajes de esta tierra.

- Yo sí tengo prisa, Helios. Quiero ver si encuentro combinación para salir esta noche de Santoña. Si no lo consigo, nos veríamos mañana en las primeras horas en la estación del ferrocarril. De todas formas nos despediremos ahora.

- Bueno, Meix, teniendo prisa, no te retengo, pero me duele muchísimo decirte adiós.

- También a mí, inolvidable amigo. ¡Hemos sufrido tan malas cosas juntos!

Se dieron un fuerte abrazo y luego se despidió también de Segura. Ya no se vieron nunca y los dos amigos entrañables, que las peores circunstancias de su vida habían sufrido juntos, a través del tiempo no supieron nada el uno del otro, pues en aquella acelera-

ción de la salida ambos se olvidaron de anotarse las señas del uno y del otro para escribirse en lo sucesivo.

Al principio, Segura seguía de cerca a Meix. Helios quedó solo detrás. Caminaba despacio con su maleta, envuelta su mente en el dramático escenario de aquellos muros que iba dejando atrás. Llegó a la parte más alta, se detuvo al borde de la carretera, dejó en el suelo la maleta y extendió su mirada sobre el penal, que quedaba en un plano más bajo, casi inconsciente de aquella contemplación, al contrario de todos, que habían huido de allí rápidamente. Su estado de ánimo era extraño. Caminaba como un sonámbulo. Por fin cogió la maleta y empezó a descender por la carretera en la cuesta abajo. A unos doscientos metros de él se detuvo Segura y le gritó: “¿Qué le ocurre, Helios? ¿Es que le duele perder de vista el penal? ¡Venga, hombre, olvídese de todo eso y vamos pronto lejos de aquí!”

Helios animó algo sus pasos hacia donde Segura lo esperaba y al llegar prosiguieron juntos, contemplando ambos en lontananza un amplio paisaje hermoso, que los absorbía, después de tan largo encierro. El sol caía pálido tras las cumbres de Reinosa y ya pisando las sombras de la tarde, llegaron a la playa de Santoña.

Se dirigieron al domicilio de unos parientes de Segura. Al llegar, este les presentó a Helios. Ambos fueron muy bien acogidos. Segura les preguntó si había algún medio de transporte para salir en aquellas horas de la tarde para Santander. Le respondieron que hasta la mañana siguiente no. Pero que no se preocuparan en absoluto, porque cenarían allí con ellos, pasarían también allí la noche y podrían salir en la mañana del día siguiente. Y así lo hicieron.

En un espacio plano frente a la playa de la villa de Santoña la música tocaba un pasodoble sobre un tablado. Numerosas parejas de jóvenes de ambos sexos bailaban en una plazoleta con gran regocijo, cercados por numeroso público, que contemplaba el armonioso espectáculo. Otros paseaban por más afuera de una a otra parte. Varios ancianos, sentados en unos bancos, observaban la fiesta y los niños corrían contentos de un lugar a otro con alegre griterío.

“¡Qué contraste! Tanta alegría aquí y tanta miseria y dolor tan cerca de este lugar, en ese dramático penal de la muerte. ¡Cuántos

años que no he visto una fiesta así, sino en sueños!” –se dijo Helios confuso ante tan brusco y repentino cambio ambiental.

Aquella noche se acostó Helios solo en una habitación y Segura en otra. Sobre una amplia cama, con dos colchones de lana, pensó que pasaría feliz aquella noche en largo y profundo sueño, después de tantos años acostándose en el suelo o sobre una colchoneta dura e incómoda. Pero no fue así, apenas pudo dormir.

Al siguiente día, lunes, 17 de abril de 1944, se levantaron temprano. Después del aseo, almorzaron. Se despidieron luego de aquella familia, agradeciéndoles su hospitalidad y partieron hacia la estación del ferrocarril. Esperaban encontrar allí a los que salieron con ellos, pero a ninguno vieron. Helios y Segura fueron los únicos excarcelados que partieron en aquel tren. Se acomodaron en los asientos y pocos minutos después partieron cruzando y bordeando valles fértiles, lozanos y reverdecientes, a través de extensas masas de montañas, que iban quedando atrás. Helios contemplaba con éxtasis por la ventanilla el bello panorama, absorbido en la exuberante belleza de los paisajes.

Alrededor del mediodía llegaron a Santander. El tren para Madrid no saldría hasta el final de aquella tarde. Entraron en un bar, ocuparon una mesa solitaria en un rincón y esperaron allí. Se acercó un camarero joven y alto, de unos 25 años, y en voz baja preguntó:

- ¿Han salido ustedes de la cárcel?

- Sí, señor –respondió Segura.

Por la indumentaria deteriorada, el pelo al rape y tan demacrados, a simple vista se podía deducir que habían sufrido mucho tiempo de prisión.

- Esta gente son unos asesinos de la peor calaña. Por aquí han fusilado a montones y a familias enteras. De la mía, que éramos 8 hermanos y los padres, sólo he quedado yo -Helios y Segura se limitaron prudentemente a escuchar.

- Pidan ustedes lo que deseen para comer y beber, tengo el gusto de invitarles –dijo el camarero sin levantar la voz.

- ¡No, no! Por favor, no se moleste usted –respondió Helios y asintió Segura.

- Nada de molestias, sino todo lo contrario. Les ofrezco esto de todo corazón y les ruego que lo acepten. No me priven de este placer. Deseo ayudarles y siento no estar ahora libre para acompañarlos por la población y hasta la estación cuando vayan a coger el tren –insistió el camarero.

- Bueno, pues, beberemos una cerveza. ¿Qué le parece, Helios? –dijo Segura.

- Sí, de acuerdo –aceptó.

El camarero se fue. Después de un rato volvió con una bandeja llena.

- Aquí tienen ustedes. Dos bocadillos de jamón y dos cervezas para ahora, y estas dos bolsas para que puedan cenar en el tren esta noche.

- Pero, ¿por qué ha de preocuparse tanto por nosotros, hombre? ¿Por qué tiene que hacer tanto gasto? –manifestó Segura.

- Porque deseo obsequiarlos con toda mi atención, que de sobra lo merecen.

Dieron por fin las gracias al camarero y empezaron a comer los bocadillos y a beber poco a poco la cerveza, mientras éste acudió al servicio de otras mesas. Terminado esto, Helios salió, quedando Segura con los equipajes. Tenía que dirigir un telegrama a su hermana Aurora, que habitaba en Elda, pues todavía no tenía su familia noticias de su salida de la cárcel. En Telégrafos escribió el siguiente texto: “En libertad. Llegaré Correo, día 19”.

Al regresar al bar, se acercó el camarero y les dijo:

- Si quieren salir por la población, yo les guardaría los equipajes aquí dentro –señaló al interior del establecimiento.

- Pues sí, lo vamos a hacer, si para usted no es molestia –aceptó Segura.

- En absoluto me causa molestia, amigos, lo hago con mucho gusto. Cojan sus cosas y vengan conmigo.

- Gracias por su amabilidad –dijo Helios, siguiendo al camarero con la maleta, seguido de Segura.

Los dos amigos salieron en un largo paseo por Santander. Fue un hermoso día de sol. Deambularon casi toda la tarde por la capital. Su aspecto personal denotaba claramente su procedencia. La

gente los solía mirar con alguna curiosidad. Algunos se interesaron por iniciar conversación y les preguntaban, compadeciéndoles de sus sufrimientos. Acogían muy bien a los excarcelados y les contaban numerosos crímenes perpetrados por los vencedores en todo aquel territorio norteño. Se aproximaba el ocaso de aquella tarde. El día resbalaba poco a poco en la noche. Los dos amigos volvieron al bar. Conversaron unos instantes con el camarero y, preparados ya con sus equipajes, le reiteraron su agradecimiento, se despidieron y fueron hacia la estación. Tomaron asiento en el tren y esperaron en él largo rato.

Reflejos crepusculinos iluminaban el horizonte. En las partes bajas tomaban densidad y amplitud las sombras. En esto, partió el tren y todo fue quedando atrás, hundiéndose en la noche. Luego de un largo rato de marcha y de paradas en las estaciones, la noche ya dormía mansamente. Dominaba el silencio, ligeramente cortado por el cha-ca-chac del tren. Entre cortos sueños intermitentes, al mirar por la ventanilla sólo se veía fuera una oscuridad densa y en el interior rostros durmientes en incómodas posturas y ojos adormecidos.

El martes 18 empezaba a despuntar. Por debajo de un celaje oscuro, de formas nubosas diversas, contorneadas de un color opaco y lechoso, se abría paso la aurora. Más tarde, sonreía un día apacible y lleno de sol. A través de la ventanilla Helios contemplaba los paisajes, escapando de su vista raudos, iluminados por el resplandor primaveral. En los andenes de las estaciones hormigueaba la gente, subiendo y bajando y una animación laboriosa se veía en los pueblos y en los campos.

En la mitad de este día, los dos amigos se apearon en Madrid. También tenían que esperar allí hasta el final de aquella tarde, como les ocurrió en Santander. Se fueron a un bar próximo de la estación y esperaron allí. Más tarde, mientras uno se quedaba con los equipajes, el otro salía a pasear por los alrededores y, alternándose así, iban transcurriendo las horas de aquella espera. En estos paseos se encontró Helios con varios excarcelados de los que salieron con él, pendientes de la misma combinación de tren para Valencia y para Alicante. Al verlos pensó que corriendo tanto nada habían adelantado.

Se sentían muy cansados de aquel penoso viaje. Deseaban llegar pronto y reposar tranquilos, libres de toda represión. El tiempo parecía pasar demasiado lento y sentían aburrimiento en la espera del final de aquel largo día, hasta que, por fin, llegó la hora de ir a la estación y prepararse para la salida.

De nuevo se encontraron sentados en un departamento del tren. Otra noche mala les esperaba, pero los animaba la idea de que era la última. Después de un rato largo, partió el tren y no tardaron mucho en sumergirse en su última noche de viaje, sin sueño profundo, del que estaban muy necesitados, y sólo en duermevela iban desgranando las horas.

El día 19 empezaba a mostrar su fisonomía. En La Encina hizo maniobra el tren, formando el de Valencia y el de Alicante, y en este ajeteo se despabilaron los dos amigos, como casi todos los que ocupaban el departamento. Helios se levantó del asiento para desperezarse y desentumecer sus miembros largamente oprimidos y en esto vio en el extremo opuesto a dos mujeres jóvenes que seguían el pasillo central del vagón, mirando a una y a otra parte, como buscando a alguien y, de repente, una de ellas corrió hacia él y se abrazó con gran emoción a su cuello, siguiendo un torrente de besos. Era su hermana Aurora. Ya más calmados de aquellos primeros instantes del encuentro, su hermana le presentó a la otra. Era su cuñada María, esposa de su hermano José, encontrándose éste en el servicio militar, y contrajeron matrimonio recientemente. De momento, Helios no conocía a María. Cuando la vio por última vez sólo tenía ella unos ocho años. Después de los afectuosos abrazos familiares, Helios presentó a Segura a su hermana y a su cuñada. Por fin se acomodaron en los asientos y se puso en marcha el tren.

Había despertado totalmente el día. Pronto empezó a salir el sol, iluminando los campos, llenándolos de esa extraordinaria belleza primaveral. Sobre la marcha del tren, Helios contemplaba aquella tierra conocida, tan familiar, que parecía darle la bienvenida, diciéndole seguidamente adiós al quedar atrás. Así llegó a Caudete, Villena, Sax y en unos instantes más se vio sobre el pantano de Santa Bárbara y, de repente, en la oscuridad del túnel. Saliendo

de éste se encontró de súbito frente al valle de Elda, radiante de un claro sol y, de seguida, en la estación.

“¡Tierra querida! ¡Cuántas veces te he añorado en estos años tan tenebrosos y tan lejos de ti! Cuando pasé por aquí, en aquel atardecer triste, con aquella expedición de prisioneros, te dije adiós con mucha pena en mi corazón, sin esperanza de volver. Ahora te veo de nuevo y siento fuertes deseos de contemplarte con ternura. Tú me recibes de nuevo con los bellos colores de tu primavera”, exclamó Helios para sí al salir del túnel.

Un silbido del tren anunció su presencia. Fue reduciendo la marcha, chirriando los frenos, hasta parar frente a la estación. Helios y sus familiares se despidieron de Segura. Este siguió a su pueblo, a Novelda, y los otros bajaron, dirigiéndose a pie al centro de la población, a un kilómetro de distancia. Luego de unos minutos, llegaron al número dos de la calle de Santa Ana, donde habitaban las hermanas Ana María y Aurora.

De nuevo tuvieron lugar los abrazos y los besos, acompañados de lágrimas de alegría. Todos los familiares de Helios que vivían en este pueblo fueron a verlo y también algunos amigos que se enteraron de su salida de la cárcel.

El recuerdo de Elia ocupaba por completo la mente de Helios. Hizo un examen detenido de aquel asunto de los dos y decidió por fin ir a verla en aquella tarde. Habitaba muy cerca, a unos doscientos metros, en el número dos de la calle de la Purísima. Ya a unos pocos metros de su casa, la vio salir a la calle con un cubo de agua en las manos, empezando a rociar enfrente de su casa. Ella lo vio después, casi llegando a su puerta y, de repente, quedó inmóvil y perpleja, sin saber qué hacer, completamente atónita. De momento, al verla tan desconcertada, Helios se limitó a saludarla simplemente, como lo hubiese hecho cualquier amiga, esperando sus manifestaciones y observando con calma todos los gestos expresivos de ella, intentando penetrar en su interior, hasta que, después de breves momentos, exclamó ella con voz baja:

- Pasa, pasa aquí dentro de la casa, Helios –al tiempo que cruzaba nerviosa el portal con el cubo aún cogido, el cual dejó en una orilla.

No lo invitó a sentarse. Estaban los dos de pie en la entrada. Al verla él con tanto desconcierto, le dijo con suavidad y calma:

- ¿Cómo te encuentras, Elia?

- No estoy bien, Helios, ya te lo dije –respondió muy nerviosa y humedeciéndose los ojos.

- No me esperabas ya, ¿verdad, Elia? Por fin he salido de aquel infierno, para venir a este, que no lo creo mucho mejor. ¡Cuánto hubiese deseado que este encuentro no hubiera sido tan confuso y frío! –manifestó él, con una sombra de tristeza.

- Tengo muchas cosas que decirte, pero no puedo ahora, me encuentro muy nerviosa. Me ha impresionado mucho tu llegada tan de repente y hasta que me serene un poco... -dijo ella

- No te preocupes. Te comprendo. No quiero que te sientas incómoda en mi presencia. Ya tendremos tiempo para hablar y darnos explicaciones y decidir acerca de nuestras cosas.

Hubo unos instantes de silencio entre los dos que, haciéndose embarazoso, rompieron con la despedida, estrechándose de nuevo las manos. Helios volvió a casa de sus hermanas y allí pasó aquella tarde, preocupado por aquel asunto tan entrañable.

El jueves por la mañana, 20 de abril, salió Helios para el campo de Cofer, a unos 35 kilómetros de allí, acompañado de sus hermanos residentes en Elda, para reunirse con sus padres y otros hermanos menores que vivían con ellos. El excarcelado viviría provisionalmente allí, cediendo al deseo de sus padres, que con insistencia se lo habían comunicado en varias cartas al penal. Aunque su propósito fue fijar su residencia en cualquier pueblo fronterizo con Francia de la costa mediterránea, con el fin de evadirse al país vecino en cuanto tuviera ocasión.

Al pasar por Novelda, mientras esperaban el autobús que los llevaría a La Algueña, visitaron a Segura que habitaba junto a la estación de autobuses. Este los invitó a tomar el café en su casa, donde charlaron un rato. Se despidieron después y fueron a continuar su viaje.

A media tarde llegaron a La Algueña. Aquí los esperaban los dos hermanos menores, Rosalía y Manuel, acompañados del pequeño Germi, de 7 años, hijo de Helios, sin madre. Después de tanto tiempo sin verlos, como es natural, habían crecido y transformado mucho.

Fue tan emocionante el encuentro que desbordó las lágrimas de Helios entre aquellos abrazos y besos tan llenos de amor y alegría.

Desde La Algueña al campo de Cofer median unos 9 kilómetros. Partieron a pie por un camino de carro, a falta de medios de transporte. Poco después de este pequeño pueblo rural, cogieron el centro de una rambla, en dirección sur que, por esta parte, limita las provincias de Alicante y Murcia. Próximos a un caserío llamado El Cantón, salieron de dicha rambla por la orilla izquierda, siguiendo el sendero por el que fueron trepando hasta un collado entre dos colinas de monte bajo. Enfrente, a unos tres kilómetros en dirección este se veía toda la falda de la sierra de Cofer. Al llegar a esta altura, se detuvo Helios y contempló con añoranza el panorama que ante él se extendía: la tierra de su infancia. Entre ella, la vivienda casi en ruinas construida por sus abuelos, que ahora ocupaban sus padres y sus hermanos menores. Aquel viejo aljibe, la era y el pino gigante.

Descendieron del collado, siguiendo la senda que, al dejar atrás el monte, continuaba por el pie de un ribazo muy largo, dejando atrás bancales a una y a otra parte del sendero. Pronto llegaron a una casa de



“Nuestra morada de Cofer y sus alrededores”.

campo, llamada del Tejedor, que dejaron por su izquierda. Siguiendo ahora un camino de carro en un tramo de alrededor de medio kilómetro en dirección sur llegarían a la vieja vivienda de su destino.

Advertidos los padres de que sus hijos venían cerca, corrieron a campo traviesa cuanto les permitía sus escasas fuerzas al encuentro del hijo ausente tanto tiempo, que muchas veces pensaron con desesperación que no lo volverían a ver. Su madre iba delante y unos metros detrás su padre, hundiendo los pies en la tierra recién labrada, agobiados por una tremenda emoción, con una alegría indescriptible. Al llegar la madre primero, lo abrazó muy fuerte, llena de congoja y de lágrimas. Llegó seguidamente el padre y los tres formaron un núcleo fuertemente unido por los abrazos y besos de ternura, por una inmensa fuerza de amor. Fue una extraordinaria escena de inmenso valor humano. Los restantes quedaron de pie en rededor, silenciosos, contemplando la tierna escena. ¡Cuánta alegría se acumuló en aquellos corazones, después de tantos años de ausencia y de sufrimiento! Aquella desbordante emoción no dejaba lugar a las palabras, hasta que se fueron calmando y serenándose los tres mientras iban enjugando sus lágrimas.

Por fin partieron todos en grupo hacia la morada campestre, a unos metros de allí, solitaria y llena de historia familiar, entre campos y montañas, en un silencio delicioso, que sólo rompía armoniosamente el canto de los pájaros.

En la antigua morada, muy amplia, hay ahora gran júbilo. Un alboroto de voces y risas cambian de repente el ambiente de aquel hogar centenario, antes penoso y melancólico. Se encontraban juntos otra vez, excepto dos: José, esposo de María, que se encontraba incorporado recientemente al servicio militar, y Juan José, esposo de Ana María, que fue fusilado por el fascismo, dejando una niña de unos meses, Adelia.

Era el final de una tarde quieta, muy apacible, suave como una caricia. Antes de que se durmiera el día, Helios quiso visitar aquellos alrededores por los que tanto había correteado en su infancia y salió solo, caminando por aquel campo de misteriosa calma, lentamente, contemplando aquel paraje tan lleno de recuerdos, escuchando el canto delicioso de la campiña solitaria.

La noche se difundía lentamente como una leyenda por las partes bajas, trepando por las colinas a las cumbres de las montañas. Así lo iba cubriendo todo bajo de su manto oscuro y el soplo de la brisa, delicioso como los besos, revoloteaba sobre el rostro de Helios. Poco a poco volvía al hogar, ora lleno de felicidad y ora invadido por alguna ola de recuerdos tristes.

Llegó cuando ya era densa la noche. Continuaba el bullicio y la alegría en aquella casa, tanto tiempo triste, que albergaba ahora una familia numerosa, que por fin se pudo reunir de nuevo. Las mujeres se movían preparando la cena. El mejor de los banquetes hubieran querido preparar, pero las escasez y la extrema pobreza oprimía aún demasiado a los vencidos y poco se podía hacer en tal sentido. No obstante, aún con tanta pobreza, pudieron saciar su apetito en aquella cena familiar, si no de ricos manjares, de cosas modestas, preparadas con tan buen gusto y con tanta alegría que en conjunto nada dejaba que desear. Fue una noche feliz, quizás la más hermosa en las vidas de aquellos seres que tanto habían sufrido.

Después de la cena, fueron llegando los vecinos de la casa del Tejedor, la más próxima, a medio kilómetro de allí. El tío Antonio y la tía Encarnación, de unos 55 años de edad, y media docena de hijos, desde los seis o siete a los veinte o veintidós años, todos sencillos trabajadores del campo. Fue una velada muy agradable, en honor al recién vuelto a la vida civil. Se recitaron poesías, se narraron cuentos y chistes, se contaron historias y hablaron de muchas cosas hasta la media noche, todos formando un semicírculo en la amplia cocina campestre. Por último, los visitantes se despidieron y los de casa empezaron a organizar los dormitorios, que no fue cosa fácil para tantas personas.

Desde algún tiempo, Helios sufría de insomnio. Aquella noche apenas durmió unas tres horas. Se despertó antes de que empezara a amanecer la aurora y en silencio, para no despertar a nadie, cogió algunos de sus libros favoritos y se dirigió por un sendero a la cumbre de la sierra de Cofer. En lo más alto, respiró hondamente la brisa pura y fresca de aquella hermosa mañana del 21 de abril.

Perdida su mirada y sus pensamientos por los extensos panoramas en lontananza, se detuvo contemplando desde aquella altura

Alicante y su costa entre la bruma, a unos 45 kilómetros de distancia, en dirección este, y los recuerdos de toda índole llegaban a él, atropellándose unos a otros. Anduvo por la cumbre del monte, deteniéndose en varios puntos muy conocidos por él, que le recordaban tiempos lejanos de su infancia, por donde correteaba en compañía de otros muchachos vecinos. Deseaba contemplar desde aquella altura la salida del sol, que en tantos años no había visto desde allí. Como amplio disco encendido, de rojo vivo, emergía entre la bruma del mar. Pocos minutos después, los rayos solares horadaban unas nubecillas aborregadas y extendía sus dorados reflejos como un abanico sobre las alturas del paisaje.

“¡Qué hermosa es la libertad aquí en plena Naturaleza! En estos momentos me siento libre como los pájaros. Aquí se aspiran los exquisitos perfumes de la vida. Por donde he pasado durante tantos años de mi vida, por esa civilización tan mal orientada, tan mal entendida, todo fue y es violencia, corrupción y muerte. En ese estado de cosas no puede haber justicia ni libertad. Se vive en el cieno de una inmensa charca y pocos todavía levantan la cabeza para mirar la claridad de las estrellas, para respirar el viento puro de las alturas, para escuchar la voz de la Naturaleza y su bella sinfonía, y los consejos sabios de esa madre de todo, que tanto nos quiere y que tan mal le correspondemos” –pensó en su soliloquio.

De cara al sol, se sentó en la cumbre y empezó a leer los párrafos de sus libros que marginara y marcara hacía bastantes años. Le pareció encontrarse con aquellos autores queridos, intercambiando con ellos cordiales saludos, como viejos amigos, después de tantos años de ausencia.

Saturado de aquellos vientos de libertad, tanto tiempo perdidos, empezó a descender del monte, regresando a la casa de campo, en la que almorzó con su familia. “Esta mañana es la más hermosa de mi vida. Se aprecia de veras el valor de estas grandes cosas cuando se pierden y se adoran cuanto merecen cuando se recuperan, como ahora me ha ocurrido” –pensó meditando en su paseo por los alrededores de la morada después de almorzar.

Aquí pasaron unos días toda la familia. Luego quedaron allí los padres, los hijos menores y Helios, regresando los otros a Elda.

12. Libertad vigilada

Si era vigilada ¿cómo podía ser libertad? Pero ésta era la única libertad falsa que se podía vivir en el fascismo. Siempre vigilado, perseguido y expuesto a caer otra vez en la cárcel. Dos días después, Helios tuvo que presentarse por primera vez en la Junta de Libertad Vigilada, establecida en Hondón de las Nieves, a unos 13 kilómetros al este de Cofer. En lo sucesivo seguiría presentándose, como norma obligada, el último día de cada mes. No había medios de transporte y esta distancia tenía que andarla y desandarla a pie, siendo 26 kilómetros de recorrido en cada presentación.

El secretario de la Junta lo era también del Juzgado Municipal. Era un hombre de unos 45 años, alto y delgado, moreno y con cara de pocos amigos. Le faltaba el brazo derecho y escribía con la mano izquierda. Los cargos que ocupaba no obedecían a su capacidad profesional, sino a su alto grado de fascista. Al presentarle Helios sus papeles, se puso los lentes con su única mano, como si mirase con una lupa, y moviendo de vez en cuando la cabeza en sentido negativo a medida que leía. Ni siquiera lo invitó a sentarse y Helios permaneció de pie esperando. Transcurrido un rato, dándole vueltas a los papeles, dijo por fin:

- ¿Cómo es posible que con 30 años de condena, conmutado de la pena de muerte, haya salido usted en libertad? De los que se presentan aquí, el de mayor condena son 12 años.

- El decreto correspondiente comprende de los 20 a los 30 años –dijo Helios.

- ¡No, no! ¡Bueno! De todas formas esto no lo veo claro –manifestó lleno de dudas el Manco, y añadió después de una pausa: ¿Qué ha hecho usted para esta condena?

- Poco más o menos lo mismo que todos los que han tenido la desgracia de perder la guerra –respondió Helios con aplomo.

El Manco lo miró por encima de las lentes, guardó silencio unos instantes y dijo después:

- ¡Ea! Ya veré todo esto. Se ha de presentar usted aquí el último día de cada mes, siempre que no sea festivo, en tal caso en el día siguiente. No puede salir del lugar donde está sin el permiso de esta Junta, ni reunirse con nadie bajo ningún pretexto. No olvide que, donde quiera que esté, será vigilado. Ya se puede marchar.

Mediante un adiós frío, Helios salió de allí, con el convencimiento de que había caído muy mal al representante de la Junta y, por consiguiente, no lo dejarían vivir en paz.

Al mes siguiente y en los sucesivos, ya fue Helios a presentarse en compañía de otros campesinos excarcelados de aquellos alrededores. La pareja de la Guardia Civil recorría con frecuencia aquellos campos y aldeas, por donde tenía algunos cómplices del Somatén. Era muy importante que los excarcelados conocieran a estos auxiliares soplones de la Guardia Civil y Helios los fue localizando muy pronto.

Vicente el Soldat era un hombre de alrededor de 46 años, excarcelado, campesino bondadoso y honrado, alto y fuerte, que vivía solo en una cueva, en la falda de la sierra de La Solana, frente a Cofer, a un kilómetro y medio de distancia, donde tenía unos trozos de tierra, que cultivaba y de la cual vivía. Su familia habitaba en La Algueña, a unos 9 kilómetros al oeste. Helios lo visitaba con frecuencia. En la cárcel de Monóvar, recién terminada la guerra, se encontró con él y con su padre. Este último era un hombre bajito y regordete, de unos 70 años, motejado el Soldat. El padre y el hijo anduvieron juntos mucho tiempo por las cárceles de Monóvar y de Alicante y por fin salieron en libertad condicional.

Vicente era casado y tenía una niña. Cuando salió de la cárcel, volvió a su casa, pero su esposa, influenciada por las monjas de su pequeño pueblo, se negó obstinadamente a convivir con él, considerándolo como algo despreciable, como si hubiese estado encarcelado por ladrón o asesino, consecuencia esto de la propaganda falaz y ponzoñosa de los vencedores, que en este sentido solían

influenciar a los ignorantes. Ante esto se tuvo que retirar solo a la cueva citada, completamente solitaria al pie del monte, donde permaneció por espacio de 30 años, de 1943 a 1973, que por fin se reconcilió con su esposa, viviendo juntos en Elda con la única hija que tenía el matrimonio.

El sufrimiento de este hombre a través de tantos años en aquella soledad, como si no tuviera a nadie en su vida, abandonado al pie de aquella montaña, fue un drama tremendo, de los muchos que por idénticas circunstancias se dieron entonces. Helios lo visitaba con frecuencia y conocía a fondo los pormenores de su tragedia, porque el Soldat, ansioso de compartir con alguien sus pesares, le hablaba de ellos con frecuencia.

La vivienda de los ascendientes de Helios estaba ubicada en la umbría de Cofer, a unos 500 metros de las estribaciones de la sierra de igual nombre. Era subterránea, muy espaciosa por dentro, con varios departamentos, entre ellos 3 dormitorios, un horno y una bodega muy amplia en la que conservaban el vino en varios toneles, grandes y más pequeños, y también en ésta había un cubo de unos tres metros de hondo, sobre el cual se pisaba la uva, y una prensa de madera y hierro, quizás del modelo más antiguo.

Fuera y junto a la cueva citada había, de paredes de piedra, yeso y tierra, un departamento llamado “el pajar”, con abertura a la calle de la cueva. Lindando con éste, sobre la vivienda, se levantaba otro departamento de igual construcción, llamado por la familia “la cambrica vieja”, pero con la puerta orientada al este, sobre la era, en sentido opuesto a la de la cueva. En plano más bajo y junto a ésta última y a un corral, hay otro pequeño local, de construcción más reciente, que llamaban “la cambrica nueva”, cuya puerta daba a la misma calle de la vivienda.

Desde la era, frente a la “cambrica vieja”, baja una vertiente que, bordeando por el norte un pino gigante, y por la parte opuesta con las paredes del corral, pegado éste a “la cambrica vieja” por el sur y a la “nueva” por el oeste, desemboca en un aljibe muy grande, en el que se conserva el agua de una a otra lluvia. El ramaje de los árboles cae sobre la misma calle de la cueva: olivos, almendros, albaricoqueros y granados.

En aquella primavera y verano Helios dormía en “la cambrica vieja”, frente a la era, y cuando sentía calor tendía el jergón en la puerta por las noches. Mientras se dormía, contemplaba tendido las estrellas y escuchaba el ric-ric de los grillos y el cout-cout de los mochuelos, abundantes en aquella campiña. Cuando despertaba y no podía coger de nuevo el sueño, en ese concierto de la noche paseaba por aquella era, por aquellos alrededores campestres, y en sus insomnios rebeldes subía en plena noche a la cumbre de la sierra. En las noches plateadas por la luna deambulaba durante varias horas y a veces se sentaba al pie de algún gigantesco romero o adosado al tronco de algún pino y solía quedar dormido, hasta que los reflejos de la aurora o de los rayos del sol matinal lo despertaban.

En esta soledad, en esta quietud tan suave de aquel campo, fue desfilando por su mente la historia entera de su vida, apareciendo con claridad absoluta en su pantalla mental. Sobre las experiencias vividas, tenía que tomar nueva posición, apoyándose en bases muy sólidas, para una lucha más eficaz que le permitiera vencer los tantos obstáculos que tenía ante él y seguir adelante. Tal preparación personal se estaba forjando en aquel asueto, después de tantos padecimientos y peligros hasta entonces vencidos.

En las primeras semanas, llegaban de varios lugares limítrofes visitas de familiares y amigos a medida se fueron enterando de su llegada. Algunos de éstos se encontraban también en libertad condicional.

Ya a mediados de mayo, se había organizado sus libros y todo su material de escritorio en la “cambrica nueva”, que era el lugar de más luz. Trazado su plan de recuperación y entrenamiento, para incorporarse cuanto antes a sus funciones profesionales en alguna empresa de Elda, empezó su tarea. Tenía grandes obstáculos ante él: ponerse en las condiciones necesarias, ya que su salud no era buena, lo cual le producía deficiencias físicas y mentales; encontrar colocación, que ya era difícil para él, en su condición de excarcelado, y que los jerarcas fascistas le concedieran el traslado, al encontrar colocación. Tenía que luchar contra estos obstáculos y otros muchos imprevistos que surgirían, vencerlos y reconstruir su hogar desecho completamente.

El día 22 de mayo de aquel año de 1944, dándole vueltas al asunto entre Elia y él, tomó una decisión y le escribió la siguiente carta:

“Querida Elia: ¡Cuánto me ha costado empezar esta carta! Romper contigo es como rasgar algo de mi vida, que me duele en lo más profundo del alma. Pero tengo que hacerlo, Elia, si tú no me ayudas a encontrar otro camino.

Deseo que hagas un paquete con todos mis libros, mis cartas y demás cosas que posees, y lo llesves a casa de mi hermana Ana María, de donde los recogerá mi otra hermana Rosalía, que irá a ésa del 3 al 5 de junio y me lo traerá todo aquí.

Siento muchísimo pedirte mis cartas porque, a pesar de todo, sé cuánto significan para ti. Pero después de nuestra entrevista reciente, he llegado a la dolorosa conclusión de que debemos decirnos adiós, aunque esto sea muy triste.

Me he enterado de tu propósito de formar un hogar con otro hombre, lo cual no me has dicho, y éste es el motivo de pedirte las cartas.

Creo haberte dado suficientes pruebas de sentir por ti un gran amor, y da mucha pena destruir esto tan hermoso. También tú me has repetido con dulzura a través de varios años que me amabas con toda tu alma. Así, pues, ¿qué nos ha ocurrido, Elia?

Me dijiste en una carta muy triste, recibida en El Dueso, que te olvidara porque te encontrabas muy enferma y no me podrías hacer feliz nunca, y que tu mejor deseo era darme la tanta dicha que merezco. Pero un duro contratiempo te lo impedía, sin dejarte ninguna esperanza. No vi esto claro ni lógico entonces y mucho menos ahora. No encuentro en ello una forma de pensar coherente y me hubiera gustado descubrir con más claridad tu verdadero fundamento.

A pesar de esto, mi cariño no dejó de ser lo que fue. Te di ánimo y te transmití mi fe en nuestro mañana. Te dije que los obstáculos que entonces nos impedían ser felices quedarían atrás y ya sobre una mar de calma se realizarían felizmente nuestros propósitos.

Seguiste contestando lacónicamente a algunas de mis cartas, con cierta frialdad, pero muy pronto guardaste un silencio absoluto, sin explicarme el motivo, y mis escritos que siguieron quedaron sin

respuesta. Tal silencio me produjo un dolor tremendo que, encima de mi situación tan extremadamente grave en aquellas condiciones de condenado, me sentía mortalmente herido y aplastado, sin que una mano amiga me ayudara a levantarme y me diera su calor. Tuve la sensación de hundirme en el fondo de un abismo tenebroso. Sufrí el mayor dolor de mi vida. No me podía resignar a perderlo.

Así fueron pasando los años, como envuelto en una sombra siniestra, debatiéndome en la impotencia. Por fin salí de aquel encierro y, ¡ya ves lo que me encontré! Mi mayor anhelo era abrazarte muy fuerte al regresar, retenerte en mis brazos con todo el cariño de mi vida. Pero, ¡qué fría realidad! Me recibiste porque no te fue posible evitar el encuentro. Lo comprendí con mucha pena en mi corazón y esto me produjo aún más daño. ¿Por qué todo esto, Elia?

¿Qué juicio crees que debo formarme de ti ante tales hechos? ¿Qué te impidió ser sincera conmigo? El amor sólo con amor se puede compensar, pero el mío, siendo tan grande, no ha tenido esa compensación.

Tú eras una vida mustia y muy triste. Yo te di todo el calor de mi corazón y desperté en tu alma una llama sublime, un horizonte de vida por el que valía la pena luchar. Así me lo dijiste varias veces y así era. A pesar de todo, sé que aún me quieres, pero ¿qué te ha ocurrido, Elia? ¿Por qué has destruido tan bello encanto? ¿Por qué has matado aquella felicidad tan hermosa, que tan grato significado daba a nuestras vidas?.

Sé que te haría desistir ahora de tu propósito respecto a unirte con otro y realizaríamos nuestro objetivo de ayer, porque tú y yo estamos unidos por algo tan fuerte que sólo podría destruir la muerte. Pero no, ahora ya no quiero hacer nada para ello, he perdido mi fe en ti y esto sería un obstáculo para nuestra buena convivencia. Así, pues, esto que aún nos une, se mantendrá más puro y más bello en el silencio de nuestros recuerdos, donde permanecerá incontaminado, como un perfume puro que aspiráramos en nuestros sueños y en nuestras solitarias meditaciones. Dejémoslo ahí, Elia; ahí, en secreto para los dos.

Con un abrazo mucho más fuerte que aquel último –lo recuerdas, ¿verdad?- te digo adiós, Elia”.

Él siguió en aquel campo, haciendo sus cosas preparatorias, esperando mientras la respuesta de Elia, hasta que llegó en los primeros días de julio. Abrió el paquete y fue contemplando con pena las cosas que le enviaba ella, impregnadas de su perfume. Por último, entre los libros y el paquete de cartas vio un sobre, lo abrió y extrajo de él una carta –sin fecha por olvido–, en la que le decía:

“Helios: Siento muchísimo devolverte tus cartas, pues las guardaba como los mejores recuerdos tuyos. No me explico cómo pude ser tan cruel contigo; muchas veces me lo pregunto y no encuentro justa respuesta. Es cierto que he sido ingrata, lo comprendo.

Toda mi vida sufriré este error mío; el remordimiento no me deja ni me dejará vivir en paz. Esto y mi mal estado de salud, creo que pondrán fin a mi vida y a mis sufrimientos. No deseo vivir sin ti. Me he propuesto no hacer nada para curarme; así acabará antes mi vida. Sigo tuberculosa, Helios.

Te pido un favor: que nadie se entere de esta carta. Con mucha razón, podrías odiarme, despreciarme.

Te quiero mucho, muchísimo, como te he querido siempre y sigo queriéndote más, aunque no lo creas, después del daño que te he hecho, esta es la verdad.

Lo que más deseo ahora para ti es que te restablezcas completamente y que tengas mucha suerte.

Adiós, Helios”.

Realmente, Elia sufría tuberculosis pulmonar, de un proceso lento, que la pudo haber curado al principio; pero no hizo nada para esa curación y siguió el proceso de su enfermedad. Su actitud carecía de buen sentido y, en su caso, fue un atentado contra la propia vida que la Naturaleza no perdona. El imperativo vital, al que estamos sujetos por ley de vida, nos aconseja todo lo contrario y sólo los que lo obedecen fielmente, tendrán como compensación la salud y la alegría de vivir, tesoro de nuestra existencia.

Elia no se había encontrado a sí misma y, por consiguiente, no se había autorrealizado tampoco, careciendo de su propio gobierno. En aquellas graves circunstancias, rodaba por su vida como una hoja seca arrollada por el huracán, sacudida por su confusión y desánimo, sin voluntad ni fe en sí misma para seguir un rumbo

que la condujera a puerto alguno. Los fuertes contratiempos, aquel terrible vendaval, casi la había destruido y cayó en la oscuridad de un tremendo caos.

Después de leída la carta, Helios sintió mucha tristeza. Pero se fue rehaciendo, entregándose a su tarea de resolver sus duros y numerosos problemas que, sin encontrar aún la solución a ninguno, se iban acumulando a otros nuevos. La lucha era dura, muy dura, pero tenía que seguir adelante para no ser aplastado por aquel infortunio y así pasaban los días lentos y penosos, acorralado en aquel campo.

Se padecía escasez de todo; la penuria económica se acentuaba más cada día. Helios sentía con alarma un decaimiento mayor de su escasa salud. Trastornos de todo tipo aumentaban en su organismo, tantos años castigado. Largos y persistentes insomnios le creaban trastornos mentales alarmantes. Su desequilibrio nervioso empezaba a ser grave. Cualquier médico estaba lejos de allí y tampoco tenían dinero para pagarlo. Se sentía huraño cada día. Rehuía el contacto con los demás. Hacía todo lo posible para estar solo. Su carácter se hacía más áspero y agresivo. Tenía los síntomas de una esquizofrenia paranoide, con alguna otra complicación.

Una mañana, al bajar de “la cambrica vieja” donde dormía, llegando a la calle de la vivienda, oyó a su hermana Rosalía gritar al pequeño Germi: “¡Borde! ¡Eres un borde!” Esto le produjo un choque nervioso tremendo, se enfureció, entró en la cueva y cogió una silla para golpear a su hermana. La madre se interpuso, intentando la calma. Helios dejó la silla y volvió descompuesto a la “cambrica nueva”, cerró la puerta y quedó dentro, tendido en el suelo, sin poderse dominar, sollozando, con una congoja que lo consumía. Luego de un rato largo, tras profunda meditación, empezó a recuperar la calma, mientras se decía: “El niño es difícil de soportar, porque hace muchas trastadas; pero es un niño sin madre y lo único que me queda de mi destrozado hogar. Al decirle borde de esa manera, ha sido como la última gota que ha desbordado el vaso de mi amargura. Si me encontrara bien, si no sufriera tanto dolor, mi intervención hubiese sido pacífica, y con serenos razonamientos, todo hubiera resultado bien. Así, este día es sumamente doloroso para todos, y

lo estoy sintiendo en lo más profundo de mi alma. Pero, es que estoy enfermo y cercado por todas partes y no encuentro la forma de romper esta cadena que tanto me oprime. He salido de la cárcel y me encuentro en otra, aunque más amplia pero con muchos más problemas también. Quizás hubiera sido mejor que aquella madrugada, en vez de conmutarme la pena de muerte, hubiera terminado ante el piquete de ejecución, con aquellos compañeros caídos en aquel amanecer”.

Poco más tarde, al bajar Helios a la vivienda para almorzar, también se produjo otro incidente: el padre, ya bastante viejo y de pauperado, ordenó a Manuel —el hijo menor, de unos 16 años entonces— que fuese a hacer un trabajo y éste, con evasivas, se negaba a ello. En esto, el viejo se dirigió al interior de la cueva para hacer alguna cosa, y Manuel salió sonriendo burlonamente, como victorioso contra el mandato del viejo. Entrando entonces Helios, observó todo esto, y viendo que su hermano menor se burlaba de aquella manera del padre, le reprendió y éste le contestó con altanería. Entonces Helios le sacudió tres puñetazos y lo derrumbó en la puerta de la cueva; Manuel se levantó e intentó replicarle con agresión y otra vez lo echó al suelo con dos puñetazos más. A oír este altercado, el padre y la madre salieron de la cueva, se interpusieron entre los dos hermanos y quedó aquí el asunto terminado, pero con un tremendo disgusto para todos.

La familia tenía en aquel campo un perrito muy menudo, no porque fuese joven, sino por su condición de raza, al cual estimaban mucho. Otro perro mayor ambulante, muy flaco, lleno de pulgas, garrapatas y sarna, que parecía tener dentro del pellejo sólo los huesos, venía por allí casi todos los días, dejando por todas partes aquella miseria que llevaba. El perrito de la cueva le ladraba agresivo, pero como el otro era mucho más grande, no lograba echarlo de allí. Helios pensó que, tal como estaba aquel animal intruso, matándolo acabaría de padecer. Lo intentó varias veces, pero le daba lástima. Una mañana lo vio merodear por allí y cuando se acercó a la cueva, lo fue a buscar, preparado con una vara larga y gruesa decidido a darle un golpe en la parte más sensible, para que muriera instantáneamente con el mínimo sufrimiento. Pero cuan-

do fue a descargarle el golpe, salió el perrito pequeño como una flecha disparada hacia el perro intruso, sin ladrar, y no habiéndose apercebido de ello Helios, le alcanzó el golpe al pequeño encima de la nariz y quedó pataleando unos instantes, muriendo seguidamente junto con el otro. También el disgusto fue enorme para todos. Otro día sombrío, de rostros mustios y huraños, de silencio y de malhumor.

Todos estos acontecimientos tuvieron lugar en pocos días y en éste último se recogió Helios solo en la siguiente meditación:

“¡Qué desgraciada causalidad! Cuando iba a descargar el golpe al perro grande, de repente, se ha lanzado encima el pequeño y sin darme tiempo para detener el golpe, he matado a los dos. ¡Qué fatalidad! No sé el porqué todo me resulta mal. Parece que todos los males de esta vida se conjuran contra mi. Tengo necesidad urgente de salir de aquí lo más pronto posible, abrirme paso, ganar dinero y crearme mi propio medio de vida y dejar de ser un peso para los demás. ¡Qué arrepentido estoy de haber fijado aquí mi residencia, donde no tengo ningún medio que me permita reanudar mi actividad profesional, para ganarme el sustento y tener conmigo el niño! Mi salud va empeorando y no tengo ningún remedio a mi alcance. Carezco de ropa y de todo recurso económico. Muchas veces me siento un hombre acabado, aunque sólo tengo 35 años. Por encima de todo he de salir de aquí antes de que me hunda más y adaptarme en lo posible al ambiente actual, aunque interiormente lo rechace, en el que me veo obligado a vivir. Ya lo tengo decidido y voy a empezar este duro combate”.

Unos días más tarde, se levantó Helios muy temprano y empezó a prepararse para su presentación en la Junta de Libertad Vigilada. Otra vez tenía que hacer el recorrido mensual de 26 kilómetros. Mientras se aseaba, se notó en la parte inferior del antebrazo izquierdo un punto rojo, como la picadura de un mosquito. Empezó a serle sospechoso a medida que se hacía mayor y enrojecía más. Al día siguiente era ya del tamaño de un garbanzo. Empezó a aplicarse fomentos y todo lo demás que sabía, mientras el mal empeoraba más cada día, hasta que ocho días más tarde, la hinchazón era tremenda: le alcanzaba hasta el hombro y la mitad de la cabeza. Entonces llegó a la conclusión de

que era una pústula maligna –carbunco-. A partir de aquí, se notaba una fiebre altísima y malestar general, que denotaba gravedad. Entró la noche y se sintió tan mal, que pensó que aquello era su final. Al mediodía siguiente, su familia hizo las gestiones acerca de los vecinos más próximos de la casa del Tejedor y decidieron llevarlo en un carro y una mula del tío Antonio a La Algueña –no había otro medio de transporte-, para que lo viera el médico. Pusieron un jergón en la parte posterior del carro, sobre el cual se acomodó lo mejor posible Helios. Delante iban Vicente, hijo del tío Antonio, y Rosalía, hermana de Helios. No había carretera, era un camino bastante escabroso y en cada piedra u hoyo que cogían las ruedas, el enfermo se estremecía de angustia. La distancia era de 9 kilómetros, mas al enfermo le pareció aquel viaje una eternidad y pensó en algunos momentos que cuando llegara quizás no hubiera remedio para su mal.

Ya a la media tarde llegaron al pequeño pueblo rural. Casi en el centro, preguntaron por el domicilio de don Trinitario, médico muy popular allí. Poco después, el carro se detuvo a pocos metros de la puerta. Con mucha dificultad, el enfermo bajó del carro con la ayuda de sus acompañantes y caminó poco a poco, acompañado de su hermana, hasta llegar al zaguán de una puerta. Por la frente le perleaba un sudor helado, sentía ora calor ora frío, temblaba y le castañeaban los dientes. Apretando el botón de un timbre, a los pocos segundos se abrió la puerta y apareció una señora alta, delgada y morena, de unos 50 años, y después de un breve saludo, se adelantó ella preguntando:

- ¿Qué desean?
- ¿Está don Trinitario? –inquirió Helios.
- Sí, señor, pero no puede atender enfermos, porque se lo tienen prohibido –dijo la señora.
- Por favor, tenga la bondad de decirle que soy un amigo suyo; que él y yo estuvimos juntos en la cárcel de Alicante y que tengo un carbunco y me encuentro en un estado grave.

La señora, indecisa unos instantes, por fin volvió al interior para comunicar esto al médico. Volvió pronto y dijo:

- Pasen –acompañándolos hasta la puerta de una sala de consultas, la cual estaba abierta.

- Pasen, pasen –invitó el doctor desde el umbral de la puerta.

- Penetraron en el interior y se saludaron los dos excarcelados. El enfermo intentó explicar al doctor sus circunstancias, mostrándole la pústula y en esto se desplomó en medio de la sala desvanecido. Allí mismo, tendido en el suelo, el médico le inyectó algo para reanimarlo y esperó, paseando de una parte a otra de la sala, fumando un cigarrillo. Ya volvió en sí poco a poco el enfermo, oyó aún confuso:

- ¡Laura! –el médico llamaba a su hija-. ¡Laura! –gritó más fuerte, porque no lo había oído la muchacha.

- ¿Qué quieres papá? –respondió la joven acercándose a la puerta.

- Toma esta receta, ve a la farmacia y que te den esto; pero deprisa. Di al farmacéutico que ya se lo pagaré.

Ya más reanimado el enfermo, dijo el doctor:

- ¿Cómo te encuentras?

- Mejor –respondió el enfermó.

- ¿Te puedes incorporar?

- Lo intentaré –respondió Helios, levantándose poco a poco.

- Prueba a subir aquí –le indicó una camilla, sobre la cual se tendió ayudado por el médico y por Rosalía.

- Es un carbunco, ¿verdad? –inquirió Helios.

- Sí, y pasado, que es lo más grave –respondió el médico con un gesto de preocupación-. Lo más importante ahora es que tengan aquí esas inyecciones.

Después de un rato, Laura entraba en la casa y el médico le preguntó con inquietud, antes de llegar a él la muchacha:

- ¿Las tenía?

- Sí, aquí están –respondió, entregándole el medicamento.

En el rostro del médico se reflejó alegría. Preparó la inyección y se la puso en el brazo derecho; el carbunco estaba en el izquierdo.

- ¡Bueno! Ya está. Ahora a esperar el efecto. Si te encuentras mejor, te puedes marchar cuando quieras. Si después de unas horas te sintieras peor, vuelve enseguida, y en tal caso te pondría la otra inyección; pero si sientes mejoraría, no es necesario que vengas hasta cinco o seis días.

- ¿Cuánto le debo, don Trinitario?

- No te preocupes por eso; tienes que venir varias veces. A diario, ve poniéndote muchos fomentos, hasta que esa hinchazón desaparezca.

- Le estoy muy agradecido por esa atención de usted tan humana.

- Los que nos encontramos en esta situación de prisioneros, sin derecho alguno que nos proteja, por lo menos que no nos falte el buen sentido de humanidad y el apoyo mutuo.

Finalmente, se despidieron del médico y regresaron al campo de Cofer. Helios pasó aquella noche mejor y día tras día su mejoría siguió, desapareciendo la hinchazón y el malestar, y en el lugar de la pústula se fue formando una materia negra muerta, muy dura, como cuero quemado, cogida a la carne viva, y que más tarde la tuvo que extraer el médico con pinza y tijera, hasta el último tirón de la parte adherida a la carne sana y ésta sí hacía daño al tenerla que desprender desgarradamente de lo vivo.

Seis días después volvió Helios solo y a pie. Ya se encontraba bien. Luego de saludarse, el médico lo examinó bien y dijo:

- Hemos tenido mucha suerte, mi buen amigo. Esto marcha muy bien y no es necesario ponerte otra inyección. Tu organismo ha respondido maravillosamente.

- La primera vez que vine, hace unos días, me sentía muy preocupado.

- Tenías motivo para estarlo. Era un carbunco pasado y estaba muy grave. De aquella forma, no sé cómo pudiste llegar aquí vivo. En aquel estado, viniendo en un carro por esos caminos, era de lo más peligroso que te puedes imaginar. Me arriesgué porque pudo más mi condición de médico y de humano. Si te hubiera ocurrido lo peor, yo hubiera vuelto a la cárcel, con las consiguientes consecuencias muy fatales. Tengo prohibido ejercer mi profesión de médico. Estoy conmutado de dos penas de muerte y no me alcanza la Libertad Vigilada siquiera. Vivo aquí por una combinación entre médicos amigos y el director de la cárcel de Alicante. Oficialmente, consta como que estoy en la enfermería de la cárcel. Me encuentro bajo el control y responsabilidad de mi amigo el doctor Nogueroles,

que reside en este pueblo, y temía comprometerlo demasiado si esto hubiese resultado mal.

- ¡Caramba! ¡Pero si don Pedro Noguerol fue mi médico en Elda antes de la guerra y también mi buen amigo! –exclamó Helios.

- Se estableció aquí al terminar la guerra. A pesar de todo, si hablaras con él, no le digas que yo te he curado. Es mejor que esto quede entre tu y yo –manifestó el médico.

- Respecto a esto, esté tranquilo; no le diré nada –respondió Helios. Mientras el médico buscaba algo entre sus papeles, hubo una pausa entre ambos, y al terminar dijo Helios:

- Don Trinitario, dígame lo que le debo. Lo que ha hecho usted es muy importante y merece bien que se lo pague.

- No me debes nada. Me gustaría que no insistieras respecto a esto. Has salido recientemente de la cárcel y estás ahí al pie de la montaña desterrado, sin ningún medio de vida, ¿cómo me ibas a pagar? Sí, me pagarías tomando prestado el dinero, que lo deberías a otra persona. Comprendo el sacrificio que te representaría en tu ya grave situación y, por tanto, te repito que no me debes nada. Me siento compensado con la satisfacción de haberte salvado la vida. ¡Seamos humanos, muy humanos, especialmente en estas situaciones tan amargas que nos han situado nuestros enemigos!

- Bien, no insistiré Trinitario. Estaré siempre muy agradecido por el gran bien que desinteresadamente me ha hecho. Lo considero un gran hombre, profundamente humano.

- Gracias amigo –respondió el médico a media voz, cabizbajo, como afeado por alguna pena. Tras un breve silencio, dijo Helios:

- Bueno, me marchó, Trinitario. Deseo de todo corazón que siga bien y que le vayan mejor las cosas –le dijo, estrechándole la mano.

- También yo te deseo mucha suerte. Tú eres joven y tienes mucha vida por delante. Yo soy demasiado viejo y poco puedo hacer ya. Dentro de unos días vuelve y te cortaré todo eso duro que tienes ahí muerto.

- Sí, volveré. Le seguiré visitando de vez en cuando.

- Bien, cuando quieras, amigo; eso me alegraría.

Helios salió de la casa, acompañado de Trinitario hasta la puerta de la calle y, finalmente, otra vez se repitieron el adiós. Cuando dejaba atrás las últimas casas del pequeño pueblo, a pie por el camino, el sol caía a sus espaldas sobre las cumbres de las montañas y, entre sombras y claros de oro, se cubría el paisaje de bellos contrastes ante él.

Por aquellos días, los amigos de Helios que no había visto desde antes de la guerra, lo iban a visitar. Dos de ellos fueron juntos un día desde bastante lejos y entre un largo coloquio les contó lo del carbunco, su situación y el favor que había recibido del médico. Estos visitantes también conocían el doctor, y se desprendieron de un paquete cada uno de buen tabaco, que llevaban sin empezar, para que Helios lo regalara al médico como obsequio a sus curas gratuitas.

Transcurridos unos siete días, Helios volvió a casa de don Trinitario y éste se alegró mucho al verlo de nuevo.

- Tome, amigo doctor; dos paquetes de tabaco que he podido adquirir para usted –lo obsequió después de saludarse.

- ¡Hombre, qué bien! –exclamó el doctor. Esto sí se lo agradezco de veras. Este tabaco escasea mucho y hace mucho tiempo que no lo he fumado –añadió, sacando un cigarrillo y empezando a fumar con gran placer, contemplando al mismo tiempo las volutas de humo.

- Hubiese querido obsequiarle con algo de más valor, pero estoy ahí tan aislado y tan falto de medios, que me ha sido imposible.

- ¿De más valor? Esto ya tiene muchísimo valor para mí. Lo que realmente vale es este gesto de voluntad en su situación y no el precio monetario del obsequio. El tabaco me gusta mucho, amigo mío. Me perjudica y no debiera fumar pero, ¡hay tantas cosas que perjudican y no se puede uno librar de ellas! Así, pues, seguiré fumando. ¡Qué importa morir un poco antes o después en esta situación tan dramática!

Transcurrió un rato mientras fumaba y hablaban de pequeñas cosas. Terminado el cigarro, el doctor dijo cogiendo las tijeras y unas pinzas:

- Voy a quitarte esos residuos duros y muertos que tienes ahí adheridos. Te hará bastante daño, ¿eh?.

- Lo resistiré, como he resistido y resisto otras cosas peores.

El doctor sonrió sin pronunciar palabra. Después de extraído todo lo malo, le quedó un hueco sangrante de unos tres centímetros de diámetro. Lo curó y lo vendó.

- Si no quieres venir a curarte desde tan lejos, harás lo siguiente: en una ollita de barro cueces rabillo de gato y con ese líquido te lavas bien la herida dos o tres veces al día. ¿Conoces esa planta?

- Sí, mucho. Es una planta medicinal estupenda. Por aquí se cría por todas partes.

- Bueno, pues, con eso quedará completamente curada esta herida.

Los dos excarcelados comentaron un rato acerca de la represión que estaban sufriendo después de tantos años de padecimiento en la cárcel. Al dar fin al coloquio, se despidieron reiterando Helios su agradecimiento. Saliendo de La Algueña se ponía el sol. Cuando llegó al campo de Cofer era de noche. Todo esto tuvo lugar al empezar la primavera de 1945.

Don Trinitario era un hombre con bastante talla, corpulento, moreno, de rasgos duros, muy mujeriego. Pertenecía a la clase burguesa, pero sus ideas eran revolucionarias. En julio de 1936, cuando el levantamiento fascista, en La Algueña dirigió los grupos de milicias campesinas en los primeros momentos, cuando los fascistas del pueblo intentaron reunirse para dar el golpe, siendo éstos detenidos y encarcelados por los milicianos campesinos. Durante la guerra civil fue jefe de sanidad en el Ejército Popular.

El uno de febrero de 1945, Helios solicitó de la Junta Provincial de Libertad Vigilada de Alicante, por mediación de la de Hondón de las Nieves, su cambio de residencia a Elda, acogiéndose a un decreto al respecto. Al no tener respuesta, insistió con otra solicitud, a la que tampoco respondieron, y el 31 de mayo lo volvió a solicitar por tercera vez, sin que tuviera más suerte que en las anteriores. Ante esto, no encontraba la solución que tanto necesitaba y se tuvo que resignar a aquella penosa espera durante todo este año, que le pareció larguísimo.

En todo este tiempo, la salud de Helios siguió siendo mala, y por más que se esforzaba para recuperarla, nada pudo lograr, sino

empeorando cada día más. En tan penosa situación, eran frecuentes las noches que sufría terribles pesadillas, seguidas de insomnio, hasta que amanecía el día siguiente. Esto empeoraba mucho su salud de forma alarmante. Al coger cada noche el sueño, solía empezar la trama de alguna de sus pesadillas, tal como, estando en la celda condenado a muerte, lo sacaran a fusilar y al dispararle se llevaba las manos al pecho y por entre los dedos veía brotar la sangre a borbotones; entonces despertaba dando gritos angustiosos. Cuando tomaba conciencia de que sólo había sido un sueño, se alegraba al sentirse realmente en la vida; pero ya pasaba todo aquel día con un malestar general, y hasta le dolía la parte del pecho donde había sentido los impactos durante el sueño. Esto se repetía de una u otra forma, variando cada vez sólo los detalles y los personajes que llevaban a cabo la ejecución. De tal manera, fue llegando a un caso de esquizofrenia, agravado con alguna otra complicación.

En todo esto, le fueron llegando noticias de que detenían por varios lugares antifascistas, especialmente, los que se encontraban como él. Estaba decidido a no dejarse coger y tomó medidas para que no lo sorprendieran. En caso urgente, escaparía a las montañas y establecería contacto con alguna guerrilla, que aún existían por varias partes. Antes de volver a aquel infierno carcelario, estaba dispuesto a morir luchando por la libertad en campo abierto.

Durante todo este año, Helios hizo varios viajes a Elda, corriendo el riesgo de que la Junta de Libertad Vigilada se enterase y lo perjudicaran aún más. Estaba allí unos días y volvía al campo.

Por el mes de enero de 1946, una mañana vio Helios desde lejos, situado en un punto estratégico del campo escogido de antemano al efecto, la pareja de la Guardia Civil, y observando su dirección vio que iba a su residencia, entrando en ella poco después. Esperó, y cuando se alejaron los dos guardias, volvió a la morada y preguntó a su madre, la cual los había recibido:

- ¿Para qué han venido, madre?

- Me han preguntado por ti y les he dicho que habías salido por el campo, pero que no sabía en qué parte estabas. Me han dicho que te presentes al comandante del puesto de la Guardia Civil de Hondón de las Nieves.

- ¿Pero no han fijado fecha ni han dejado notificación escrita?
- No, nada de eso –respondió la madre preocupada.
- Así, pues, no es urgente. Supongo que no sea nada de importancia, pero ¿para qué será? –se preguntó Helios.

Todo aquel día fue de gran inquietud para la familia que allí habitaba. Él pensó detenidamente en si le convendría presentarse o huir de allí. Examinando detenidamente el caso, llegó a la conclusión de que se podría relacionar con cualquier cosa de escasa importancia y no se trataba de detención. Dos días después se preparó las copias de las solicitudes que había cursado para su traslado y otros documentos relacionados con las mismas, y en las primeras horas de la mañana siguiente emprendió de nuevo el recorrido de los 26 kilómetros.

Ya en el cuartel de la Guardia Civil, un guardia lo llevó al despacho del jefe, y éste le preguntó:

- ¿Se llama usted Fulano de Tal?
- Sí, señor –respondió Helios.
- ¿Reside usted en la cueva de Cofer, ubicada en la umbría?
- Sí, señor.
- ¿Y qué hace usted ahí?
- Nada, excepto esperar que se me conceda el traslado a Elda, que es donde puedo trabajar en mi profesión.
- ¿Qué profesión tiene usted?
- Técnico administrativo.
- Si usted no ha solicitado ese traslado, ¿cómo se lo van a conceder?
- Sí, señor, sí lo he solicitado, y por tres veces, desde febrero a fin de mayo del año pasado. Aquí tiene usted las copias de las solicitudes y de los documentos que acompañé –respondió Helios, entregándole los documentos.
- ¿Y a quién entregó usted todo esto?
- Al mismo de la Junta de Libertad Vigilada que me recibe cada mes al hacer la presentación reglamentaria.
- ¡Qué extraño! –exclamó el jefe-. ¿Cómo siendo yo miembro de la Junta no sé nada de esto? Bueno, ya lo aclararé. Vamos ahora a otra cosa. ¿Acaso se dedica usted por esas aldeas y casas de campo a hacer propaganda comunista?

- No, señor. Si alguien le ha dicho eso ha mentido y estoy dispuesto a demostrárselo ante el mismo denunciante. En primer lugar, no pertenezco a ningún partido político, sino a una central sindical por mi condición de trabajador. Esto lo puede usted comprobar fácilmente: tengo un sumario, el número 2.716, fichas en los establecimientos penitenciarios, en la Policía, Guardia Civil, etcétera, donde constan todas mis actividades por las que se me ha condenado. ¿Por qué y para qué iba yo a hacer propaganda comunista en esta amarga situación de ruina económica y física en que me encuentro, cuando mi mayor urgencia y mi única solución es salir de este aislamiento, trabajar, reconstruir mi hogar y abrirme paso en este sentido? Yo no puedo emplear ahora mi tiempo en otras cosas que no sean encaminadas a normalizar mi situación, para ir saliendo de esta ruina económica y en todos los sentidos. Si no fuese así, en absoluto sería ya juicioso y, si usted me observa bien, vería que sí lo soy y que conservo perfectamente el buen sentido.

El jefe escuchó atentamente, dando de vez en cuando golpecitos acompasados sobre la mesa, pensando, hasta unos instantes después que Helios hubiera terminado, y dijo finalmente:

- Bien, le creo. Sus explicaciones son convincentes. Ahora ponga atención a lo que le voy a decir: yo en su caso me iría a Elda, puesto que puede trabajar allí y aquí no. Si usted lo hace, yo no le diré nada en contra; pero si algún contratiempo surgiera, no sabría nada sobre el particular; sería un riesgo que usted tendría que asumir. Por otra parte, solicite otra vez el traslado y me cuidaré de que llegue a su destino.

El jefe se levantó y de pie en su despacho dijo:

- Ya se puede usted marchar.

Helios se despidió, salió a la calle y empezó a desandar el camino. En el retorno fue pensando en que había logrado un éxito, ya que aquel jefe tenía fama de déspota y de esos tan a la moda fascista de insultar y golpear a los interrogados, cuando querían arrancarle confesiones de su interés y conveniencia.

Los que sabían que Helios había sido citado al cuartel de la Guardia Civil estuvieron preocupados. Al regreso, se apresuraron a

preguntarle acerca de lo ocurrido. Al conocer que todo había resultado bien, mostraron su alegría.

Poco después, Helios fue a Elda y se instaló en casa de su hermana Ana María que era viuda y tenía una niña. Su marido fue fusilado. Seguidamente empezó a buscar un puesto de trabajo, pero no era tarea fácil. Mientras, empezó a dar lecciones a domicilio; aunque insuficiente, era una ayuda económica que debía aprovechar. Pocas semanas más tarde, encontró trabajo para dos horas diarias en un pequeño taller de calzado, llevando aquel pequeño despacho y las lecciones, con lo que había dado un paso más, mejorando sus ingresos.

Mejorando sus estímulos, iba haciendo su camino más fácil hacia su objetivo. Cada pequeña cosa que conseguía en sus actividades, le movía mayores fuerzas para conquistar otras mayores en general, tanto en lo económico como en la salud.

Ya en el camino de su normalidad, fue entrando en relación con nuevas amistades profesionales. Apoyado en éstas, quizás la buena ocasión pudiera llegar más pronto y no lo hizo esperar mucho. En los días últimos de abril de 1946, encontró en la calle a uno de estos amigos y le dijo que en la fábrica de calzado de Pedro García Amat se necesitaba un contable. Siendo esto al final de la tarde, al día siguiente por la mañana se presentó Helios. Lo recibió el dueño de la empresa en su despacho. Después de conversar un rato acerca de las funciones de aquel puesto de trabajo, dijo el señor García:

- Puede empezar usted hoy mismo, si quiere.
- Si le parece bien, desearía hacerlo dentro de dos días, por razón de unas cosas pendientes que tengo que resolver –propuso Helios.

- Sí, sí, cuando a usted le venga bien –asintió el empresario.

Ya de común acuerdo, se estrecharon las manos en la despedida y salió Helios del despacho lleno de una alegría extraordinaria. Su oscuro horizonte se había llenado de claridad, su negra noche, poco a poco, había quedado atrás.

Al ingresar en la empresa como contable se dejó las lecciones a domicilio y aquel pequeño taller al que dedicaba dos horas dia-

rias. Se había situado bien económicamente, el sueldo era suficiente y podría por fin rehacer tantas cosas en ruinas. Mensualmente iba Helios a presentarse a Hondón de las Nieves. En el mes de agosto pudo comprobar que había entrado nuevo presidente en la Junta de Libertad Vigilada. Era ahora Eduardo Sastre, hijo de un médico muy popular de allí, particularmente por sus actividades en política conservadora en su tiempo. Al presentarse Helios le expuso su caso y encontró en el señor Sastre un hombre abierto y campechano, como era su padre. Esto le facilitó las cosas y por fin iba a conseguir su cambio de residencia legalmente.

- Le voy a tomar unos datos y lo propondré en la próxima reunión de la Junta. No es necesario que usted haga ninguna otra gestión. Esto se lo resolveré pronto, no se preocupe. Deme también sus señas en Elda, para comunicarme con usted en caso necesario. Si recibiera algún escrito mío indicándole su presentación inmediata, hágalo sin demora para evitar contratiempos por su parte y por la mía, ya que esto que le hago ahora no es legal –dijo el señor Sastre.

- No se preocupe, lo haré tal como me ha dicho y quedará usted correspondido en este gran favor que me hace.

- Aunque en el aspecto político somos opuestos usted y yo, personalmente me siento inclinado a ayudarle, porque esto es lo humano y me gusta hacerlo. Lo contrario considero que es propio de almas mezquinas. También yo estuve en la cárcel durante la guerra y sabiendo lo que es este mal, me gusta evitarlo a los demás en lo posible. Otra razón es que usted es nacido aquí y lo considero conciudadano mío –añadió Sastre.

- No se puede imaginar la alegría que siento al encontrar en estas circunstancias una persona así, dispuesta a ayudarme. Siempre le estaré agradecido, señor Sastre.

- También yo me alegro de haberle podido ser útil. Hacer el bien debe ser nuestra condición humana, porque el bien produce bien; por el contrario, el mal tiene por efecto lo malo.

- Sí, tiene usted mucha razón, pero son tan pocos los que producen el bien de veras y tantos lo que hacen mal, señor Sastre.

- Compadezco los que hacen el mal, porque quienes “siembran vientos cosechan tempestades”.

Diciendo esto, el señor Sastre se levantó y al mismo tiempo lo hizo Helios. Se estrecharon las manos y se despidieron.

En lo sucesivo siguió presentándose cada mes en Hondón de las Nieves, pero ahora más tranquilo, porque si algún contratiempo tuviera lugar, el señor Sastre se lo comunicaría y le ayudaría a resolver las dificultades que pudieran surgir.

El día 18 de noviembre de aquel año de 1946 Helios recibió en Elda un oficio del señor Sastre, como Presidente de la Junta Local de Libertad Vigilada, de fecha 16, notificándole que se presentara seguidamente. En aquella misma tarde cogió una bicicleta —a falta de otro medio— y fue. Llegó al atardecer, buscó al señor Sastre por todas partes y no lo encontró. Cuando apenas quedaban vestigios de luz de día, fue también a su domicilio y no estaba. Su familia le informó de que había ido a Hondón de los Frailes, a unos kilómetros al sur, y que creían no tardaría mucho en volver. Una señora, que supuso Helios sería la esposa del señor Sastre, le dijo:

- Se ha ido con el cabriolé y el caballo. Si usted tiene algo que hacer por ahí, puede hacerlo y luego viene, a ver si ha vuelto entonces.

- Sí, sí, más tarde volveré.

Se despidieron y se fue. No tenía que hacer otra cosa sino verse con el señor Sastre. Por el camino que tenía que volver el cabriolé estuvo paseando arriba y abajo, andando y desandando sus pasos, hasta que en el reloj público sonaron las doce campanadas de la noche. Desconfiando ya de que pudiera volver tan tarde fue de nuevo a la casa del señor Sastre. La encontró cerrada y silenciosa en la oscuridad. Sin saber qué hacer, paseó un rato cerca de la casa, hasta que después de media hora oyó los cascabillos y el ruido del vehículo que se aproximaba. Al detenerse el cabriolé frente a la casa, Helios se acercó y dijo:

- Buenas noches, señor Sastre. Con motivo de su citación vine y le estaba esperando.

- ¡Caramba! ¡Cuánto siento haberle hecho esperar tanto! No había pensado en que usted tenía que venir un día de estos. Espere unos momentos, voy a meter el caballo y en seguida estaré con usted.

- No se preocupe, si no le viene bien ahora, por que ya es muy tarde, volveré mañana.

- ¡No, hombre, no! Se lo resolveré ahora. Así ya se va usted tranquilo. Es que le ha venido aprobado de Alicante su cambio de residencia. Dentro de unos minutos se podrá marchar usted con todo arreglado.

- ¡Vaya, cuánto me alegro! Por fin se ha resuelto lo más importante para mí. Se lo agradezco con toda mi sinceridad.

- ¡Claro, claro! Comprendo lo que eso significa para usted. Bien, pues ya está logrado.

Alrededor de la una de la madrugada llegaron al Juzgado Municipal, donde estaba instalada la Junta Local de Libertad Vigilada. El señor Sastre empezó a abrir luces y puertas, penetrando en el edificio, seguido de Helios, hasta que se detuvieron en una sala. Después de escribir a máquina unos requisitos reglamentarios, entregó a Helios el documento de la Junta Provincial de Libertad Vigilada, de fecha 14 de noviembre de 1946, diciéndole:

- Aquí tiene este oficio como justificante de la concesión de su cambio de residencia, el cual entregará usted en la Junta de Libertad Vigilada de Elda, que también se encuentra en el Juzgado Municipal.

- Muy bien, mi buen amigo, le reitero mi profundo agradecimiento. No es nada corriente que nadie se moleste a media noche como usted lo ha hecho. Lo considero una persona extraordinaria y tendré presente su gesto tan comprensivo y generoso.

- Le agradezco su buena opinión acerca de mí. Algún favor así pudiera usted hacerme algún día —manifestó sonriendo el señor Sastre.

- No vacilaría en hacérselo con el mayor gusto.

Los dos salieron seguidamente del edificio, Helios delante, seguido del señor Sastre, que iba apagando luces y cerrando puertas, dejando otra vez a oscuras el interior del edificio. Ya en el vestíbulo de la puerta principal se despidieron, ofreciéndose mutuamente su ayuda en caso necesario.

Helios cogió la bicicleta, salió del pequeño pueblo rural. Al entrar en la carretera general ya eran las dos horas de la madrugada.

Apenas circulaba algún vehículo. En largos tramos de la carretera iba solo con la noche. Pedaleaba feliz bajo el silencio suave, como la nieve en su caída que parecía apoderarse de todo. Próximo a las cuatro horas de la madrugada llegó a Elda.

Al mediodía siguiente se presentó en el Juzgado Municipal, donde se encontraba la Junta de Libertad Vigilada, de cuyas gestiones se ocupaba el secretario del Juzgado. Era un hombre grueso y alto, de unos 50 años, con una panza tan abultada que parecía la de una mujer a punto de dar a luz, el cual mostraba malos modales. Su trato era repulsivo. Parecía gozar con sus frecuentes alusiones despectivas e insultantes contra los “rojos”. Entregó los papeles y en lo sucesivo se fue presentando allí todos los meses.

Pocos días más tarde empezaron las citaciones, las llamadas telefónicas a la oficina donde trabajaba Helios y los interrogatorios de la Policía y de la Guardia Civil. Estaba estrechamente vigilado y esta pesadilla se hizo muy larga.

El 3 de junio de 1947 Helios se dirigió directamente al Capitán General de la tercera región militar, solicitando los beneficios de indulto determinados en el decreto de 9 de octubre de 1945. Pasaba el tiempo sin recibir respuesta. Acostumbrado a estas esperas y a muchas cosas más por el estilo, con escasa esperanza siguió presentándose mensualmente. No obstante, alrededor del 20 de noviembre de aquel año recibió una citación de la Junta Local de Libertad Vigilada. Se presentó y el secretario barrigudo, después de hacerlo esperar largamente, le dijo:

- Aquí tiene usted el indulto concedido por la autoridad militar de esta región –entregándole el documento.

Después de hacer unos apuntes, el de la panza gorda añadió:

- ¿Usted no sabe que esta solicitud correspondía hacerla por el orden regular, es decir, por mediación de esta Junta?

- No, señor, no lo sabía –simuló ignorancia.

- De todas formas, usted se seguirá presentando aquí cada mes, como lo ha venido haciendo –ordenó el secretario de mal talante.

- Entonces, ¿qué sentido tiene eso ante el indulto que se me ha concedido? –inquirió Helios.

- Haga lo que yo le he dicho y será mejor para usted –afirmó el secretario sin otras explicaciones.

Helios no quiso replicar y salió de allí seguro de lo que tenía que hacer respecto a aquel asunto, a pesar de la absurda amenaza, no volver a presentarse que era lo legal. Pasó el tiempo sin la menor consecuencia por su actitud en contra de lo ordenado por el secretario. Había logrado situarse bien económicamente y tampoco tenía que presentarse. Entre tanto mal, era un gran victoria que había logrado por fin.

“¡Ya era hora!, exclamó. ¡Cuánto me ha costado lograr esto! Claro que me seguirán vigilando estrechamente y molestando con la citaciones y tantas preguntas, pero debo admitir todo esto fríamente, sin tomármelo a pecho. Estoy acostumbrado y nada me debe impresionar. Ahora ya tengo mucha práctica de verme frente a frente con los guardianes de la dictadura. En ninguno de los casos me faltó ecuanimidad, para no caer en las trampas de sus juegos de palabras e intimidaciones, y mucho menos ahora. Por más que intentaron cercarme en sus interrogatorios, no lo lograron nunca ni lo conseguirán jamás, porque en el terreno práctico he aprendido mucho más que ellos en mis tantos años de ejercicio. Lo más importante para lograr esto ha sido ese dominio absoluto de mí mismo que fui adquiriendo.

A pesar de los tantos males sufridos, me alegro haber aprendido tantas cosas, aprovechando bien todo ese tiempo tan dramáticamente duro, que me ha servido como la mejor universidad del mundo. De cualquier otra forma no habría aprendido tanto ni tan eficaz. He aprovechado hasta el máximo las lecciones de ese largo y penoso trozo de mi vida y esto me hace sentirme contento conmigo mismo.

Ahora estoy inactivo respecto a la lucha reivindicativa en general, porque así me lo aconseja el buen sentido en mi actual situación, pero llegará el momento en que desplegaré amplia actividad clandestina contra toda esta opresión feroz, pero con mi propio método, de forma tan bien estudiada que la policía no será capaz de cogerme ningún cabo suelto, porque no lo habrá y porque le falta mucha más capacidad para poder descubrir mis hilos secretos.

Con tantos amigos que he visto morir en tan triste situación y tantos crímenes por doquier, no me podré resignar a tan tremenda humillación impuesta a los vencidos. Sé que esta lucha es muy peligrosa, pero para ella me preparo a conciencia. El arma más poderosa para ello es la astucia y la sangre fría.

Si en la cárcel estábamos organizados bajo tan estrecha vigilancia y desplegábamos gran actividad política, muchas más posibilidades hay aquí en la calle, que por mucho que vigilen no lo pueden hacer tan de cerca”, fue pensando Helios en su vuelta a pie desde el centro de la población a la periferia, donde habitaba.

BUTLLETA D'ASSOCIACIÓ

BOLETÍN DE ASOCIACIÓN

Desitge subscriure'm al Centre d'Estudis Locals del Vinalopó, amb el dret de participar-hi al funcionament de l'associació, als actes organitzats i rebre les publicacions pròpies (Revista del Vinalopó, col·lecció l'Alcoleja...)

Nom Cognoms

Adreça

Poble Telèfon

- ☐ Subscripció normal(personal / particular)..... 30 euros / any
- ☐ Subscripció de suport (institucions / associacions)..... 45 euros / any

Forma de subscripció: domiciliació bancària.

OBSEQUI PER ASSOCIACIÓ. Assenyala un dels llibres següents:

- ☐ Revista del Vinalopó, 5 (2002). Ciutats de fa un segle.
- ☐ Musulmans, jueus i cristians a les terres del Vinalopó.
- ☐ Hasta la última gota. Primeros surtidores de gasolina en el Valle del Vinalopó (1921-1936)

PAGAMENT BANCARI

Senyor/a director/a, a partir de'ara heu de carregar al meu compte els rebuts que al meu nom us siguen presentats pel Centre d'Estudis Locals del Vinalopó.

Atentament
(Signatura i data)

Titular

N.I.F.

Banc/Caixa

Adreça sucursal

Entitat

--	--	--	--

Oficina

--	--	--

DC

--	--

Núm. Compte

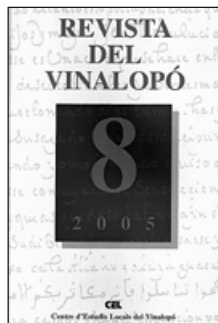
--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Remetre a:

CEL

CENTRE D'ESTUDIS LOCALS DEL VINALOPÓ
APARTAT DE CORREUS 178 - 03610 PETRER

REVISTA DEL VINALOPÓ



VÀRIA

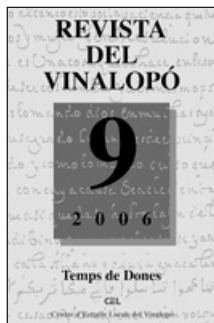
- El proceso de implantación de las primeras comunidades agropecuarias en las tierras meridionales valencianas.
- La malacofauna en el corredor de Villena. Apuntes sobre su empleo durante la Edad del Bronce.
- Un terremoto en la comarca del Bajo Vinalopó durante el siglo II d.C. En torno al término Burriharón en la frontera entre Castilla y el Reino de Valencia.
- Conflictos jurisdiccionales en la villa de Elda entre Pere Maça de Liçana y Ximen Pérez de Corella.
- Nobleza y literatura en el Siglo de Oro: Juan Coloma, poeta y conde de Elda.
- Xarxes d'aigua potable del segle XVIII a les viles del Vinalopó
- Els Poblats de Colonització de la província d'Alacant al segle XX o el llarg camí que va de la utopia a la realitat.

DOCUMENTA

- Algunes cartes de Juan Elías Gómez de Terán, bisbe d'Oriola, conservades a l'Arxiu Secret Vaticà (1740-1755).
- Nobiliaria en el Medio Vinalopó y en la Hoya de Castalla: apellido Pérez.

OP. CIT.

- Resenyes i recensions de Paül Limorti, Bernat Montoya Rubio, Emília Martínez Alfonso i Mònica Peinado.



DOSSIER: Temps de dones

- Lo femenino en el arte ibérico.
- Género y trabajo: las trabajadoras del calzado en las comarcas del Vinalopó.
- Mujer inmigrante, ¿doble exclusión?. La inmigración femenina en las comarcas del sur valenciano.
- Mañana no tengo clase.
- Trinidad Blanco Torres. Pioneros de la fotografía a la Comunitat Valenciana.
- Memoria histórica de las mujeres de Villena (1900-1960).
- La comare i el sequier. Producció, reproducció i gènere als segles XVII i XVIII.
- La mujer en el Quijote. Las mujeres del Quijote.
- Honor, sexo y prostitución en la cabeza de gobernación desà Sexona (ss. XVI-XVII).

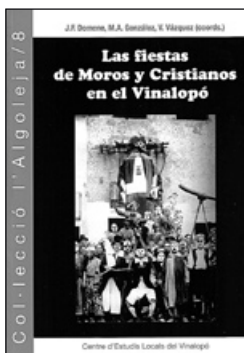
VÀRIA

- Aportaciones al conocimiento del clima de Petrer y Elda.
- Evolución arquitectónica de la Iglesia Parroquial de Aspe, (1602-1650).

DOCUMENTA

- El convent de monges clarisses d'Elx: aportacions documentals.
- Commemoració del 75 aniversari de la proclamació de la II República (1931-2006).

Col·lecció l'Algoleja



1. Gabriel Segura / Francisco Javier Jover.
El poblamiento prehistórico en el valle de Elda (Alicante). 1997
2. Tomás V. Pérez Medina.
Los molinos de agua en las comarcas del Vinalopó (1500-1840). 1999
3. Francisco Martínez Navarro.
Lucha obrera en las comarcas del Vinalopó. El Movimiento Asambleario de 1977. 2000
4. Gabriel Segura / José Luis Simón (coords.).
Castillos y torres del Vinalopó. 2001
5. Miguel Ángel González Hernández.
Musulmans, jueus i cristians a les terres del Vinalopó. 2002
6. Héctor Leite García.
Hasta la última gota. Primeros surtidores de gasolina en el Valle del Vinalopó (1821-1936). 2003
7. José Ramón Valero Escandell.
El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó. 2004
8. J.F. Domene / M. A. González / V. Vázquez (coords.).
Las fiestas de Moros y Cristianos en el Vinalopó.

ALTRES PUBLICACIONS



EL PATRIMONI HISTÒRIC COMARCAL II Congrés d'Estudis del Vinalopó

ÍNDEX

0. Vint paraules de presentació i una proposta desesperada sobre el patrimoni històric. *Tomàs Pérez Medina*.

1. Los museos y el patrimonio histórico cultural de las comarcas del Vinalopó. *Rafael Azuar Ruiz*.

2. La colonia de Santa Eulalia: una propuesta arquitectónica y otras actuaciones similares. *Santiago Varela Botella*.

3. El patrimoni culinari monover. *Consol Luz Blanco i Júlia Tortosa Corbí*.

4. El Teatre Principal, patrimoni de Monòver. *Paco Corbí Jordà*.

5. El patrimoni toponímic de l'antic terme de Monòver (el Pinós, l'Alguenya i Monòver). *Ester Limorti Payá*.

6. Les danses: divertint-se en el passat. *David Vera i Verdú, M^a Carmen Ponsoda López De Atalaya, Santiago Ponsoda López De Atalaya*.

7. La planta y el cultivo de la barrilla en Santa Pola (1494-1795). Un patrimonio natural. *Miguel Ángel González Hernández*.

8. Elementos patrimoniales a preservar para asegurar a futuro sostenible. *David Madrid Alonso*.

9. Las casas rurales de Sax (Alicante): un paisaje humanizado. *Vicente Vázquez Hernández*.

10. Catálogo de arquitectura rural de Aspe. *Francisco P. Sala Trigueros i José M^a Cremades Caparrós*.

11. Artefactos d'aigua. Una anàlisi del patrimoni històric de la rambla de Puça des de la coevolució. *Tomàs Pérez Medina*.

12. La conducción de aguas entre Aspe y Elche (1785-1789). Una manifestación emblemática de la política reformista ilustrada. *Gonzalo Martínez Español, Felipe Mejías López*.

13. La necrópolis bajomedieval del castillo de Elda. *Tomás Palau Escarabajal*.

14. La electricidad en el marco del Vinalopó: las fábricas de luz. *José David Busquier Corbí*.

15. El patrimoni lingüístic comarcal i l'estàndard valencià. *Brauli Montoya Abat*.

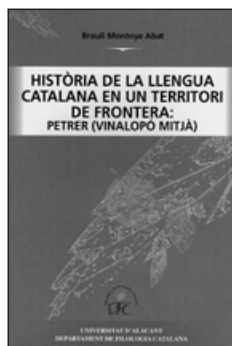
16. Patrimonio histórico-lingüístico: los refranes y las frases hechas. *José Joaquín Martínez Egido*.

17. Miguel Amat i Maestre: la Reinaixença al sud valencià. *Francesca Navarro Roman*.

18. La introducción del romanticismo en el órgano de la iglesia arciprestal de San Pedro de Novelda. *Luis Miguel Rico Sala*.

19. Lletra de convit per a llegir apassionadament D'Azorín i el país meu, d'Antoni Ródenas Marhuenda. *Vicent Brotons Rico*.

20. Religiosidad popular y panteón sagrado. Elda, siglos XVII y XVIII. *Joaquín Samper Alcázar*.



HISTÒRIA DE LA LLENGUA CATALANA EN UN TERRITORI DE FRONTERA: PETRER (VINALOPÓ MITJÀ)

Brauli Montoya Abat

ÍNDEX

Pròleg

Presentació

1. Antecedents

2. La primera població cristiana (1265-1609)

3. La plenitud del català (1611-1787)

4. Una llengua exclusivament col·loquial

5. Literatura

6. Onomàstica

6.1 Antroponímia

6.2 Toponímia

6.2.1 El topònim major: Petrer

6.2.2 La toponímia menor: el nucli urbà

6.2.3 La toponímia menor: el terme municipal

7. Recapitulació

Bibliografia



Prisioneros de guerra

En los últimos días del mes de marzo y primeros de abril de 1939, la desbandada y el confusionismo entre los derrotados presentaba un espectáculo espantoso: los trenes abarrotados de personal, toda clase de vehículos por las carreteras de igual modo, peatones en grupos y desparramados por caminos, sendas y campos, se dirigían masivamente a las zonas aún no ocupadas por el enemigo, dejando atrás por doquier mochilas, armamento y municiones. ¡Qué doloroso fue este éxodo y el tiempo brutalmente interminable que siguió!



El Centre d'Estudis Locals del Vinalopó se suma a la investigación con el objetivo de publicar aquellos estudios de carácter histórico y social que tengan como marco territorial las comarcas del Vinalopó. Esta colección quiere ser lo que su nombre sugiere: "l'Algoleja", tierra del meandro de un río ambientalmente rica, cultivada por las familias campesinas. Tierra de estudios e investigaciones históricas de los pueblos y comarcas del Vinalopó, abonada por el río, los colectivos y personas que vivimos en sus riberas.